Corazón de piedra

Karmele Jaio



DESTINO

índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Un alfabeto de latidos

A

Afinar
Agujero
Aire
Amiga
Apuntar
Árbol
Arrepentirse
Arte
As de guía
Asombro
Avión

B

Baile
Baltasar

Baño
Barba
Barro
Beso
Bolso
Borrar
Borroso
Brillo
Bumerán

C

Caja
Calcetín
Campanita
Caníbal
Cantar
Cápsula
Caricia
Carnaval
Carrillo (Santiago)
Carro
Casas
Charco
Chéjov (Antón Pávlovich)
Cielo
Clásico
Colgar
Cómplice
Conmigo

- Consuelo
- Contacto
- Conversación
- Convulsión
- Corazón
- Corredor
- Corriente
- Cosmos
- Cromo
- Cucharilla
- Cuidar
- Curiosidad

D

- Dar
- Definitivo
- Demasiado
- Dependencia
- Desayuno
- Desilusión
- Despiste
- Desván
- Día
- Diván
- Dolor
- Duda

E

- Emoción

- Empacho
- Enero
- Envejecer
- Equilibrio
- Escribir
- Esencia
- Eses
- Eso
- Espera
- Estatuas
- Estrenar
- Eternidad
- Exactitud
- Extrañeza

F

- Fábula
- Fácil
- Feminismo
- Fértil
- Filosofía
- Fin
- Firmeza
- Flâneur
- Fotografía
- Fraude
- Frío

G

- Gato
- Género
- Gorrión
- Grabar
- Grandeza
- Grano
- Grave
- Guante
- Guapa
- Gustar

H

- Hablar
- Hierba
- Historia
- Hogar
- Horror
- Hospital
- Huerto
- Huevo
- Huida
- Humanidad
- Humor

I

- Ilusa
- Impaciencia
- Importante
- Incógnita

Infierno
Infinito
Influencia
Inmortal
Inocente
Insistir
Interior
Introducción
Inversión
Invierno
Invitación

J

Janis (Joplin)
Jubilación

K

Kas

L

Ladrar
Lápiz
Latido
Leer
Legado
Lejos
Lenguaje
Libertad
Libros
Lista

- Llorar
- Loco
- Luz

M

- Madre
- Mal
- Maleta
- Manzana
- Mañana
- Máquina
- Marquesina
- Medalla
- Medardo Fraile
- Mediodía
- Medir
- Melocotón
- Memoria
- Mensaje
- Mentir
- Miedo
- Miel
- Milagro
- Mirar
- Misa
- Momento
- Moneda
- Muertos
- Mujeres

Mundial
Mundo

N

Naipe
Naufragio
Nieve
Noche
Normal
Nosotros, tras
Novela
Nube

O

Objetivo
Objeto
Obra
Ocio
Ola
Olvidar
Opinión
Orden
Orfandad

P

País
Paisaje
Palabra
Pañuelo
Parar

Pareja
Pasado
Pecado
Pegatina
Peligro
Pepita
Pequeño
Perdón
Perfección
Perla
Peseta
Pizarra
Placer
Plano
Poesía
Polvo
Producto
Profesional
Puerta
Puntuación
Puzle

Q

Qué
Quemar
Quiniela

R

Raíz

- Raro
- Realidad
- Rearme
- Rebaja
- Recuerdo
- Redera
- Regalo
- Reír
- Reloj
- Retener
- Revelar
- Ristra
- Robar
- Robot
- Rosa
- Ruido
- Rutina

S

- Sábana
- Saber
- Señal
- Siempre
- Siesta
- Silencio
- Sol
- Soledad
- Solo
- Sororidad

- Souvenir
- Subconsciente
- Suciedad
- Supervivencia
- Suspiro

T

- Tachar
- Tarde
- Taza
- Techo
- Tensión
- Testigo
- Tiempo
- Timbre
- Total
- Trabajo
- Traducción
- Tragar
- Traición
- Trampa
- Trastienda
- Tren
- Tripa
- Trote
- Tubo

U

- Último

Unicornio
Unidad
Urgencia

V

Valeriana
Ver
Verano
Verdad
Vida
Vino
Voz

W

Wifi

Y

Yo
Yogui
Yonqui

Z

Zapato
Zoo
Zum
Zumbido

Créditos

Corazón de piedra

Karmele Jaio

Ediciones Destino

Colección Áncora y Delfín
Volumen 1722

A Irene Bau, por mostrarme
la utilidad de las palabras inútiles

Un alfabeto de latidos

Mi abuela Petra respondía siempre a los presentadores del telediario. Buenas tardes, decía el periodista, y mi abuela contestaba: Buenas tardes.

Era una mujer fuerte y alegre, pero, al mismo tiempo, muy sensible. Decía que tenía un corazón frágil. Cuando estaba feliz, su corazón se volvía ligero, podía volar como una pluma al viento; pero cuando sufría, sentía el peso del plomo en su pecho. Convertía en suyos todos los dolores del mundo.

En sus últimos años, sin apenas poder salir de casa, mi abuela pasó muchas horas frente al televisor, y vio a través de aquella pantalla tantas imágenes de guerras e injusticias que su alegría natural acabó sepultada por la preocupación y el miedo. Se enfadó tanto con el mundo que veía en la televisión que incluso comenzó a responder de otra manera al presentador del telediario. Buenas tardes, decía el locutor, y mi abuela respondía: No tan buenas.

Un día le escuché decir que es mejor tener un corazón de piedra para estar protegida de los dolores que nos provoca la vida. Que es más fácil vivir con un corazón que no siente demasiado, porque el mundo está pensado para quienes tienen los corazones blindados. Desde entonces, he deseado muchas veces tener un corazón

impermeable, que no sienta tanto, que no sufra con lo que ve y con lo que vive, pero, cuando miro a mi alrededor, no puedo evitar captar la emoción. El mundo exterior acaba habitando en mi interior, y cuando siento su latido, necesito contármelo y contarlo para intentar comprenderlo. Necesito escribirlo.

Los textos reunidos en este libro son un compendio de las emociones que me ha generado en los últimos años mirar al gran y pequeño mundo que me rodea, a nuestras relaciones, a las grandezas y miserias con las que convivimos diariamente. Y están organizados como un diccionario porque, al igual que acudo a los diccionarios queriendo entender el significado de una palabra, recurro así a la escritura cuando no entiendo algo, cuando me cuesta encontrar una explicación sobre lo que acontece a mi alrededor o sobre lo que siento. Así, este libro se ha convertido en una especie de alfabeto de latidos, en el que las palabras, además de estar acompañadas por la definición que se hace de ellas en el diccionario, también lo están por lo que han inspirado en mí, por mi intento de descubrir a través de la escritura la razón por la que en algún momento han provocado que mi corazón latiera más rápido.

Escribir estos textos ha supuesto para mí un pequeño refugio desde el que pensar sobre mi mundo, el nuestro, pero, sobre todo, una oportunidad para sentirlo con más intensidad. Porque, por mucho que mi abuela me advirtiera, mirar alrededor y escribir sobre lo que veo, lejos de endurecer mi corazón, lo ha vuelto más permeable, aunque no solo al dolor, a las decepciones o a la injusticia que habitan el mundo, también a la bondad y a la belleza que nos rodean y que pasan tantas veces desapercibidas.

Al igual que me ha ocurrido a mí al escribir estos textos, deseo que tengan en quien los lea el efecto de antídoto, de recordatorio, para que el corazón no se le convierta nunca en un corazón de

piedra. Para que el mundo y las personas que le rodean nunca le sean indiferentes.

A

Afinar

tr. Poner los instrumentos musicales en el tono justo.

He visto en la televisión un reportaje sobre afinadores de pianos. Dicen que los pianos necesitan ser afinados y revisados por lo menos una vez al año. Hay que ajustarlos, volverlos a su ser. Viendo el reportaje pienso en que buena falta nos haría también a las personas ser afinadas, por lo menos una vez al año. Dejar de funcionar por unas horas, dejar de tocar frenética y sucesivamente nuestras teclas y parar a escucharnos.

No hablo de un chequeo médico, sino de una ITV del alma, de los deseos, del plan de vida que llevamos. Un reajuste entre lo que un día soñamos y lo que hemos llegado a ser. Una revisión que nos permita hacer un cálculo de la distancia que hay entre la nota que siempre quisimos tocar y la banda sonora que finalmente hemos creado.

Qué afortunados los pianos que tienen quien los afine.

Supongo que no existe nadie que se dedique a afinar a las personas a domicilio, aunque, si así fuera, dudo realmente de si tendríamos el valor de llamar, porque quizá no sea la falta de afinadores lo que nos impida parar a escucharnos, sino el miedo a

encontrarnos con una sinfonía desafinada. El miedo a constatar que llevamos media vida tocando la tecla equivocada.

Agujero

m. Abertura más o menos redondeada en alguna cosa.

Más que subir una montaña o alcanzar una cima, escribir se parece a cavar un agujero en la tierra, crear un espacio, y esperar a que el agua subterránea se vaya filtrando hasta crear un pequeño charco. Gracias a las manos que han cavado ese agujero, allí donde antes solo había tierra, ahora hay una oportunidad para que brote la vida. A partir de ahí, lo único que nos queda es defender ese espacio, mirar con atención y esperar a que se produzca el milagro.

Aire

m. Gas que constituye la atmósfera terrestre.

Ese aire fresco de la calle que traen quienes te visitan cuando estás enferma. No saben lo que tienen.

Amiga

f. Que tiene relación de amistad.

Su hija, al encontrarse en la calle de frente con las amigas de clase, le ha soltado la mano. Siempre han ido de la mano en la calle, madre e hija, desde que era pequeña. A la madre le gusta, porque siente a su hija cerca, y a la hija también hasta ahora, porque le daba seguridad. Ama, dame la mano, le ha dicho desde que era una niña. Pero esa niña hoy tiene trece años y, al encontrarse de frente en la calle con sus amigas, ha soltado la mano de su madre bruscamente. Y ahí ha habido un corte, ahí ha pasado algo importante, ahí algo ha empezado a romperse. La madre, al ver su mano vacía, ha sentido un pinchazo en el estómago. Ahora solo le queda esperar a que dentro de unos años sea la mano de su hija la que busque de nuevo sus dedos. La que le pida, ama, dame la mano, cuando vayan juntas de compras, al cine, o la saque a pasear, como dos amigas, otra vez.

Apuntar

tr. Tomar nota por escrito de algo.

Apuntar en las cajas de medicamentos para qué son: para el dolor de cabeza, para el ardor, para las infecciones, para las quemaduras... A veces tienes la tentación de hacer lo mismo con las personas que conoces.

Árbol

m. Planta de tallo leñoso y elevado.

Soy un árbol en diciembre, tengo los dedos dormidos, no busques caricias, no lo intentes, ya cayeron las hojas que danzaban con tu aliento. No busques caricias, no lo intentes, ahora soy un árbol en diciembre, y en mis ramas solo quedan uñas afiladas.

Arrepentirse

prnl. Sentir pesar por haber hecho o haber dejado de hacer algo.

Arrepentirnos de algo que hemos hecho o dicho. Acaba doliendo más de lo que creemos en un principio. Porque el arrepentimiento entra poco a poco en nuestro cuerpo, resbala suavemente por nuestra garganta como un pescado blanco sin espinas, pero es traicionero, porque, una vez que llega al estómago, el lenguado se convierte en cabracho, y se instala en nuestro interior con la misma habilidad con la que este pez espinoso sabe instalarse en el fondo del mar, camuflado entre las grietas rocosas. Entonces, comprendemos que el «no debí decirle aquello» que ha empezado a rondar nuestra cabeza ha llegado para quedarse. Lo sentimos enterrándose en nuestras arenas más profundas, abrir sus rojizos radios espinosos, inyectarnos el veneno que se extenderá rápido por nuestros pulmones, nos bloqueará las mandíbulas, nos impedirá que durmamos por las noches.

Arrepentirse por haber hecho algo duele, pero el arrepentimiento más doloroso es el que se siente cuando nos lamentamos por no haber hecho algo. ¿Por qué no se lo dije? Cuántas palabras no dichas que nos pinchan en las gargantas, en los estómagos. A veces somos capaces de olvidarnos por un tiempo, llegamos a construir un muro para separarlas de nuestra vida, pero, ay, aparecen en cualquier momento sin avisar, y saltan, de repente, como el cabracho desde el fondo de la arena cuando ve a su presa y estallan en nuestro vientre.

Nadie se libra de llevar algún espinoso cabracho dentro. Durante el día permanece aletargado entre grietas rocosas, pero por la noche sale de su escondrijo para buscar comida, para comernos la paz y el sueño.

Arte

m. o f. Actividad que produce estimulación estética o intelectual.

Mi hija se ha enfadado conmigo porque he ordenado sus pinturas y rotuladores. Me ha echado de su habitación y, antes de cerrar la puerta, me ha gritado indignada: ¡No sabes nada de arte!

As de guía

m. Nudo marino para encapillar.

Mi amigo sabía hacer nudos marineros, no en vano provenía de una familia de pescadores. Defendía que era todo un arte y, realmente, daba gusto oírle hablar de los tipos de nudos. Me habló del as de guía, del nudo de ocho, del ballestrinque, del franciscano, del nudo llano... No hay como descubrir un mundo nuevo para ser consciente de cuántos mundos nuevos nos quedan por conocer.

Un día me dijo que las relaciones entre personas son como los nudos. Empiezan con un contacto entre dos partes, como dos cuerdas que se tocan, y, poco a poco, con el roce diario, a medida que van conociéndose, comienzan a entrelazarse, suavemente. Primero de una manera sutil, como se enreda el lazo de un vestido: se reconocen las voces, la información que se esconde en cada tono... Más adelante, a medida que aumenta el contacto, las cuerdas van retorciéndose más y más, van entrelazándose, creando nuevos dibujos: es cuando vamos conociendo mejor a la otra persona, cuando sabemos cómo va a reaccionar a lo que le digamos o qué palabra cómplice nos va a hacer reír a ambos...

Y aquí mi amigo detuvo el relato y tragó saliva. Seguidamente me dijo que llega un momento en el que las relaciones entre las personas se estrechan como un nudo marinero, y que el nudo se acaba apretando de tal manera que llegamos a darnos cuenta de que ya es imposible deshacerlo, por lo menos con las manos. Y ese es un momento maravilloso y terrible a la vez, me dijo. Maravilloso porque la fuerza del nudo es pura energía, porque las personas dan lo mejor de sí mismas cuando se reconocen de tan cerca; pero terrible al mismo tiempo, porque se es consciente de que, de romperse esa relación, se hará de un corte de tijera, y así desaparecerá el nudo, sí, pero se llevará consigo una parte de la

cuerda, una parte de nuestro propio ser. Y tras decirme esto, recuerdo que se quedó mirando al infinito, tragando saliva.

Asombro

m. Causar gran admiración o extrañeza a alguien.

«La vida nunca se convierte en costumbre para mí. Siempre es sorprendente», escribió Katherine Mansfield. Y probablemente fue esa actitud la que la convirtió en escritora. Como tantas y tantos escritores que escriben por el asombro que les produce el mundo, la imposibilidad de comprenderlo, la dificultad de acostumbrarse a él. El mundo es realmente extraño. Escribir es un intento de ordenarlo para intentar comprenderlo.

¿Por qué escribes? Porque no entiendo nada.

Avión

m. Aeronave provista de alas.

En el avión, un niño que vuela por primera vez no puede dejar de mirar por la ventanilla. Se le ve impresionado, excitado. ¡Mira, mira!, le dice constantemente a su madre, señalando con el dedo índice a la ventanilla. Lo miro con envidia y me pregunto en qué momento me empezó a parecer normal estar volando por encima de las nubes. En qué momento empecé a vivir en modo avión.

B

Baile

m. Arte de bailar.

Cuando se enfadaba conmigo o con alguno de mis hermanos, mi madre confundía nuestros nombres. Al regañarnos, antes de nombrar a quien quería, le salía por delante un baile de nombres con todos los demás. Cuando por fin acertaba, nuestras risas acababan ablandando su enfado.

Baltasar

Significa «Dios protege al rey».

Es un chico joven. Negro. Tendrá unos veinte años como mucho. Habla con un hombre calvo, blanco, en el ancho pasillo del centro comercial. El hombre le da órdenes, le indica dónde tendrá que sentarse y señala a una especie de trono que está preparado delante de un escaparate. Los niños se sentarán sobre ti, le dice, y tú tienes que preguntarles el nombre y qué regalo han pedido, ¿entiendes? El

chico está nervioso y en un pobre castellano pregunta: ¿Y si niño llora?

Antes de convertirse en Rey Mago, ha tenido todo tipo de trabajos: ha cargado ladrillos en las obras, ha ayudado a hacer carreteras entre galipote hirviendo, ha vendido bolsos en la calle..., pero esta vez está preocupado, más que nunca, como si se encontrara ante el trabajo más difícil de su vida. ¿Y si el niño llora?

Baño

m. Acción y efecto de bañar.

Se las ve nerviosas, se miran constantemente las unas a las otras. ¿Había que traer el recibo?, pregunta una. Espera, tranquila, que ya nos lo dirá ahora el monitor, la tranquiliza su amiga. Hoy empiezan su primera clase de *aquagym*, dentro de las actividades para la tercera edad, y no pueden ocultar la ilusión del primer día. Y los nervios.

Las personas que salen del vestuario y se encuentran con el grupo de mujeres se apartan como quien se quita de encima un enjambre de abejas, como si picaran, como si se les fuera a pegar algo, la vejez quizá, si se acercan demasiado a ellas. Por favor, señora, dicen con media sonrisa de entre compasión y desprecio hacia aquellos cuerpos de mujeres embutidos en trajes de baño de pata baja, aquellas piernas llenas de varices, pieles que cuelgan y manos torcidas por la artritis.

Ellas se apartan, claro, porque sienten que siempre molestan, que siempre están en medio, que obstaculizan y dificultan el ritmo de

vida de las demás personas, que esas sí están en el mundo para dedicarse a cosas importantes y de provecho como dirigir empresas, hacer carreteras, escribir libros, aprobar leyes, construir edificios...

Pero ellas no. Ellas solo se dedican a llevar la casa como lo han hecho siempre, a recoger a los nietos de la guardería y darles la merienda en los columpios, a cuidar de los familiares enfermos, a llenar *tuppers* que van a otras casas, a embotar bonito o tomate y repartirlo a toda la familia, a comprar lejía o el recambio de una fregona en el supermercado, a llevar las cuentas de la casa...

Ellas no. Ellas no hacen nada importante, solo están en medio de una piscina, molestando a la gente que tiene prisa por nadar y volver a salir corriendo para levantar el mundo.

A veces no es fácil ver el valor que se esconde debajo de un gorro de baño. Para ello hay que empezar por quitarse el vaho de las gafas.

Barba

f. Pelo que nace en la cara.

¡Pica!, se ha quejado la niña cuando el hombre la ha besado en la mejilla. La barba de un día de su querido tío ha raspado su delicada piel como la lija. El tío se ha reído, bromeando, le ha dicho que sí, que los piratas como él tienen la barba dura, que pinchan como los erizos de mar. Jo, jo, jo. Pero en el fondo, se ha quedado con pena de no poder darle un beso a su sobrina, y, aunque no lo quiera reconocer, le ha dolido un poco su rechazo.

El hombre se ha pasado la mano por la barbilla y, de repente, le ha parecido normal que la niña no quiera darle un beso. Es como pasarse un cabracho por la cara. Y ha pensado que no solo su sobrina, sino muchas otras personas, lo vean quizá así, como un hombre al que no se puede acariciar la cara, un hombre que no sirve para dar besos ni para rozar cariñosamente su mejilla con la de un ser querido. Su imagen, con esa barba dura, no la asocia nadie a un hombre suave, delicado, cariñoso, incluso débil, como se siente muchas veces.

Porque lo que no saben es que bajo esa barba dura se esconde una piel muy suave, muy sensible, tanto que cada vez que se afeita se le irrita o se hace alguna herida. Una piel que se queja cuando le pasa la cuchilla y que anhela que la acaricien y la quieran.

Su sobrina le ha dicho que pica y se ha apartado. No es algo nuevo. También en la vida hay mujeres a las que ha querido que han acabado alejándose de él, no porque su barba picase, sino porque no ha sido capaz de mostrarles su piel suave, su parte vulnerable, su corazón desnudo. Siempre se ha visto obligado a mostrarse ante todo el mundo como un hombre seguro, valiente, incluso un poco canalla, porque le han contado desde pequeño que es lo que le corresponde; porque los piratas como él tienen la barba dura (jo, jo, jo), y junto a la saliva, tienen que tragarse todos los días erizos de mar, peces araña, cabrachos y sabirones. Así es como les pincha en la garganta la ternura que nunca han aprendido a mostrar.

Barro

m. Material arcilloso moldeable.

A veces creemos que tenemos una cualidad sobrehumana, casi divina: nos sentimos capaces de cambiar la manera de ser de otras personas. Esto es el pan de cada día, sobre todo, en las relaciones amorosas.

Decía Carson McCullers en *La balada del café triste* que en muchos casos la persona amada no es más que un estímulo para el amor acumulado durante años en el corazón del amante. La gran escritora escarbó como nadie en la «ciencia del amor» y de sus obras se destila la idea de que nos enamoramos de alguien porque sentimos que se asemeja a la persona ideal que llevamos toda la vida guardando en nuestro interior. A partir de ahí, insistimos en encontrar ese modelo ideal en ella o en él.

Pero, a veces, sueño y realidad no coinciden y, cuando esto ocurre, en muchos casos, en lugar de reconocer que no es como nos gustaría, nos convencemos de que podemos cambiar lo que no nos gusta de esa persona y que «con la pócima mágica del amor» la convertiremos en la que realmente deseamos. Como si fuera barro moldeable.

Cuando le preguntaron a Carson McCullers el porqué de su matrimonio, conflictivo y de final trágico, con Reeves McCullers, ella respondió: «Me casé con él porque fue el primer hombre que me besó». Decidió entonces enamorarse y buscar en él el ideal que siempre había deseado, intentar moldearlo, al parecer, sin mucho éxito.

Supongo que es una quimera que nos guste absolutamente todo de nuestras parejas, hijas, hijos, padres, madres, amigos y amigas, y acabamos siempre aceptando algunos aspectos que no nos convencen, porque hay otros que nos gustan. Pero eso no tiene nada que ver con la pretensión de convertir a las personas que nos

rodean en quienes realmente no son. Hay mucha gente que sigue intentando diariamente este milagro. Lo peor es que acaba culpabilizando a quienes le rodean por no ser como son en sus sueños.

Beso

m. Acción y efecto de besar. Expresión de amor.

Una alfombra, las ramas de los árboles que tiemblan al otro lado de la ventana, una cicatriz en mi brazo, el rastro de polvo en la pantalla del televisor apagado, una mancha de café en el mantel, un pendiente perdido bajo el sofá. Más real que todos ellos es el beso que nunca te di.

Bolso

m. Bolsa de mano por lo común pequeña.

Hay días en los que rebusco en el bolso, pero no me encuentro.

Borrar

tr. Desvanecer, quitar, hacer que desaparezca algo.

Estoy tomándome un café en una terraza. En la mesa de al lado, una mujer de unos setenta años mira fijamente su móvil. La miro y nada más cruzarnos las miradas, se levanta y se acerca a mí con el teléfono en la mano. Perdona, ¿sabes borrar mensajes?, me pregunta, y me fijo en el temblor de los dedos que sujetan el teléfono. Déjeme intentarlo, le digo, y me da el móvil. Me indica cuál es el mensaje que quiere borrar e intento no leerlo, aunque inevitablemente mis ojos descifran algunas palabras sueltas: qué se ha creído, no hay derecho.

Mientras intento borrarlo, me dice que se ha confundido y ha mandado al grupo de la familia un mensaje que quería enviar a una amiga. Y ahí ha empezado a contármelo todo: Ayer salí al centro a hacer un recado y me encontré con mi nuera y el nieto, y me quedé con ellos, fuimos a tomar algo, nos entretuvimos, y llegué a casa a las diez de la noche. Nada más entrar, mi marido se puso a chillarme, a preguntarme que a ver dónde estaba, que a ver qué hago yo por ahí mientras él está solo en casa, que es la hora de cenar y no hay nada preparado, que...

No hay derecho, le digo. Es precisamente la frase que ella enviaba en un mensaje a una amiga, pero con tan mala suerte de confundirse al mandarlo y enviarlo al grupo de la familia en el que están su marido, sus hijos...

Sus manos siguen temblando. Me siento como en esas películas en las que el protagonista tiene que decidir si cortar el cable rojo o el negro, uno de ellos explotará, y no queda tiempo. Veo que el móvil solo me permite «borrar para mí». Ha debido de pasar demasiado tiempo desde que lo ha escrito y no me deja borrarlo para los demás.

Se lo explico, borramos el mensaje de su móvil, no del grupo. Su marido lo verá, lo verá toda la familia.

Se despide dándome las gracias, temblando aún. La veo alejarse, poco a poco, como quien camina hacia un incendio. Y pienso en todo lo que me gustaría borrar, además de ese mensaje.

Borroso

adj. Que no se distingue con claridad.

Cuanto más difícil se te hace hablar de algo con certezas, más apropiado se vuelve para escribir. Cuanto más complejas te parecen las preguntas y más borrosas te aparecen las respuestas, más posibilidades hay de que acabes escribiendo sobre ello. Puedes decir que no escribes sobre lo que sabes, sino sobre lo que quieres saber.

Brillo

m. Lucimiento, gloria.

Lo importante no es brillar, sino iluminar.

Bumerán

m. Arma arrojadiza que, lanzada con movimiento giratorio, puede volver al punto de partida.

Las personas no son bumeranes. Cuando se alejan, no está garantizado que vuelvan.

C

Caja

f. Hueco o espacio en que se introduce algo.

Una caja con cosas que ha guardado de su hija: dibujos de niña, cartas enviadas desde las colonias de verano, la foto de su comunión... Cada persona se hace una caja de ti. Te esculpe a su manera con los ingredientes que le das.

Calcetín

m. Prenda que cubre el pie y parte de la pierna.

Cuando hace la colada se encuentra un calcetín desparejado un día sí y otro no. Y siente como si el orden del mundo se tambaleara. El calcetín se convierte en ese pequeño guisante bajo el colchón de la princesa que, a pesar de ser poca cosa, con el paso del tiempo se siente y acaba doliendo. Cada vez que se queda con uno de esos calcetines solteros en la mano, no sabe muy bien dónde dejarlo: lo mete en un cajón, lo devuelve al cesto de la ropa sucia, lo esconde

bajo los demás calcetines con la esperanza de que en aquella oscuridad encuentre pareja por su cuenta... Y se siente mal.

Pero hoy ha ocurrido algo importante. Un calcetín desparejado ha amenazado otra vez su equilibrio, pero, en esta ocasión, sin tiempo para pensarlo, ha cogido el calcetín y lo ha tirado a la basura. Y en ese momento, además de sorprenderse por su acción, ha sentido un placer desconocido. Ha sido como quitarse una pesada mochila de la espalda. Y se ha reído. Años y años de malestar cada vez que se encontraba un calcetín suelto, y mira, lo fácil que era: bastaba con tirarlo a la basura. Fin. Y así con tantas cosas.

Su hija le ha preguntado si puede quedarse a dormir en casa de una amiga y le ha respondido que sí a la primera, que vaya, que se lo pasen bien. Se le ha quedado mirando unos segundos para comprobar que no es una broma, que su madre, la que siempre la persigue con el rosario de «ten cuidado-no vengas tarde-ni se te ocurra-no vas a ir», de repente le ha dicho que sí y le ha sonreído. Lo que no sabe su hija es que esa sonrisa responde al alivio que siente tras tantos años de preocupaciones por ella, de noches sin dormir esperando a que llegue... No sabe que esa sonrisa no significa «pásatelo bien», sino «allá cuidaos».

Y al oír el sonido de la puerta cuando se ha marchado su hija, ha pensado en lo equivocada que ha estado hasta ahora, siempre intentando controlar el mundo que le rodea, retenerlo, cuando muchas veces solo hay una manera de atesorar lo que realmente necesitamos: dejándolo marchar.

Campanita

f. Campana pequeña que se hace sonar agitándola.

Miro la pera sobre el plato y veo las manos de mi madre cortando la fruta por la mitad. Agarra la pera del rabo y la balancea de un lado al otro frente a mis ojos de niña y me dice: Para ti la campanita.

Media pera sobre el plato me hace recordar algo que hasta hoy nunca había sido un recuerdo. Luego dirán que son las cebollas las que te hacen llorar.

Caníbal

adj. Antropófago, que come carne humana.

El tiempo caníbal, que nos va comiendo. Es lo que pensé al encontrármela en la calle. Una amiga que hacía años no veía. Me pareció que había envejecido mal, la vi muy mayor, se le entreveían las canas, el rostro flácido, casi no la reconozco. Y entonces pensé que tenemos la misma edad y empecé a cuestionarme si yo también he envejecido tanto. A veces no nos damos cuenta de que envejecemos hasta que vemos reflejadas nuestras arrugas en las de otra persona.

El tiempo caníbal, pensé. Y, sin embargo, hablando con mi amiga (nos fuimos a tomar algo juntas para celebrar el encuentro), llegué a la conclusión de que se encontraba en el mejor momento de su vida. Me habló de sus últimos proyectos, a los que ahora podía dedicarles más tiempo una vez crecidos sus hijos, de sus aprendizajes, de cómo, por ejemplo, ha ido aprendiendo a librarse de preocupaciones estériles para intentar centrarse en lo que realmente importa. Me

pareció que mi amiga había adquirido con los años una gran sabiduría. Está en el mejor momento de su vida, pensé. Y entonces recordé la primera impresión, inmerecida, porque fue verla y pensar en la decadencia, en lo que había perdido físicamente con el tiempo. Asocié automática e injustamente no seguir siendo joven con el fracaso, sin pensar en todo lo que ganamos con el tiempo.

Quizá sería más saludable dejar de ver el tiempo como un caníbal y sentir cómo, al contrario, cada día nos vamos alimentando de él.

Cantar

intr. Producir con la voz sonidos melodiosos.

Mi madre nos decía que cantáramos para no marearnos. Íbamos los tres hermanos en la parte de atrás del coche, siempre con miedo de marearnos, no solo por las curvas, también por los Ducados que se fumaba mi padre en el eterno camino de Vitoria a Lekeitio y viceversa. Cantad para no marearos, nos decía, y ponía el casete del Trío Calaveras que tanto le gustaba a mi padre. Y así, nos poníamos a cantar «Qué bonitos ojos tienes debajo de esas dos cejas...» o «Con dinero o sin dinero, hago siempre lo que quiero...». No recuerdo si evitábamos así marearnos, supongo que nos distraía, pero, como consecuencia de aquellos viajes, tengo tatuadas en mi memoria las letras y las melodías de muchas rancheras. También de muchos tangos de Carlos Gardel.

No sé si la música es un buen antídoto del mareo, ni si, como dice Manolo García, el que canta su mal espanta, pero algo tengo claro: las personas que llevan música dentro, las que tararean canciones

mientras pasean, las que silban una melodía que se les ha quedado pegada en la memoria, o cantan mentalmente mientras se duchan, tienen menos posibilidades de marearse en una vida en la que, con el tiempo, van apareciendo más y más curvas.

Así, cuando necesito quitarme de encima algún disgusto o decepción de esos que se te quedan pegados dentro como un chicle en la suela del zapato, recuerdo el consejo de mi madre: cantad para no marearos. Y es empezar a cantar «Ese lunar que tienes cielito lindo junto a la boca...» y sentir que se despierta la niña alegre que llevo dentro. Porque llevar canciones dentro es algo parecido a tener siempre una flor en el bolsillo.

Cápsula

f. Cubierta que recubre diferentes partes del cuerpo.

Es como una cápsula. Una especie de cámara de aire que llevamos dentro de nuestro cuerpo, en algún sitio sin determinar. Yo me la imagino entre los pulmones y el estómago, más o menos. Es como una cápsula en la que se concentra la esencia, lo que somos cada una y cada uno de nosotros. No nos damos cuenta de que la llevamos ahí adentro hasta que vivimos unas cuantas décadas, pero hay quien vive hasta el final de sus días sin percibirla jamás, sin buscarla siquiera.

Es de ahí de donde sale la voz. No la voz física, la que escuchamos, sino la otra, la que nos está hablando constantemente, la que no descansa un segundo y nos va relatando nuestras vidas. Es la voz que nos tortura cuando nos arrepentimos de algo, la que

nos intenta consolar cuando nos ve tristes, la que nos anima cuando nos encontramos ante un gran reto, o, al contrario, la que nos insiste una y otra vez en que nunca llegaremos a ser capaces de hacerlo. Es nuestra voz verdadera, no esa que sale tuneada de nuestras gargantas.

En esa voz, en esa cápsula de la que sale, se concentran nuestras experiencias desde la infancia, lo que nos enseñaron, lo que vimos, lo que hemos experimentado, lo que hemos aprendido. Y medimos y juzgamos todo lo que ocurre a nuestro alrededor a través de esa voz. Es la que nos dice que debemos hacer algo cuando vemos a alguien muy cercano que lo está pasando mal, la que nos tortura cuando somos incapaces de reaccionar ante las injusticias. Esa voz es el fiel reflejo de nuestra escala de valores, de nuestra percepción del mundo y de nuestra vida en él. Nuestro bienestar, y el del mundo, depende en gran parte de que seamos capaces de reconocerla.

Es como una cápsula. Una especie de cámara de aire que llevamos dentro de nuestro cuerpo, en algún sitio sin determinar. Yo me la imagino entre los pulmones y el estómago, más o menos.

Caricia

f. Demostración de cariño.

Quería escribir sobre los árboles de mi ciudad. Sobre el espectáculo que nos ofrecen estas semanas árboles de flores rosas, blancas, lilas, que te obligan a pararte, a mirarlas, a intentar retener en tu mente una imagen que sabes que pronto desaparecerá. Quería

escribir sobre el milagro que supone que los árboles sepan cuándo tienen que florecer y lo hagan todos a la vez, mostrando su poder al gris asfalto. Quería escribir sobre la sorpresa que me produce que haya gente que ni siquiera se dé cuenta de lo que está ocurriendo en las ramas de los árboles junto a los que pasa diariamente. Quería hablar de la primavera, de cómo nos transforma, cómo nos enciende, de cómo nos hace respirar más profundo y recuperar sueños y deseos que creíamos olvidados tras un periodo tan largo de hibernación. De cómo aparecen deseos de adolescente de fin de curso, de repente. Quería escribir sobre todo eso, pero han matado a una mujer en mi ciudad. En la misma en la que los árboles intentan acariciarme, intentan consolarme.

Carnaval

m. Fiesta popular que consiste en mascaradas, comparsas y bailes.

A algunas personas los disfraces no los disfrazan, sino que los revelan.

Carrillo (Santiago)

Político español, fue secretario general del Partido Comunista de España desde 1960 hasta 1982.

Mi padre fumaba como Santiago Carrillo. Más que por la boquilla, agarraba el cigarrillo casi por el centro y el Ducados llegaba a parecer el sexto dedo de su mano. A mi padre le gustaba mucho escuchar a Carrillo. Cuando aparecía en televisión subido al estrado del Congreso, nos pedía que calláramos, y con el cigarrillo negro entre sus dedos, rodeado de humo, escuchaba atento sus palabras. Me pregunto si todavía queda alguien que escucha con admiración a un político. O si esa admiración se ha desvanecido definitivamente como el humo de los cigarrillos que se fumaban Carrillo y mi padre.

Carro

m. Vehículo con ruedas que se emplea para el transporte.

Días en los que vas como el carro del supermercado cuando está muy lleno. Quieres ir hacia la izquierda, pero el carro se empeña en tirar hacia la derecha.

Casas

f. Edificio para habitar.

Cuando algo en casa se queda viejo, unas toallas, unas tazas, dices: esto para la casa del pueblo. Y así la casa del pueblo en la que pasas los veranos se va llenando de productos de segunda mano. Cuando

llega el verano y te rencuentras con ellos, sientes que te encuentras frente a frente con el pasado: los platos y vasos que quedan sin romper de la vajilla que regalaron a tus padres en la boda, sábanas con sus iniciales bordadas, hoy tan gastadas que parecen de seda; toallas que usabas cuando eras adolescente... Alguna vez fueron nuevos, recién estrenados, pero cuando pasaron de moda o envejecieron, alguien los llevó a la casa de verano para que otros nuevos ocuparan su lugar. Y al volver a verlos cada verano, los tenedores de antaño, las cazuelas, las cortinas, las sillas..., piensas en que fueron importantes un día, pero han pasado a un segundo nivel, viven en una especie de residencia de ancianos para cosas.

Hoy te has encontrado en la calle con un antiguo novio y, nada más verlo después de tantos años, has experimentado la misma sensación que cuando te encuentras con toda esa cacharrería de segunda mano de tu casa de verano. Alguien que fue tan importante para ti, pero que ya no lo es. Alguien a quien ya has retirado de tu pensamiento, de tu día a día, que forma parte de tu pasado. En el rato en el que habéis estado hablando no has podido concentrarte en lo que te ha dicho, porque has estado vigilando su manera de mirarte. En realidad, has estado intentando adivinar si él también te estaba viendo como un plato de Duralex o como una vieja cubertería.

Charco

m. Agua detenida en un hoyo o cavidad de la tierra o el piso.

Cada vez que el médico te ausculta te preguntas si con ese aparato llegará a escuchar ahí adentro el chapoteo de tus charcos.

Chéjov (Antón Pávlovich)

Escritor ruso (1860-1904), maestro del cuento.

En sueños escribo hermosos cuentos con la maestría de Chéjov. En sueños no escribo diálogos, los personajes hablan entre ellos. En sueños tengo todo el día para escribir y no debo preocuparme de planchar la ropa o de recibir llamadas de trabajo. Tengo mi habitación propia. En sueños las descripciones no son decorados de cartón, sino lugares de verdad, con sus olores, colores, formas y polvo sobre los muebles; encuentro la manera de salir de los enredos y las palabras sacan sus uñas. En sueños escribo hermosos cuentos con la maestría de Chéjov.

Cielo

m. Esfera aparente azul y diáfana que rodea la Tierra.

Vivir mirando al cielo.

Clásico

adj. Que no se aparta de lo tradicional.

Hay gente que es (muy) Times New Roman.

Colgar

tr. Colocar el auricular del teléfono en su sitio para terminar una conversación.

Llamar a alguien por compromiso y que no responda. Qué gustazo colgar.

Cómplice

m. y f. Persona que, sin ser autora de un delito, coopera a su ejecución.

Me he cruzado con un hombre que hablaba por teléfono en la plaza Amárica de Vitoria. Sin querer, he oído parte de su conversación: Sí, ahora mismo estoy saliendo de Bilbao. Se ha dado cuenta de que le he oído. Nuestras miradas se han cruzado un segundo. Y hemos huido los dos.

Conmigo

pron. m. y f. sing. Con la persona que habla o escribe.

El escritor portugués Vergílio Ferreira cuenta que una vez que estuvo con un lector, este le dijo al despedirse: «He estado a gusto con usted, pero me gusta más leer lo que escribe». Entonces Ferreira le respondió: «Pero cuando ha leído mis escritos, entonces sí que ha estado conmigo y no ahora al estar conmigo».

Consuelo

m. Descanso y alivio de la pena, molestia o fatiga.

Un consuelo ofrecido sin convencimiento; una mano actriz que pasa por la espalda del amigo; cejas arqueadas que dicen lo siento, lo siento mucho; suspirar, mirar al suelo, disimular la alegría repentina que te ha producido verte los zapatos que acabas de comprarte, y mostrar pena, mucha pena. Sabes que a quien consuelas no tiene remedio, pero tienes que llenar el globo de la compasión con palabras vacías, extender polvos de talco ahí donde escuece. No hay manera de consolar a quien está condenado a sufrir sin sentirte impostora, no hay manera de evitar que de un momento a otro aparezca el brillo de tu diente de oro.

Contacto

m. Relación que se establece entre personas o entidades.

Recuerdo que todas las Navidades llegaba una felicitación para mi madre. Una amiga de la infancia, Mirari, le escribía siempre por Navidad para felicitarla y desearle un buen año nuevo para ella y para toda la familia. No había Navidad sin postal de Mirari. Casi no se veían en todo el año, coincidían en verano cuando mi madre volvía a Lekeitio, su pueblo natal y el lugar en el que se hicieron buenas amigas desde muy pequeñas. Solo se veían entonces, pero Mirari nunca se olvidaba de mandar la postal cuando llegaba diciembre. Así hasta el final de sus vidas. Recuerdo esto cada vez que alguien me dice que ha perdido un contacto en su móvil. Como diría mi madre, antes esto no pasaba.

Conversación

f. Acción y efecto de hablar familiarmente.

Una buena conversación tiene mucho que ver con la capacidad de las personas de decir cosas interesantes, pero también con su capacidad de escuchar. Una buena conversación consigue que las palabras crezcan gracias a lo que te acaban de contar, preguntar o responder. Las y los grandes conversadores consiguen una cosa mágica: que las cosas que decimos también se conviertan en interesantes. Porque parten de lo que han escuchado y lo

enriquecen, lo elevan, incluso cuando lo confrontan, porque nos ayudan a cuestionarnos lo que nos parecía incuestionable, ensanchando nuestra mente. Una buena conversación no solo son palabras o intelecto, es también sentimiento. «Me hablas con palabras y yo te miro con sentimientos», le dice la actriz Anna Karina a Jean-Paul Belmondo en *Pierrot, el loco* de Jean-Luc Godard. Él le responde: «Imposible hablar contigo. No tienes ideas. Solo sentimientos». Y ella replica: «En los sentimientos hay ideas».

Una buena conversación convierte en más bellas a las personas.

Convulsión

f. Contracción intensa e involuntaria de los músculos del cuerpo.

Has recordado aquel momento terrible en el que debías pasar por delante del chico que te gustaba y cómo tu andar, de repente, se volvía ortopédico, como si se te hubiese olvidado caminar: ¿cuál va ahora, el pie derecho o el izquierdo?

Todavía hoy te pasa algo parecido con la gente que te interesa, te gusta o te importa. Sientes como si no fueses del todo dueña de ti misma. Como si el interés por esa persona te impidiera actuar con naturalidad. ¿Justamente me tiene que pasar con la gente que me gusta? ¿Por qué no puedo ser tan racional y tranquila como con la gente que me da igual?

Has pensado en esto al toparte con unas palabras de Alejandra Pizarnik: «Qué fácil ser serena y objetiva con los seres que no me interesan, a cuyo amor o amistad no aspiro. Soy entonces calma,

cautelosa, perfecta dueña de mí misma. Pero con los poquísimos seres que me interesan... Allí está la cuestión absurda: soy una convulsión». Y has confirmado una vez más que la literatura pone en palabras nuestros propios pensamientos.

Corazón

m. Órgano de naturaleza muscular que impulsa la sangre.

Cuántas veces has deseado tener un corazón de piedra. Un corazón blindado. Pero el tuyo es un corazón que roza todos tus órganos en cada latido. Un corazón que se arruga y que se expande como un acordeón, un corazón ligero, que se eleva fuera del cuerpo cuando presiente que roza la felicidad, y que se hunde hasta el estómago cuando sufre por alguien o cuando lo tratan mal.

Siempre has pensado que es una desventaja. Que es más fácil vivir con un corazón de piedra, que siente y padece lo justo, que late siempre a un ritmo estable. Que el mundo está pensado para quienes llevan una roca bajo el pecho. Parece que les va mucho mejor: su falta de escrúpulos en muchos casos les lleva a alcanzar puestos de poder, su falta de sensibilidad les libra de sufrir por amor, su ausencia de dudas les ayuda a tener una buena valoración de sí mismos y de sus actos.

Pero hoy has empezado a cambiar de opinión tras leer una entrevista a Antonio Gamoneda. Dice el poeta que hay quien pretende comprender la poesía como se entiende el *Boletín Oficial del Estado* y que eso es imposible. Que no se puede intentar su

comprensión lógica y lineal, porque la poesía es como un fruto, hay que experimentarla con los sentidos, para quizá después intentar comprenderla.

Y en ese momento has pensado que la vida es también algo difícil de comprender lógicamente, que la vida, sobre todo, se experimenta y se siente, y que los corazones de piedra están incapacitados para ello. Sufren una discapacidad sentimental de tal calado que nunca descubrirán la belleza que se esconde en un suspiro nostálgico, ni la verdad de una voz entrecortada por la emoción, ni el fuego en el cruce de dos miradas, ni la paz que te hace sentir una sonrisa compartida. Que les irá mucho mejor en la vida, que tal vez sufran menos, pero que se irán de ella sin haberla experimentado, sin haberla degustado. En definitiva, sin comprender absolutamente nada.

Corredor

m. y f. Persona que corre en competiciones deportivas.

Tu madre te ha dicho que las mujeres de ahora tenéis mucha suerte porque vuestros maridos no beben, no fuman y además hacen deporte... No como los de antes, que fumaban, bebían y llegaban todos los días tarde a casa del *txikiteo*. Te lo ha dicho por teléfono cuando te has quejado porque tu marido ha salido a correr por la tarde, justo cuando tienes que comenzar con los baños de las mellizas, preparar la cena... Desde que empezó con el triatlón sale todas las tardes.

Hoy también lo has visto salir con sus zapatillas de *runner* de último diseño y su nuevo reloj, que por el tamaño casi podría valer de reloj de pared, con GPS, pulsómetro, mapas ruteables, auriculares *bluetooth* inalámbricos y altímetro barométrico, entre otras prestaciones, tal y como te comentó orgulloso el día que se lo compró.

Y hoy, mientras sacas los platos limpios del lavavajillas, has pensado: De qué te quejas si tu marido solo hace deporte. Pero resulta que hace deporte de siete y media a diez. Justo cuando en casa tienes más trabajo con las niñas y preparas la cena y la comida para el día siguiente. Justamente falta el mismo tiempo que faltaba tu padre cuando después de trabajar iba a tomar unos vinos con los amigos.

Cuando has terminado de recoger todo y de acostar a las niñas, tu marido ha llegado con el pelo mojado y olor a gel de baño. Estoy muerta, le has dicho, y te has ido a la habitación pensando que, aunque afortunadamente las cosas han ido cambiando y muchos hombres asumen su responsabilidad también dentro de casa, todavía quedan algunos de aquellos de los que habla tu madre. Son los nuevos *txikiteros*, solo que ahora en vez de joderse el hígado sufren fascitis plantar.

Corriente

f. Masa de materia fluida que se mueve en forma de corriente.

Nadar en contra de la corriente, allá donde no haces suelo. Dicen que es inútil. Siempre he oído que, si te encuentras en una situación así mientras te bañas en el mar, es mejor no hacer ese sobreesfuerzo, porque es difícil vencer a la corriente, y es preferible dejarse llevar hasta que podamos nadar sin la fuerza marina en contra. A veces, ante alguna situación difícil, angustiosa, de la vida, gastamos nuestras energías en nadar contra ella, en enfrentarla, en intentar avanzar a pesar de todo. Es nuestro instinto el que manda. Y es difícil hacer lo contrario, pero, quizá, a veces es mejor dejarse llevar sin poner demasiada resistencia, de manera que podamos ir cogiendo fuerza para despegar una vez que toquemos fondo.

Cosmos

m. universo

Recoges el jersey del suelo y lo guardas en el armario; una zapatilla bajo la cama, buscas su pareja; una muñeca, una excavadora de plástico, a la caja de los juguetes; la taza con restos de café y una cucharilla, al fregadero; abres el grifo y, al tiempo que el agua busca su camino por el desagüe, sientes que los planetas, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, vuelven a ocupar su lugar.

Cromo

m. Estampa, papel o tarjeta con figuras en colores.

Los cromos con purpurina con los que jugábamos de pequeñas. Guardábamos aquellos trocitos de papel troquelado en cajitas y los sacábamos en los recreos. Cada una colocaba su cromo en el suelo o sobre una superficie lisa y les dábamos un golpe con la mano ahuecada, con la intención de ponerlos boca arriba. Los cromos a los que conseguíamos dar la vuelta eran nuestro trofeo, el que guardábamos con celo en nuestra cajita de latón.

Antes de empezar a jugar, podíamos controlar la apuesta que estábamos dispuestas a hacer (si poníamos en juego los de purpurina, los más valiosos, o no); o la manera de ahuecar la mano (recuerdo que algunas parecían tener una ventosa en la palma); o la fuerza con que íbamos a dar el golpe (ni demasiado fuerte, ni demasiado suave). Podíamos controlar todo eso, pero nunca podíamos saber a ciencia cierta cuál iba a ser el comportamiento de aquellos trozos de papel, si iban a despegarse del suelo o no.

Ganar o perder, acertar o equivocarse... Nuestras posibilidades de controlar lo que nos pase en la vida son similares a la capacidad que teníamos de controlar el vuelo de un pequeño papel cuando jugábamos de niñas.

Cucharilla

f. Cuchara pequeña.

Recuerdo una cucharilla metida en la botella de champán. La voz de mi madre: «Trae una cucharilla para que no se le vaya el gas al champán». Y poníamos la cucharilla, con el convencimiento de que

era la manera más eficaz de que el champán no se nos quedara sin burbujas. Y esto ocurría en mi casa y en la de tantas otras familias. Cucharillas presidiendo desde cuellos de botella nuestras cenas navideñas.

Supongo que sobrevivimos diariamente gracias a ilusiones similares a la del champán, o a la del zumo de naranja que había que beber cuanto antes para que no se le fueran las vitaminas. Supongo que necesitamos ese tipo de creencias que compartimos y aprobamos colectivamente para mantener la ilusión de que estamos haciendo lo correcto y de que todo se puede mejorar.

Siempre que se acerca un nuevo año siento la necesidad de convertirme en aquella niña que iba a la cocina a por la cucharilla y que volvía corriendo para ponerla en la botella, convencida de que con ello estaba evitando que el champán perdiera sus burbujas. Necesito creer que el año siguiente nos va a dar una oportunidad, como se creía en un tiempo en aquellas pulseras imantadas, las pulseras milagro, que curaban el reuma y otros males; o en la baba de caracol que regeneraba la piel; o en el complemento alimenticio de alcachofa con el que podías perder tres kilos en una semana. Necesito creer. Quiero acercarme al nuevo año, buscarle por alguna parte un orificio, y meter allí una cucharilla, como hacía de niña, porque quiero que no pierda fuerza, que no se quede sin gas, que pueda hacer frente con energía a todos los grandes retos que se le presentan. Quiero recuperar la ilusión de la niña que aún, creo, sigue viva en algún recóndito lugar de mi cuerpo.

Cuidar

tr. Asistir, guardar, conservar.

Cuando guardas los muñecos de tus hijos en su caja y no te ve nadie, dejas siempre una rendija abierta para que puedan respirar.

Curiosidad

f. Cualidad de curioso.

Hay gente que se da cuenta de que se está haciendo mayor un día, de repente, al mirarse las manos y encontrarse unas extremidades llenas de venas, arrugas y manchas. Hay quien se da cuenta de que se hace mayor cuando empieza a conocer por la calle a los hombres calvos o a las señoras, y no son ni su madre, ni su antiguo profesor, ni su tía abuela, sino una compañera o un compañero de clase de la infancia. Hay mujeres que se dan cuenta de que esto de cumplir años va muy deprisa cuando por fin se disponen a hacer la famosa prueba del bolígrafo bajo un pecho y lo hacen temiendo que el bolígrafo no caerá al suelo y quedará envuelto en un pliegue de su piel como un rollito de primavera. Hay hombres que se dan cuenta de que son mayores cuando se oyen a sí mismos decir a su hijo adolescente que eso que oye no es música, que lo que oía él de joven eso sí que era música: Dire Straits, Scorpions..., igual igual que hacía su padre cuando le hablaba del Trío Calaveras o de María Dolores Pradera.

Creo, sin embargo, que hay un indicador que es más o, por lo menos, tan fiable como los anteriores para saber que te estás haciendo viejo o vieja. Es perder la curiosidad, no querer saber más

allá de tu entorno, no morirte de ganas por saber cómo viven en otro país, o por conocer cómo se dice *sol* en japonés. Perder la curiosidad es morir. Porque una persona con manos de anciana, con amigos calvos y amigas señoras, con los pechos rendidos a las leyes de la gravedad, o contando batallitas de su época, puede seguir siendo, a pesar de todo, joven si mantiene la curiosidad, si todavía quiere saber, si no siente que ya está de vuelta de todo, que lo sabe todo, que no tiene nada nuevo que ver. Los ojos son el reflejo de nuestra edad más que nuestra piel, y cuando los ojos están despiertos, cuando brillan de las ganas de ver que tienen, seguirán siendo jóvenes. Jóvenes hasta morir.

D

Dar

tr. entregar.

Nos pasamos la vida con miedo a que nos quiten cosas, a perder cosas. Tememos que nos roben el corazón, nos aterroriza perder a alguien querido, nos preocupa perder dinero o que nos arrebaten un puesto o un negocio, nos inquieta y nos duele que nos olvide un amigo, nos asusta perder el prestigio o la aceptación social, nos atemoriza perder la salud o la autonomía...

Pasamos la vida con miedo a que nos quiten cosas o a perderlas, pero no pensamos nunca en todo lo que no nos pueden quitar por la simple razón de que lo hemos entregado ya. «Aquello que entregamos no nos puede ser arrebatado», escribe Anne Michaels en su novela *El abrazo*. Y es así. El abrazo que dimos a un ser querido, nunca nos lo quitarán; los besos que dimos a quienes amamos siguen ahí, vivos en la memoria, de donde nadie nos los robará; la ayuda que ofrecimos a una amiga en un momento difícil queda ahí, como muestra activa de nuestra amistad, como un hilo de complicidad que sella nuestra unión; la confianza que depositamos en alguien que empezaba en algo es parte indisoluble de quien es hoy y de lo que actualmente sabe hacer; lo que hemos

enseñado a otras personas es una semilla que germinará en sus vidas y seguirá viva, y es justo pensar que hemos contribuido a una parte de lo que son. Lo entregado, por tanto, nunca nos lo quitarán. Lo entregado, queda en la vida de las y los demás. Es como esos documentos que quedan en la nube y a los que podremos seguir accediendo a pesar de perder nuestro ordenador. Pasamos la vida con miedo a que nos quiten cosas, cuando, a veces, la solución es ofrecerlas. Porque una vez dadas, siempre estarán ahí.

Definitivo

adj. Que decide, resuelve o concluye.

Cuando guardas la última versión de un documento y añades al final del nombre «-def» para indicar que es el definitivo. Pero sabes que te estás engañando, porque luego vendrán «-def-def», «-def-def-def»... Igual que en la vida.

Demasiado

adj. indef. En número, cantidad o intensidad excesivos.

Mira qué guapa está tu nieta, le dicen a la abuela. Ella mira a la quinceañera que ha venido a visitarla y con cara de preocupación responde: Sí, demasiado. La abuela estaría más tranquila si su nieta

fuese del montón, si no llamara tanto la atención; ser demasiado atractiva puede traer problemas. La abuela ha visto muchas cosas.

Dependencia

f. Relación de origen o conexión.

Veinticuatro horas de nuestra vida. Si las miramos desde arriba, como lo haría un pájaro desde el cielo, vemos que todo lo que hacemos, cada movimiento que realizamos, depende de lo que hacen otras personas. Alguien amasó y horneó el pan que desayuno; alguien limpia el portal por el que acabo de salir; alguien diseñó las calles por las que transito; alguien programa los semáforos para que no me atropellen; alguien cuida de las personas que dependen de mí cuando no las puedo cuidar; alguien me cuida cuando enfermo; alguien prepara la comida; alguien se encarga de traer carne o verdura fresca al puesto en el que hago la compra; puedo pagar sin confundirme porque alguien me enseñó a contar; puedo escribir porque alguien me enseñó a hacerlo; alguien me ofrece la dosis de belleza diaria que necesito para subsistir a través de un libro, una pintura o una película que me emociona; alguien me da un abrazo reparador cuando necesito consuelo... Ser conscientes de que somos seres dependientes, en todos los sentidos, y actuar en consecuencia. Quizá sea una de las pocas maneras que nos quedan de salvar el mundo y de salvarnos personalmente. Darnos cuenta de que pensar únicamente en individual, como si cada paso que damos no afectara a la vida del resto, es un suicidio personal y colectivo.

Desayuno

m. Primera comida del día que se toma por la mañana.

Llega el fin de semana y Sofía se levanta sigilosa de la cama. Con las zapatillas de casa en las manos, cruza descalza el pasillo, hasta la cocina, casi conteniendo la respiración, sin querer hacer ningún ruido que despierte a su hija e hijo pequeños. A pesar de ser sábado, Sofía ha puesto el despertador para levantarse un poco antes que el resto de la familia y así poder desayunar sola, ese gran placer, esa deseada isla de silencio en medio del alboroto tenso de cualquier casa en la que vivan criaturas.

Sofía prepara el café, las tostadas, enciende el iPad para repasar la prensa, se sienta, y justo en el momento en que moja la tostada untada en mantequilla y mermelada en el café, oye la temida alarma: ¡Amaaa! Se acabó el desayuno, se acabó la prensa, se acabó la paz. Si es que parece que me huelen, piensa, mirando el café que sabe que se va a quedar frío para cuando vuelva a sentarse.

Han pasado algunos años de aquello. Sofía recuerda aquel cansancio permanente de cuando su hija y su hijo eran pequeños, aquella búsqueda inútil de espacios propios, y recuerda aquella escena en la que intentaba desayunar sola sin éxito. Lo recuerda mientras desayuna sola, hoy, con su café, sus tostadas y su prensa. Su hijo mayor estudia en el extranjero y hace ya dos meses que no lo ve. La pequeña ha ido a dormir a casa de una amiga, o eso es lo que le ha dicho al menos.

Hoy no ha tenido que cruzar sigilosa el pasillo ni contener la respiración para no despertar a nadie. Hoy está sola por fin. Y lo que en un tiempo suponía para ella una meta placentera, un sueño que

alcanzar, hoy, por primera vez, le ha hecho sentir el eco de una habitación vacía, el frío de unas sábanas sin abrir. Y, de repente, se ha dado cuenta de que echa de menos el ruido, los pijamas manchados de colacao, los besos matinales con sabor a galleta... Le da un sorbo al café, cierra los ojos, y se queda quieta, con el cuello estirado, como esperando oír de un instante a otro una voz que la llama desde la habitación, como esperando que en algún momento alguien se le cuelgue del cuello.

Desilusión

f. Acción y efecto de hacer perder las ilusiones.

De la desilusión no se vuelve. Es un camino sin retorno. Por eso es tan peligrosa, por eso duele tanto. En la vida, puede ocurrir que nos enfademos con un amigo o una amiga y que, con el tiempo, nos reconciliemos; que una relación amorosa se apague por un tiempo y que, como las brasas cuando se soplan con un fuelle, vuelva de repente a encenderse otra vez... Nos podemos recuperar del enfado, del sentimiento amoroso, del dolor..., pero no de la desilusión. Cuando una persona nos desilusiona, es como si hubiese pasado una frontera y se hubiese cerrado una puerta a sus espaldas. Ya no puede volver a tu mundo, a tu confianza, a tu alma. Ya no puede volver a convertirse en parte de tu ilusión. Aunque quieras. Y eso es lo doloroso, que, aunque quieras recuperar a esa persona, la desilusión la ha expulsado ya de tu vida. La desilusión manda más que tu voluntad.

La desilusión es como algunas palabras, que marcan un camino de no retorno, palabras que, una vez dichas, no tienen vuelta atrás. Cuando una pareja se pierde el respeto, por ejemplo, hay un antes y un después. Aunque la pareja se mantenga unida, las duras palabras que se han dicho seguirán sobrevolando siempre la relación como buitres.

La desilusión suena como un piano cuando no se sabe tocar. Es esa mezcla de notas y sentimientos en distintas direcciones que rompen la armonía y crean un estruendo imposible que nos molesta, nos disgusta, nos altera los nervios.

De la desilusión no se vuelve. Aunque se quiera. La desilusión manda más que nuestra voluntad.

Despiste

m. Distracción, fallo, olvido, error.

Le ocurre a menudo. Si está en grupo con más de tres o cuatro personas, sin darse cuenta, la atención se le escapa volando a algún territorio lejano, y en el momento en que se da cuenta, siente vértigo: Pero qué hago yo aquí arriba. Inés ha tenido que confesar muchas veces que es muy despistada y ha tenido que pedir perdón a mucha gente por no haberlos saludado en la calle. Aunque los vea, no los ve, porque tiene la cabeza en otra parte.

En el fondo, sin embargo, piensa que no es que sea despistada, porque su cabeza, sus ojos, sus oídos están atentos, sino que se fija en otras cosas. Por ejemplo, esperando a que el semáforo se ponga en verde, mientras la mayoría de las personas que le rodean están

atentas a la luz, ella está mirando al pájaro que se ha posado en el semáforo. Y en esos casos, se pregunta: ¿Soy yo la despistada o toda esta gente que ni siquiera se ha dado cuenta de que hay un pájaro posado en el semáforo?

Hoy le ha vuelto a ocurrir. Cenando con su marido y otras parejas, mientras los demás discuten acaloradamente, Inés no escucha, porque está atenta a los movimientos de la amiga que tiene delante. Está callada, se muerde constantemente las uñas, sus ojeras le llaman la atención, y también el hecho de que cada vez que habla su marido, se le tuerza el labio. Mientras todos los demás están atentos a la discusión, Inés no quita ojo a la mirada triste de la mujer.

En un momento, alguien le pregunta: ¿Y a ti qué te parece, Inés? Y, claro, no tiene ni idea de lo que están hablando: Perdón, ¿qué decíais? Se han reído de lo despistada que es. Pero, sin embargo, la única de todo el grupo que se ha dado cuenta de que la mujer que tiene delante le pedirá a su marido el divorcio dentro de unos pocos días ha sido ella. Porque desde las nubes, desde allí arriba, muchas veces se ven mejor todos los pliegues de la vida.

Desván

m. Parte más alta de la casa destinada a guardar objetos.

Como escuché un día explicar a Juan José Millás, una buena obra de ficción nos permite ver el desván de las casas ajenas. No el salón, donde todo está dispuesto para recibir a quien venga de visita y donde se quiere mostrar la mejor imagen de una o uno mismo, sino

el desván donde ni siquiera sabemos lo que guardamos, donde todo está desordenado, donde se esconde lo que no queremos mostrar... La literatura nos pone ante los ojos todas esas cosas: nuestras debilidades, nuestros pecados, nuestras miserias, nuestras contradicciones... Nuestro desván al descubierto.

Día

m. Periodo de 24 horas.

Tu día es el reflejo de un charco que tiembla.

Diván

m. Asiento alargado para recostarse o tumbarse.

Cuando mi hija se acuesta, siempre me tumbo con ella un rato. Pasamos todas las noches un rato juntas hablando en modo horizontal. Es un momento de diván interesante, en el que afloran muchas de sus preguntas sobre la vida. Y aunque se supone que soy yo quien tengo que enseñarle cómo es el mundo, reconozco que aprendo muchas cosas de ella en esos momentos de charla tan íntimos.

He aprendido, por ejemplo, que las personas adultas nos encerramos de tal manera en nuestros problemas diarios que a veces perdemos la perspectiva y la visión global del mundo que nos

rodea, y que, en contraposición, en la infancia nuestra mirada es mucho más amplia, todavía no está tan limitada.

Así, la mayoría de las preguntas que me hace mi hija no se limitan a su entorno familiar o escolar, sino que van más allá. Me dice, por ejemplo, «Ahora en China se están levantando de la cama», o «Si la Tierra se mueve, ¿por qué no nos mareamos?», o «Lo de Adán y Eva no puede ser verdad porque entonces todos seríamos de la misma familia». Digamos que mi hija se hace las preguntas en grande, con una amplitud que demuestra que se ve a sí misma y a su entorno inmersos en un contexto mucho más amplio, universal.

Cuando está medio dormida y deja de hablar me levanto de la cama y le apago la luz de la mesilla. Pienso entonces que nunca deberíamos apagar las luces largas, que no nos deberíamos limitar a ir por la vida con las luces cortas, como hacemos tantas veces, con nuestra mente colonizada por problemas cercanos que nos impiden ver más allá.

Todos los grandes problemas del mundo como el de la destrucción progresiva del medio ambiente, por ejemplo, requieren que miremos a nuestro alrededor como lo hacen los niños y las niñas. Con luces largas, con perspectiva y siendo conscientes de que somos una parte de algo mucho más grande. Viendo nuestro pequeño diván a vista de pájaro, como si fuera una pequeña embarcación navegando en un océano gigante.

Dolor

m. Sensación molesta de una parte del cuerpo.

No es la lluvia lo que te duele, las nubes ponen límite al mundo y sientes que te protegen. No es el invierno, no te duele, la oscuridad acorta los días y te da tranquilidad. Son el sol, sus destellos en una ventana lejana que se abre, el viento sur, el aroma del verano, lo que te duele. Porque el mundo se amplía, se alarga, se extiende, y entonces todo pasa en otro sitio.

Duda

f. Indeterminación entre dos juicios o decisiones.

Mi madre me dijo un día que siempre estoy tomando indecisiones. Me lo dijo como un defecto, y siempre lo he sentido así, pero en el fondo pienso que la duda es más atractiva que la certeza. Tiene más colores, huele mejor. Me imagino la imagen de una cabeza llena de dudas vista a través de un *scanner* y veo allí una maleta abierta de la que salen mariposas que vuelan hacia todos los lados: mariposas verdes que salen disparadas hacia la izquierda, mariposas amarillas que se van a la derecha, otras granates que vuelan hacia arriba. Parece un espectáculo de fuegos artificiales. Me imagino ahora la imagen de una cabeza en la que no entran dudas, una cabeza que lo ve todo claro, que ve solo un camino que seguir, y veo mariposas disecadas, pinchadas en un panel con un alfiler. El mundo es más grande si se duda.

E

Emoción

f. Alteración del ánimo intensa y pasajera.

No hay aprendizaje sin emoción. Las ideas racionales necesitan de la emoción estética para ser captadas afectivamente. Solo se aprende lo que se siente. Necesitamos de la emoción que nos genera la belleza para entender el mundo. Por eso necesitamos la cultura: el cine, el teatro, la pintura, la literatura... Todo eso tan necesariamente inservible, tan inútilmente necesario, como nos recuerda Nuccio Ordine en *La utilidad de lo inútil*.

Empacho

m. Indigestión de la comida.

Para una mujer, el momento en que sale del empacho amoroso en el que la han educado es comparable al día en que descubrió que los Reyes son los padres.

Enero

m. Primer mes del año, que tiene 31 días.

Enero es un lunes largo. Con sus bostezos de primera hora en el coche, sus mochilas de colegio cargadas de libros, sus camas por hacer, su regusto del fin de semana, su nevera vacía, su lista de quehaceres, su barra de pan de vuelta a casa, su cansancio crónico.

Enero es mirarte en el espejo y verte cara de gente; es sentir que las personas de dientes blancos que te sonríen desde las marquesinas son extraterrestres que viven muy lejos; es hacer cola en la oficina de Correos y verte como a un número; es pensar que tienes pendiente pedir cita con el médico de cabecera y no pedirla, tampoco hoy.

Enero es un lunes largo, que quizá solo tiene sentido si quien lo transita no pierde sus ganas de renovarse, de hacer las cosas mejor o de forma diferente, de buscar nuevos caminos para llegar a otras metas, de dar pasos firmes y valientes que le acerquen a lo que le gusta. Porque enero es también renovar el vestuario en rebajas, comprar nuevas sábanas y toallas. E igual que renuevas tu casa y tu aspecto, enero te da la oportunidad de abrir nuevos caminos, tener nuevas esperanzas e ilusiones, esforzarte en algo que te gusta, preparar terrenos para lo que venga, adelantarse a la vida antes de que la rutina y la costumbre te atropellen. Es una buena atalaya, una buena oportunidad para preparar el camino. Para preguntarte a dónde quieres llegar.

Envejecer

tr. Hacer viejo a alguien o algo.

Este pasado verano, paseando por la playa con una amiga, le comento que ya no se ve tanta gente mayor paseando por la orilla como antes. Mi amiga frena en seco. Me mira a la cara. Perdona, querida, me dice entre risas, la gente mayor ahora mismo somos tú y yo. Me quedo sin palabras. Dejo de meter tripa.

Hace unos años: mi madre ingresa en una residencia, con casi noventa años. Mira a un lado, mira al otro. Nos pregunta, molesta: Pero ¿a dónde me habéis traído? Aquí no hay más que viejos.

Son solo dos ejemplos. Nadie es viejo, ni vieja. Y es que no es fácil reconocer que has envejecido cuando la sociedad en la que vives desprecia a la gente mayor, y nos hace sentir a quienes estamos en camino que está prohibido envejecer. A las mujeres de cierta edad el algoritmo nos recuerda diariamente que es una anormalidad no ser eternamente joven y que si envejecemos es por nuestra culpa, porque no aprovechamos los beneficios del ácido hialurónico y el retinol, no practicamos diariamente gimnasia facial, no hacemos pilates de pared para mujeres de más de cincuenta, no aprendemos a maquillarnos para elevar el rostro y disimular las ojeras, no activamos nuestro colágeno con radiofrecuencia... Vamos, que si no estamos como Demi Moore con sesenta es por vagancia y dejadez.

Pues ya va siendo hora de plantarnos, de hacer oídos sordos a este ataque diario y de decirle al algoritmo y a todo el mundo que envejecer digna y conscientemente es una gran virtud. Que hay una gran belleza en envejecer de manera elegante, consciente de lo que pierdes, pero también de todo lo que vas ganando con los años: experiencia, saber estar, sentido del humor, comprensión, sabiduría... Y que todo eso nos hace más bellas y bellos para quien

tiene la suficiente inteligencia de apreciarlo. Es lo que le contestaré a mi amiga este verano, con un año de retraso, mientras paseamos por la orilla como la gente mayor. La bella gente mayor.

Equilibrio

m. Contrapeso, contrarresto o armonía entre cosas diversas.

Se puede pensar con la cabeza, se puede pensar con el corazón, y se puede pensar con la pelvis. Cada uno y cada una de nosotros tenemos la capacidad de pensar y actuar desde todas esas partes, lo que ocurre es que hay quien tiene mucho más desarrollada una que otra. Hay quien actúa y se enfrenta al mundo básicamente desde la pelvis, desde lo más cercano a nuestros instintos primarios, intentando calmar sus necesidades e impulsos, sin meditar demasiado sus acciones; hay quien vive desde el corazón, actúa desde las emociones y el amor, o la compasión; y hay quien funciona sobre todo desde la cabeza, desde las ideas y desde la razón. Una persona equilibrada podría ser aquella que combina las tres. Las mejores decisiones combinan el coraje que nos da la pelvis, la empatía que nos proporciona el corazón y el sentido común y el raciocinio que nos aporta el cerebro.

Escribir

tr. Representar palabras o ideas con letras.

Como decía Hemingway, escribir es fácil. Solo tienes que sentarte delante de una máquina de escribir y sangrar.

Esencia

f. Lo más importante y característico de una cosa.

Recuerdo que mi madre siempre me pedía que levantara la cabeza cuando nos encontrábamos con alguien y se paraba a hablar, o cuando había que posar para una foto. Levanta esa cabeza, me decía, y recuerdo que mi timidez me impedía despegar mi mirada del suelo, me hacía sentir una irresistible atracción hacia el centro de la Tierra. Me aterraba mirar a la gente a la cara.

Con el tiempo, he ejercitado la capacidad de mirar a los ojos a la gente y he descubierto que el mundo cambia totalmente cuando eres capaz de hacerlo. Porque cuando hablas con alguien sin mirarle a los ojos, estás hablando con la imagen que tienes en tu mente de esa persona; si consideras que es una persona que se enfada con facilidad, por ejemplo, te la imaginas enfadándose por lo que vas a decir. Sin embargo, cuando miras a las personas a los ojos, todo cambia. A través de la mirada de esa persona accedemos a su esencia, a su verdad. Y puede que nos esté diciendo una cosa, pero al mirar sus ojos nos demos cuenta de que nos quiere decir otra.

Mirar a los ojos a la gente nos permite ver a la gente desde dentro. Por eso, en adelante, voy a intentar no tomar ninguna decisión, no decir ninguna palabra, hasta ver el interior de la

persona que tengo enfrente a través de sus ojos, al igual que cualquiera puede ver en mis ojos a aquella niña que no lograba alzar la mirada del suelo.

Eses

f. pl. Letra s y sonido que representa.

Siempre me han gustado las eses, por lo sinuoso de sus formas, por sus curvas, y se me han hecho antipáticas las eles, tan erguidas, tan tiesas, tan poco moldeables. Esta semana, viendo el dibujo de una columna vertebral humana, he pensado que mi preferencia por las curvaturas quizá esté relacionada con mi propio instinto de supervivencia. Porque no es casualidad que nuestra columna vertebral tenga forma de ese: convexa en la parte cervical, cóncava en la parte del tórax, convexa de nuevo en la lumbar, y cóncava en el coxis, para terminar de nuevo hacia dentro. No es casualidad porque esta forma está diseñada para que amortigüe bien los golpes, soporte el peso de manera más equilibrada y no se parta de un golpe como lo haría si fuese recta como una ele. Somos una especie de muelle preparado para los impactos, los saltos, el aguante de nuestro propio peso.

Esto me hace pensar en lo peligroso de la rectitud no solo en lo referente a huesos, sino también a las actitudes. Las personas que son más eles que eses están menos preparadas para sobrevivir y para convivir, porque si algo hace falta para poder transitar por la vida sin morir (y sin matar) en el intento es la capacidad de adaptarse a las circunstancias, de poder modular y moldear nuestros

actos, de ser más plastilina que piedra. Y es curioso que muchas veces se ensalcen en las personas características como la firmeza de sus convicciones y se llame coherencia a lo que puede ser cabezonería e intransigencia, y, sin embargo, se vean como debilidades la duda o el cambio de opinión.

Creo en el valor de la gente que sabe escuchar a quien piensa diferente y cambiar de opinión o reconocer un error sin sentirlo como una rendición o una derrota; sin sentir que por ello pierde sus principios, sino que los enriquece. Las eses no suelen destacar tanto como las eles, que llevan siempre el cuello erguido, pero sin ellas los acuerdos y, por tanto, la convivencia serían imposibles.

Eso

pron. dem. n. Lo que acaba de mencionarse.

«Si eso, nos vemos.» Siempre me he preguntado qué será «eso».

Espera

f. Acción y efecto de esperar.

Cuántas vidas han pasado, lentas, a la espera de una carta.

Estatuas

f. Obra de escultura labrada a imitación del natural.

En la terraza de un bar, una mujer toma café mientras su hijo pequeño juega en el suelo con unas piedritas. De vez en cuando levanta la vista del periódico, para asegurarse de que el niño sigue ahí. En la mesa de al lado se ha sentado un hombre que trae de la mano a su hija. Nada más llegar, la niña se ha acercado al niño, se ha sentado junto a él en el suelo y han comenzado a jugar juntos con las piedras. No se conocen de nada, pero se han unido con la naturalidad de dos imanes.

El hombre y la mujer observan a las criaturas, levantan la vista y se dirigen una tímida sonrisa. La mujer piensa que le diría algo al hombre, pero no se atreve, es un desconocido, qué pensará. Y vuelve la vista al periódico. El hombre piensa que le encantaría hablar con la mujer que está leyendo el periódico, aunque sea del tiempo, pero no se atreve, es una desconocida, qué pensará.

La niña y el niño ríen intentando meter las piedras en un círculo que han dibujado raspando una de ellas contra el suelo, y la mujer y el hombre los miran con envidia, preguntándose cuándo se pasa en la vida de jugar con piedras a convertirte en una de ellas; a convertirte, como ellos, en dos estatuas de piedra.

Estrenar

tr. Hacer uso por primera vez de algo.

Cuando a mi madre le regalaban algo bueno, un perfume caro o alguna prenda de marca, siempre lo guardaba. No eran cosas para usar así por así, había que guardarlas para estrenarlas cuando la ocasión lo mereciera. Con el perfume caro guardado en el armario, mi madre se perfumaba todos los días con una colonia mucho más corriente y barata. El bueno se quedaba ahí, bien custodiado, entre pañuelos bordados, como si más que un perfume fuese una pieza de museo. Ocurría también con las botellas de vino, las buenas se guardaban siempre para mejor ocasión. Y así, mi madre ha dejado sin abrir o estrenar muchas cosas como esperando el día que realmente mereciera aquel perfume, aquella chaqueta, aquel pañuelo, aquel vino. El día que, de tanto esperar, a veces ni siquiera llegaba.

La canción *Simulacro*, esa obra maestra de Rafael Berrio, habla de vidas vividas como simulacros, vidas malgastadas en borradores, en las que se dejan a un lado tantas cosas a la espera de una ocasión futura que muchas veces no llega nunca. Recordé la canción al encontrarme hace poco entre las cosas de mi madre el perfume al que me refiero. Está sin abrir, llevará así más de cuarenta años, recuerdo haberlo visto de niña metido en esa misma caja. Y me impresionó tanto verlo que, al llegar a casa, fui directamente a abrirme un gran reserva que me regalaron hace un tiempo y llevo guardando para una buena ocasión. Era un lunes. Abrí la botella pensando que el mejor día, la mejor ocasión, siempre es hoy. Porque, como canta Berrio, la vida sucede a medida que sucede, y no hay una vida en serio y otra de licencia.

Eternidad

f. Perpetuidad sin principio, sucesión ni fin.

Cómo es posible que tres minutos y veinte segundos de una canción puedan durar una eternidad en nuestra memoria.

Exactitud

f. Cualidad de exacto.

Hay un momento mágico en el que aparece la palabra justa, la frase que casa exactamente con lo que queríamos decir, el párrafo que condensa todo lo que teníamos guardado en la cabeza y queríamos expresar. Sentimos una especie de orgasmo cuando encontramos La Palabra, la que nos hacía falta no solo para hacernos entender, sino para entendernos a nosotros mismos.

Decía Carson McCullers que algunas buenas novelas son tan exactas como un número de teléfono. Me refiero a esa exactitud, a esa precisión que funde las letras con las ciencias, y que hace de la literatura algo tan exacto como las matemáticas.

A veces, leemos algo y sentimos que realmente no había otra forma, no había otra palabra posible para expresarlo. Que solo había una opción y quien lo ha escrito la ha encontrado. Quizá por eso escribimos. Porque queremos ver nuestras ideas expresadas con precisión en algún sitio. Porque nos ayuda a quitar a nuestras ideas toda la hojarasca de la generalidad y a verlas como un árbol desnudo, limpio, como se ven nuestros huesos en una radiografía.

Extrañeza

f. Cualidad de raro, extraño, extraordinario.

Creo que en el impulso de quienes escribimos ficción se esconde en muchos casos un sentimiento de extrañeza hacia el mundo y una consecuente inadaptación y sensación de estar siempre fuera de lugar. Esta extrañeza, esta sensación de no entender la vida y necesitar una explicación sobre la misma, es una de las razones de peso que nos llevan a escribir.

Quizá buscamos protección entre el desorden. Y es que la vida se nos presenta en pedazos, accidentada, guiada por el azar..., y la ficción nos ayuda a darle forma, una sintaxis, de modo que lo fragmentario del mundo se une y sentimos que cobra un sentido. Quizá es eso lo que buscamos, nada menos que darle sentido a la vida. Aunque la extrañeza persiste, a pesar de todo, como dice Julio Ramón Ribeyro: «Lo que he escrito ha sido una tentativa para ordenar la vida y explicármela; una tentativa vana que culminó en la elaboración de un inventario de enigmas. Si alguna certeza adquirí es que no existen certezas».

La extrañeza perdura a pesar de todo. Y quizá debe perdurar, porque no acostumbrarse a la vida es un ingrediente esencial para seguir manteniendo vivo el impulso de escribir. Creo que es parte de nuestra gasolina. El día en que nos habituemos a la vida, dejaremos de escribir.

F

Fábula

f. Breve relato ficticio con intención didáctica o crítica.

Cuando veo que estoy entrando en una discusión-brida, de esas que van estrechándose cada vez más y no permiten dar marcha atrás por la intransigencia de quien tengo enfrente, entonces, recuerdo la lección que el león le da al tigre en la fábula del tigre y el burro. La fábula en la que el burro se pone burro defendiendo que el pasto es azul, mientras que el tigre defiende que es verde. Acuden al rey de la selva para aclarar de qué color es y el león le da la razón al burro y castiga al tigre. El tigre, incrédulo, pregunta al león por qué ha defendido que el pasto es azul cuando está claro que es verde. El rey le explica que el castigo nada tiene que ver con el color del pasto, que lo castiga por el hecho de que una criatura tan valiente e inteligente como él pierda el tiempo discutiendo con un burro.

Fácil

adj. Que no requiere gran esfuerzo, habilidad o capacidad.

Ese camarero que antes de que llegues a la barra ya te está mirando para poder servirte cuanto antes; esa compañera de trabajo que te cubre para que te puedas tomar un café o que desvía tu teléfono al suyo cuando te ve cargada de trabajo; ese vecino que te riega las plantas cuando te vas de vacaciones; esa profesora que tiene la paciencia de volverte a explicar la lección pero de otra forma, para que la puedas entender mejor; esa amiga que te propone quedar cerca de tu casa en lugar de en el centro porque sabe que los viernes estás muy cansada; esa compañera que encarga el restaurante cuando vais de cena o piensa en cuál puede ser el mejor regalo que le vais a hacer a alguien; esa amiga que, en contra de lo que te ha dicho la dependienta, te dice no con la cabeza en el probador, que esos pantalones no te quedan nada bien... Qué engrase para la maquinaria de la vida son las y los facilitadores. Son el regalo de cada día. Esa persona que te sonríe en el metro o en el autobús, como diciéndote: Sí, yo también estoy perdida, pero vamos a hacer que esto sea lo más agradable posible. Lo más fácil posible.

Feminismo

m. Principio de igualdad de derechos de la mujer y el hombre.

Una vez que ves, ya no puedes dejar de ver.

Fértil

adj. Dicho especialmente de la tierra: que produce mucho.

Nacerán capullos en las ramas desnudas; la ropa mojada encontrará algún fuego bajo; tras las contracciones, nacerá la vida; por encima de las nubes oscuras estará esperando, como siempre, el sol. No te preocupes, pronto verás nacer una bella flor salvaje en la fértil tierra del cementerio.

Filosofía

f. Conjunto de saberes que busca el conocimiento de la realidad.

Laura es profesora de Filosofía en Bachillerato. Viene desanimada tras una reunión con padres y madres. Cuenta que la presionan mucho para que suba las notas porque sus hijos o hijas van a estudiar ingeniería, informática, biología, farmacia, medicina, arquitectura... y la filosofía no es algo que vayan a necesitar en sus carreras. Dice que no presionan igual al profesor de matemáticas o física, porque las consideran asignaturas serias, y confiesa que está harta del menosprecio generalizado no solo de los estudios de Filosofía, sino de todos los estudios de humanidades.

Laura, sin embargo, cree que en un mundo cada vez más dominado por la tecnología y la especialización técnica, la formación humanística se vuelve más relevante que nunca. La filosofía, la

historia, la literatura y el arte son imprescindibles para cuestionar la realidad desde una perspectiva crítica, para decidir hacia dónde vamos, seamos ingenieras, químicos o arquitectas. Un o una profesional carente de sabiduría humanística tiene una gran carencia, porque sabrá diseñar planos para construir edificios, hacer ecuaciones diferenciales, aplicar fórmulas matemáticas..., pero le faltará el contrapeso necesario que ofrecen las humanidades para saber hacia dónde va con todo ese conocimiento técnico. A ese conocimiento, sin las humanidades, le falta la sabiduría acumulada durante siglos de historia de la humanidad, le falta la visión humana, tan necesaria, más en la época de la inteligencia artificial, que demanda un marco ético para garantizar su uso responsable.

Quien tiene formación humanística tiene una visión más completa de las implicaciones de sus decisiones. El conocimiento técnico es necesario, pero saber para qué se usa, con qué finalidad ética, moral e intelectual, es imprescindible. Y eso lo enseñan las humanidades. Laura intenta convencer al mundo de ello, pero sabe que lucha contra una maquinaria que nos quiere avanzando cada vez más rápido sin pensar demasiado hacia dónde nos dirigimos.

Fin

m. Término, remate o consumación de algo.

Será así seguramente: un desconocido me pondrá las manos una encima de la otra, y las rodillas rectas, mientras esté blanda, antes de que mi cuerpo empiece a endurecerse. Me cerrará los ojos como si fuera una Nancy, pero no me volverá a levantar para ver cómo los

ojos se abren solos como hacía con la muñeca cuando era una niña. Me dejará tumbada, abierta como un mapa, y en el último repaso antes de apagar la luz, pondrá en su sitio el tirante del sujetador que me ha resbalado del hombro. Será así, seguramente: un desconocido, alguien que no sabe quién he sido, pondrá finalmente en orden lo que la vida no ha podido ordenar.

Firmeza

f. Entereza, fuerza moral de quien no se deja dominar.

Personas que alardean de no tener contradicciones, o de tener las ideas muy claras. Bajo el disfraz de unas convicciones firmes se esconde el no querer escuchar por miedo a que se les tambalee alguno de sus principios.

Flâneur

m. paseante, callejero.

En los últimos meses miro mucho al cielo. Siempre lo he hecho, pero últimamente es como si el cielo me llamara con más intensidad mostrándome su gama de colores, los volúmenes y las curvas de sus nubes. Me parece a veces estar viendo cuadros pintados al óleo allá

arriba y tengo la tentación de pararme, quedarme un rato mirando, simplemente contemplando el cielo, pero hay algo que me lo impide.

Y es que alrededor todo el mundo va a algún sitio, la mayoría con prisa, y no hay nadie simplemente caminando y mirando a su alrededor con atención, ni cerrando los ojos para respirar fuerte y sentir el viento acariciándoles las mejillas, el pelo, o reconociendo ese mismo viento en el gesto ladeado de los árboles o en el movimiento, tan parecido al del mar, de los campos... No veo a nadie mirando a las hojas, las sombras, los destellos...

El pensador francés David Le Breton dice en una entrevista que caminar con la única intención decidida de contemplación de nuestro alrededor, sin ningún objetivo «útil», es una forma de resistencia política, una resistencia contra el utilitarismo que nos domina. Dice Le Breton: «Frente a un utilitarismo que concibe el mundo como un medio para la producción, el caminante asimila el mundo contenido en las ciudades como un fin en sí mismo. Y esto, claro, es contrario a la lógica imperante. De ahí que se vincule muchas veces con la locura».

Pararse, contemplar el cielo mientras alrededor todo el mundo anda hacia algún lugar concreto, puede parecer hoy en día una especie de locura, aunque creo que hay más locura en ese querer llegar ansioso a ningún sitio tan extendido en nuestros días. Quizá ha llegado el momento de recuperar la figura del *flâneur* del París del siglo XIX, ese personaje que camina sin rumbo por la ciudad, sin ningún objetivo salvo el propio hecho de caminar y observar. Quizá es hora de que demos rienda suelta a esa pequeña locura, a esa pequeña forma de resistencia, a esa «gastronomía para los ojos», como llamó Honoré de Balzac al arte de vagabundear.

Fotografía

f. Técnica que permite obtener imágenes fijas de la realidad.

Sonrío a las cámaras, un abrazo, una palmada en el hombro, ánimo, me dicen, y avanzo, creo que puedo hacerlo. Pero me subo al escenario, miro al público, escucho mi respiración frente al micrófono, y me doy cuenta de que sigo siendo la niña que siempre se escondía detrás de los demás en la foto.

Fraude

m. Acción contraria a la verdad y a la rectitud.

Te pasas años dándote cremas antiarrugas, lociones para evitar que te salgan bolsas bajo los ojos, milagrosos productos para reducir las líneas de expresión, dietas milagro para no tener que ir metiendo tripa todo el día..., y resulta que después de tanto esfuerzo por parecer lo que no eres, o sea, joven, vas un día de verano a un concierto, o al teatro, y al finalizar la función te levantas de tu asiento y aplaudes con fervor, con los brazos en alto, y ¿qué es lo que pasa? Pues que ahí se destapa el fraude, ahí se ve la cruda realidad. Porque tu manga corta deja al descubierto bajo tus brazos unas alas de murciélago que te cuelgan y se balancean de un lado al otro. Pedazos de piel y músculo que un día estaban cosidos a tu cuerpo y hoy parecen solo hilvanados. Podrías salir volando si aplaudieses con un poco más de fuerza. Y en ese pequeño detalle se

ve la trastienda, lo que las cremas y las dietas no pueden evitar: estás envejeciendo.

Lo mismo que ocurre con los brazos ocurre con todo demás. «La realidad no es lo mismo que la verdad, la realidad son solo detalles», dice el general en *El último encuentro* de Sándor Márai. Y es que son los pequeños detalles los que nos delatan, los que más información aportan sobre nuestra persona. Esos trozos de galleta y manchas de chocolate en el suelo de tu coche me dicen que tienes hijos; esas botas manchadas de barro en el maletero, que te gusta pasear por el monte; esa mirada perdida cuando te hablo, que no te interesa nada lo que te cuento... Y todo lo que me digas no tiene tanto valor como esos pequeños detalles que percibo cuando te miro.

Por eso, cuando veo a alguien hablando desde una tribuna, muchas veces no escucho. Prefiero fijarme en los detalles. No me fijo tanto en lo que dice, sino en cómo lo dice, qué palabras utiliza, qué coletillas, en qué lengua se expresa, cómo se mueve... Me quedo esperando atenta, convencida de que aparecerán en algún momento las alas de murciélago que destapen el fraude.

Frío

adj. Que tiene una temperatura inferior a la ordinaria.

Días de frío y sol. Me gustan. En esos días el sol ilumina el camino y el frío aclara las ideas. Quisiera ese frío y ese sol en mi mente. No porque desee una mente fría, sino una mente clara, que pueda ver

la realidad con claridad, como se ven los montes lejanos en un día soleado.

Encargaría días de sol y frío para entender mejor el mundo, para llegar más allá de lo que nos cuentan las noticias, para conocer la trastienda de las mismas, los intereses ocultos detrás de una fotografía, la cada vez más difícil línea divisoria entre la propaganda, el espectáculo y el relato fiel de la actualidad. Días de sol para unos ojos cegados por los destellos de las bombas de actualidad.

G

Gato

m. y f. Mamífero de la familia de los félidos, doméstico.

La luz blanca del autobús aviva su palidez, ilumina sus arrugas y sus preocupaciones de las ocho y media de la mañana. Ves pelos blancos en su chaqueta y una pequeña mancha. Quizá sea leche, quizá yogur. Te la imaginas desayunando de pie, gritando, vamos, que no llegamos, tómate las galletas, termina la leche, de quién es este calcetín; peinándose con las manos en el espejo del ascensor; saliendo del portal corriendo, con dos niños colgando de los brazos, mirando al reloj, temiendo llegar tarde otra vez al trabajo. Ahora va sola, mirando al infinito desde la ventanilla del autobús, deseando, en secreto, ser el gato que se ha quedado en casa.

Género

m. En literatura, cada una de las clases de obras.

Diferencias entre escribir un cuento y una novela: el cuento te exige estar brillante, como en esa cita en la que quieres deslumbrar a alguien; la novela te exige estar siempre ahí, es como ese niño que te estira del brazo y demanda tu atención continuamente. El cuento es exigente; la novela, demandante.

Gorrión

m. y f. Pájaro pardo en cabeza y castaño en cuello, espalda y alas.

Mi corazón algunos días tiembla como un gorrión atrapado en las manos de un niño.

Grabar

tr. Fijar en el ánimo un sentimiento o un recuerdo.

Hay palabras que se te quedan grabadas en la piel como con un Dymo.

Grandeza

f. Extensión, tamaño, magnitud.

El gatito, el guau-guau, la sillita, el cochecito. No sé por qué se habla a las y los niños como si fueran ratoncitos. No sé por qué se les habla con tanto diminutivo cuando el mundo es tan grande. El cuadro de colores cálidos en el que se convierte un bosque en otoño, el movimiento de los músculos de un caballo que trota por el campo, la elegancia de la catedral que parece tocar el cielo, los atardeceres que tiñen el cielo de rojo, el retumbar de olas de espuma blanca contra las rocas... El mundo es realmente grande. Deberíamos ayudarles a sentir esa grandeza en lugar de encogerles el mundo, de presentárselo más pequeño de lo que es.

Grano

m. Cantidad pequeña o escasa de algo inmaterial.

Hay pequeñas tragedias cotidianas que pueden ser más difíciles de llevar y de encajar que las grandes. Ser víctima de una gran tragedia (una enfermedad, la muerte de un ser querido...) es algo tan doloroso que produce un shock en las personas, y casi siempre supone un antes y un después en sus vidas. Sin embargo, las pequeñas tragedias, como la de no encontrarle sentido a la vida un día a las ocho de la mañana tomando café, parecen no tener un antes y un después, son tragedias que se quedan clavadas en el pecho y van creciendo allí poco a poco, sin darnos cuenta.

Las grandes tragedias son bombas que te fulminan pero que te permiten volver a construir sobre un solar vacío, empezar de cero. Las pequeñas tragedias, sin embargo, se llevan como una cadena

perpetua, porque te van minando gota a gota y no dejan espacio para soñar una vida nueva.

A la víctima de una gran tragedia se la arropa socialmente, recibe abrazos y atenciones para intentar mitigar su dolor, y en ese apoyo puede encontrar la fuerza para arrancar de nuevo. Pero a la víctima de las pequeñas tragedias cotidianas ni siquiera se le permite quejarse, porque los suyos no son problemas de verdad.

Las pequeñas tragedias son ese grano de arena al que hace referencia John Cheever cuando escribe: «Cuando la autodestrucción entra en el corazón, al principio parece apenas un grano de arena. Es como una jaqueca, una indigestión leve, un dedo infectado; pero pierdes el de las 8.20 [...], el viejo amigo con quien vas a comer agota tu paciencia y para mostrarte amable te tomas tres copas, pero el día ya ha perdido sentido. Para intentar recuperarlo [...] bebes demasiado y acabas por cometer una tontería obscena y a la mañana siguiente desearías estar muerto. Pero cuando tratas de repasar el camino que te ha conducido a este abismo, solo encuentras el grano de arena».

Grave

adj. Grande, de mucha entidad o importancia.

Veo en el informativo a un hombre desangrándose. No sé muy bien qué le ha ocurrido ni dónde, porque no estoy atendiendo a la noticia, sino pensando en mis cosas. Veo a un hombre muriendo en la pantalla de mi televisor y, lo siento, pero siento que no siento.

Veo la entrega de unos premios de cine. Alguien a quien no conozco está dedicando el premio a su madre fallecida recientemente, y, al ver cómo se le entrecorta la voz y se le humedecen los ojos, siento un nudo en la garganta, estoy a punto de llorar. Siento que siento.

Por eso he venido. ¿Cree usted que es muy grave, doctor? ¿Tiene cura?

Guante

m. Prenda para cubrir la mano con una funda para cada dedo.

Una amistad perdida es como un guante perdido en la nieve. Hubo un tiempo en el que ese mismo guante te consoló con golpecitos en la espalda, o te tendió la mano en un mal momento, o te felicitó en uno bueno, o entrelazó sus dedos a los tuyos para avanzar juntos hacia algún lado. Pero un día, el guante cayó de tu bolsillo al sacar las llaves de casa. Un descuido. Y ese guante está hoy congelado, inmóvil, en medio de la fría nieve. Te parece casi imposible volver a vestirlo. Ya no te parece tuyo.

Hay amistades que se pierden por traiciones o tras acaloradas discusiones. Pero hay una manera quizá más dolorosa de perder una amistad: poco a poco, sin razón concreta, como consecuencia del olvido y de la pereza, como un guante que resbala del bolsillo. Y cuando ya lo has perdido, duele pensar que una llamada a tiempo, un mensaje, podría haber evitado el alejamiento, y te parece imposible recuperarlo. Se te congelarían los dedos dentro de ese

guante empapado. Aunque nunca está todo perdido. A veces conviene recordar la calidez que sentimos al ponernos ese guante que pusimos a secar encima de la calefacción.

Guapa

adj. Bien parecida.

Edurne tiene a todos y todas sus hijas y nietas comiendo en casa para Año Nuevo. Ha andado muy atareada estos días haciendo la compra, cocinando, bajando sillas del camarote... Menos mal que una vez terminada la comida, su hija y sus dos hijos lo han recogido todo y ha podido tomar café tranquilamente, sin levantarse de la silla. Tras el café, ha llegado el momento de sacar las fotos antiguas. Y como cada año, hacen los mismos comentarios y se ríen de lo mismo: del aspecto que tienen en sus fotos de la comunión, del incomprensible peinado de su madre en la boda de la tía... Pero hoy ha aparecido una foto que no habían visto antes. Una foto en blanco y negro en la que se ve a Edurne con unos veinte años, subida a una Vespa blanca, mientras intenta ponerse un pañuelo en la cabeza. ¿Esta eres tú?, le pregunta sorprendida la nieta mayor. Qué guapa estás. Edurne se ha puesto las gafas. Y, sí, se ha visto realmente guapa en esa foto que hacía muchos años que no veía. Recuerda perfectamente el momento en que se tomó: un chico que vino al pueblo a pasar el verano la invitó a dar una vuelta en moto. Recuerda que en aquel momento ella no se sentía nada guapa, la camisa que llevaba le parecía demasiado vieja, el pelo desmarañado, la tez blanca de quien tiene que trabajar en verano... Ante aquel

veraneante se sintió una chica de pueblo que no tenía interés ni brillo. Sin embargo, ahora se ve tan guapa... Y se pregunta cómo no se dio cuenta entonces de su belleza, de su vitalidad, de su fuerza. De todo su poder. Y se lamenta por lo mucho que se ha menospreciado a sí misma en la vida.

Era guapa, ¿verdad?, le dice a su nieta, alejando un poco la foto de sus ojos como para verla con perspectiva. Eres guapa, amuma, responde la niña. Nunca es tarde, ha pensado, para concederse a una misma el valor que merece.

Gustar

intr. Dicho de una persona: resultar atractiva a otra.

Cuando le gustas a alguien a quien no le quieres gustar. Cuando te gusta alguien que no quieres que te guste.

H

Hablar

intr. Emitir palabras.

Cuántas veces nos encontramos ante el dilema de decir o no algo a alguien: se lo digo o no se lo digo. A veces queremos pedir perdón por algo que pasó, pero nos parece que ha pasado demasiado tiempo y, finalmente, no le decimos nada. Cuántas veces hemos pasado por el trance de tener que decidir si decir o no a una persona que nos gusta y el miedo a que no nos corresponda nos ha paralizado. Cuántas veces hemos querido decir a alguien que es muy importante en nuestra vida, pero el miedo a que nuestras palabras le parezcan una cursilería nos ha impedido decírselo... El miedo, siempre presente, siempre paralizante, junto con la vergüenza o el pavor a hacer el ridículo.

Hoy, tras muchos años en los que me he callado muchas cosas (imagino que como la mayoría de la gente), tengo cada vez más claro que merece la pena arriesgarse a hacer el ridículo, a que no te correspondan o a que te echen en cara que tus palabras llegan demasiado tarde. Porque si tus palabras son sinceras, no pueden quedarse ahí adentro. En un mundo lleno de mentiras y cada vez

más adicto a la irrelevancia, no podemos permitirnos el lujo de no compartir esas palabras que contienen una verdad.

Las palabras que se quedan dentro se convierten en piedras pesadas que debemos arrastrar el resto de nuestras vidas. Las palabras sinceras que decimos, esas, nos alivian, porque sentimos que hemos hecho lo que debíamos hacer. Cómo reaccione la persona a la que se las digamos no está en nuestra mano, pero decírselo sí. Cuando dudes, recuerda que en los funerales se llora mucho por las palabras no dichas, por lo que no dijimos en vida a quien se fue.

Hierba

f. Conjunto de muchas hierbas que nacen en un terreno.

Esas también quieren vivir, decía mi abuela cuando veía crecer malas hierbas de la rendija de una pared, de entre las baldosas.

Historia

f. Narración de los acontecimientos pasados dignos de memoria.

No he conquistado ningún país; no he inventado la penicilina, ni ninguna fórmula matemática; no he evitado ninguna peste; no he hecho la guerra contra nadie, no he firmado ningún pacto; no

merezco el Premio Nobel, pero mientras cambio este pañal, sé que estoy escribiendo Historia.

Hogar

m. Casa o domicilio.

«Tu hogar no es donde naciste; el hogar es donde todos tus intentos de escapar cesan.» Es una frase del escritor egipcio Naguib Mahfuz y me hace pensar en los lugares en los que nos sentimos bien, de los que no queremos escapar. Y me doy cuenta de que en muchos casos son lugares en los que encontramos a la niña o al niño que fuimos: calles en las que jugamos, un banco del parque en el que marcamos nuestras iniciales, el gran árbol que intentábamos trepar, el olor del portal donde una tía nos daba la paga, las escaleras de piedra de la iglesia por las que escapábamos de misa... Son nuestros lugares, los que nos recuerdan quiénes fuimos. Aunque hay tantas infancias como personas, algunas felices, otras traumáticas. Y hay quien encuentra el hogar lejos de esos olores y esos recuerdos porque necesita escapar de una infancia en la que sufrió, en la que no recibió un buen trato... Es un lujo sentirte en casa en el escenario de tu niñez, porque significa que aquel fue un lugar feliz para ti.

Horror

m. Sentimiento intenso causado por algo terrible.

A veces veo el informativo de la televisión sin sonido. Veo en silencio las imágenes de los bombardeos de Gaza. El horror es más horror sin el arrullo de la voz en *off*, sin esa especie de rosario que se oye de fondo. Entonces, más que sorda, siento que estoy ciega.

«Creo que estamos ciegos, ciegos que ven, ciegos que, viendo, no ven.» José Saramago, *Ensayo sobre la ceguera*.

Hospital

m. Lugar para el tratamiento de personas enfermas.

Nací en este hospital. Me cubrieron con una sábana blanca para que mi padre me viera por primera vez mientras mi madre se lamía las heridas en la habitación. Una bata blanca certificó mi nacimiento y apuntó en un papel la hora, los minutos y los segundos, el día, el año y el lugar.

Luego fue mi padre quien ingresó y yo quien lo visitaba. Pasé noches en una butaca blanca, junto a la cama, horas mirando el movimiento de las cortinas mientras mi padre tosía o pedía agua. Llamé desde un teléfono de este hospital para anunciar en casa la muerte de mi padre, y salí de aquí con un papel en el que venían apuntados la hora, los minutos y los segundos, el día, el año y el lugar.

Una ecografía en este hospital me mostró por primera vez un renacuajo que se movía en mi vientre. Y mirando a las luces blancas del paritorio me partí en dos. Dos veces.

Una consulta de este hospital fue el lugar en el que escuché por primera vez el nombre de la enfermedad crónica que sufro desde hace años. Y luego volví a casa en bicicleta muy rápido, como queriendo secar con el viento la angustia y el miedo que se derramaban por mis ojos.

Tengo los bolsillos llenos de papeles doblados.

Desde que nací han pasado muchas cosas entre las blancas paredes de este hospital, pero pueden resumirse en dos: a veces el viento ha sacudido las cortinas de la habitación como banderas blancas y otras veces no.

Huerto

m. Terreno de cultivo.

Mi amigo está hundido. Dice que en la vida ha tomado siempre decisiones equivocadas, que siempre se ha confundido al decidir. No me atrevo a responderle con la verdad. Le digo que no se torture, que en adelante las cosas van a cambiar, seguro, pero en el fondo, pienso que tiene razón. Aunque lo quiero mucho, creo que siempre ha decidido mal porque lo ha hecho desde la soberbia y desde el querer superar a los demás; desde la competencia y desde querer ser quien no es. Se lo debería decir. Quizá se lo diga con la segunda caña.

Podría empezar por decirle que hace poco he leído *El huerto de Emerson*, de Luis Landero, y que, entre otras muchas cosas, Landero nos regala una valiosa idea: la importancia de cultivar cada una y cada uno de nosotros nuestro huerto, cultivar lo que tenemos, lo

que somos, y sacar de ahí lo mejor que tenemos. Que el intento de ser quien no se es, o de querer tener a toda costa lo que no se tiene, o el de mirar siempre a lo que tienen otras personas, es en vano. Es el camino de las malas decisiones.

Cuando llegamos a un cruce de caminos, no siempre es fácil decidir qué camino elegir. Pero en esos momentos nos ayuda mucho pensar en nuestro pequeño huerto, en los frutos que es capaz de dar, y la necesidad de cuidarlo a toda costa.

Ahora mismo yo también dudo sobre si decirle la verdad, pero creo que lo voy a hacer, porque una manera de cuidar mi pequeño huerto es también cuidar a las personas que tengo cerca, ayudarles a ver las malas hierbas que han crecido en su parcela.

Pido una caña, voy preparando las palabras.

Huevo

m. Cuerpo redondeado que producen las hembras de las aves y otras especies.

Nuestra vecina de toda la vida llamó una mañana a casa para pedirle unos huevos a mi madre. A esas horas del mediodía en las que los hombres estaban trabajando y las mujeres preparaban la comida, era muy común que se pidieran unas a otras un poco de sal, harina... Pero ese día, mi padre había vuelto a casa a por algo que se le había olvidado y fue él quien abrió la puerta. La vecina, sorprendida al verle, le dijo nerviosa: Ay, Joseba, ¿no tendrás un par de huevos?

A mi padre le encantaba contar la anécdota de los huevos. Todavía recuerdo cómo se le mezclaban la risa y la tos cuando la contaba, cigarro en mano, en las comidas familiares.

Huida

f. Acción de huir.

Soy el puño de la camisa que queda atrapado entre las puertas del armario. Soy la gota de agua que rebosa el vaso. Soy la niña que sueña con estar en otro sitio mientras hace *play back* en el coro. Soy la chica que mira a los lejanos montes desde la ventana de un sexto derecha. Soy la anciana que escucha de nuevo sus fuertes latidos mientras escapa de la residencia por la escalera de incendios.

Humanidad

f. Sensibilidad, compasión por otras personas.

Gente que cita frases sobre la condición humana de grandes filósofos y trata mal al camarero.

Humor

m. Jovialidad, agudeza.

Dedicaba Julio Cortázar una de sus clases magistrales a la importancia del humor en la literatura. El humor como instrumento para poder hablar de cosas serias. Decía Cortázar que el humor «desacraliza», que el humor «está pasando continuamente la guadaña por debajo de todos los pedestales, de todas las pedanterías, de las palabras con muchas mayúsculas», y que esto ayuda a hablar incluso de lo más trágico sin dramatismos y de una manera más eficaz.

El humor puede ser un gran destructor, pero al destruir construye, decía, y comparaba el uso del humor en la literatura con la construcción de un túnel: un túnel es una construcción, pero para construirlo hay que destruir la tierra, hay que hacer un agujero y retirar lo que allí había. Se construye el túnel a través de esa destrucción. El mecanismo del humor funciona de manera similar: echa abajo valores y categorías usuales, les da la vuelta, los muestra del otro lado, y bruscamente puede hacernos ver cosas que, en la costumbre, en el hábito, en la aceptación cotidiana no veíamos. Y en este punto diferenciaba la comicidad del verdadero humor. Lo cómico, en su opinión, es crear situaciones que hacen reír un momento, pero no tienen una proyección posterior, terminan en el chiste, son sistemas de circuito cerrado. Sin embargo, el humor va más allá del chiste o de la situación misma: contiene una crítica, una sátira, una referencia que puede ser incluso dramática.

Este es el humor que sirve en la literatura y creo que también nos puede servir en la vida, para pasar la guadaña, como dice Cortázar, por debajo de todos los pedestales, todas las pedanterías.

I

Ilusa

adj. Propensa a ilusionarse sin tener en cuenta la realidad.

Cuando tienes hijos pequeños y vas a la playa. Junto con los cubos, la pala, el rastrillo, el flotador, las toallas, los bañadores de recambio, la crema solar, la fruta, el termo del puré, la botella de agua... metes en la bolsa un libro. Serás ilusa, te dices. Y, aun así, metes el libro.

Impaciencia

f. Intranquilidad producida por algo que no acaba de llegar.

La impaciencia del corazón. Qué gran título y qué gran obra de Stefan Zweig. Un título de cuatro palabras que me lleva a pensar en los corazones impacientes, que, realmente, son casi todos los corazones, porque lo que se siente con el corazón casi siempre es un

sentimiento ansioso. Cuando el corazón necesita algo, cuando ama a alguien, no puede esperar.

En una famosa entrevista con Joaquín Soler Serrano, Jorge Luis Borges hablaba así de la ansiedad del corazón cuando ama, en comparación con la paciencia de otras relaciones como la amistad: «La amistad no necesita frecuencia. El amor sí. La amistad puede prescindir de la frecuencia o de la frecuentación. En cambio, el amor no. El amor está lleno de ansiedades, de dudas. Un día de ausencia puede ser terrible».

La impaciencia del corazón, esa impaciencia reconocible y vivida por casi todas las personas en algún momento de su vida, es, sin embargo, a veces un peligro para la relación y para quien ama. El corazón es impaciente, pero el corazón no puede nunca reclamar que otro corazón sienta, no puede acelerar un proceso que, si va a producirse, necesitará sus tiempos y sus ritmos.

De ahí que la impaciencia del corazón sea una impaciencia estéril, porque si en algún momento van a sincronizarse dos corazones, lo harán en un tiempo que llegará sin presiones, habiendo pasado por las necesarias etapas. Querer acelerar el proceso puede incluso llegar a ser contraproducente y abortar una relación que, de otra manera, podría haberse producido. Y es que muchas de las relaciones son fruto de corazones que han sabido esperar, que han sabido ser pacientes, en contra de su naturaleza, en contra de la ansiedad propia del amor.

Qué gran conocedor del alma humana era Stefan Zweig. Qué sabio el título de esta novela.

Importante

adj. Que importa.

Cuando escuchamos a alguien hablar de «gente importante» pensamos en gente famosa, en personas influyentes, con prestigio, con un puesto o un estatus social y económico determinado. Pero, al margen del estereotipo de gente importante creado por la sociedad del dinero y el espectáculo, la verdad es que todas y todos queremos ser importantes. Y no porque queramos salir en los periódicos, recibir premios o vivir en un palacio, sino porque nos satisface enormemente que alguien nos considere importantes en su vida. Saber que somos importantes para alguien nos cura anímicamente. Nos sentimos bien entre las personas que nos hacen ver que su vida es mejor porque existimos.

Así, me siento importante cuando una amiga me consulta sobre una decisión vital y me dice que mi opinión es crucial para ella; me siento importante cuando sé que, si mando un mensaje a un amigo, me contestará inmediatamente, aunque esté muy ocupado, dejando lo que está haciendo para atenderme; me siento importante cuando me reclaman siempre que hay una comida o una celebración; me siento importante cuando me llaman sin más, sin razón concreta, solo para saber si estoy bien; me siento importante cuando alguien comparte mi sentido del humor y reímos juntos; cuando me compran un libro porque se han acordado de mí al verlo en la librería «porque es de los que a ti te gustan»...

Todos y todas tenemos gente que es importante para nuestras vidas, pero a veces se nos olvida hacerles sentir que lo son. Así que puede ser un buen ejercicio pensar en esas personas y decidir hacerles un guiño, una llamada, un regalo, una consulta íntima, un gesto de admiración, una pregunta sobre cómo están... para que se

eleven un poco sabiendo que son importantes para ti. Para que sientan que para ser «gente importante» no hace falta que construyan una estatua en tu honor, ni salir en las portadas. Basta que alguien muestre la grandeza de admirarte.

Incógnita

f. Causa o razón oculta de algo.

Nada más aterrizar, la azafata nos dice por megafonía que, por favor, no nos levantemos de nuestros asientos hasta que ella lo ordene, que saldremos en grupos de diez filas. Lo ha dicho en tres idiomas, de forma que todo el mundo lo entienda bien.

Quienes ya estáis de pie sacando vuestras maletas del compartimento superior, ¿qué es lo que no habéis entendido?

Infierno

m. Lugar donde se sufre castigo eterno después de morir.

Hablamos del abismo creciente entre países ricos y pobres. Hablamos del mundo, de este planeta que es cielo e infierno a la vez. Y, de pronto, alguien preguntó por la diferencia entre el infierno y el cielo. ¿Sabéis cuál es la diferencia? Y nos contó el cuento de las cucharas largas.

Nos contó que en el infierno la gente tiene unas cucharas larguísimas atadas a las manos. En el momento de comer, intentan usarlas para llevarse la comida a la boca, pero se les cae el alimento por el camino. Así, aunque tienen comida, se mueren de hambre.

En el cielo la gente también tiene cucharas muy largas atadas a las manos, pero en lugar de intentar comer cada persona con su cuchara, se sientan alrededor de una mesa y cada una da de comer con la cuchara larga a quien tiene enfrente. Así, consiguen comer toda la comida que hay en la mesa.

Infinito

adj. Que no tiene ni puede tener fin ni término.

Comienzo a ordenar armarios. Lo hago cuando siento que mi vida empieza a desordenarse. Ver las camisas y los pantalones ordenados me da paz mental. Y, de repente, veo al fondo, tras las camisetas de mi hijo, dos caras conocidas: Woody y Buzz Lightyear, los dos muñecos con los que más ha jugado en su niñez. No recordaba haberlos guardado allí, como quien guarda un secreto. Me quedo mirándolos y recuerdo a mi hijo en su habitación, en su mundo de niño, gritando con Buzz en la mano: «Hasta el infinito y más allá». Eran muñecos interactivos y hablaban solo con apretar un botón: «Soy Buzz Lightyear, guardián espacial, no te acerques o te achicharro con mi láser». Siempre fueron sus preferidos.

Hoy mi hijo acaba de cumplir dieciocho años y encontrarme a Woody y Buzz justamente cuando finaliza una etapa y comienza otra me ha recordado un tiempo que se fue: el de llevarlo de la mano, el

de lavarlo con una esponja en la bañera, el de dormir juntos en las noches en las que tenía pesadillas, el de enseñarle a atarse las zapatillas, el de montarme junto a él (y marearme) en el carrusel para que no se cayera del caballito... He recordado ese tiempo en el que mi hijo era físicamente un apéndice más de mi cuerpo.

Intento ahora repasar mentalmente estos años de crecimiento que han pasado a la velocidad del rayo, como diría Buzz, y me viene a la mente todo lo que mi hijo ha ganado en este tiempo: amistades incondicionales, conocimiento, autonomía, experiencia... Y mientras intento enumerar lo aprendido, mi dedo se acerca a uno de los botones de Buzz Lightyear, lo pulsa y, de repente, se produce el milagro: «Soy Buzz Lightyear, guardián espacial». Buzz me habla. Las pilas, milagrosamente, no se han agotado. Y pienso que es una señal. Él ya es un hombre, pero el niño, dentro de mi armario, seguirá siempre vivo, con las pilas cargadas. Hasta el infinito y más allá.

Influencia

f. Poder, valimiento, autoridad para con otras personas.

«Hoy, sin embargo, confío en mi fuerza. Estoy definitivamente sola y confío en mi fuerza. Debería escucharme con más respeto.» Son palabras de la escritora argentina Alejandra Pizarnik y hablan de la autoestima, de cómo nos vemos, de cómo nos escuchamos, de si nos escuchamos realmente. Dice Pizarnik que deberíamos escucharnos con más respeto, y estoy de acuerdo, porque

exceptuando a esas personas que están encantadas de conocerse y que se admiran tanto que solo se ven a sí mismas, creo que la mayoría de las personas tendemos a ver lo que nos falta, lo que no tenemos, más que lo que atesoramos.

Sin embargo, a veces ocurre que, aunque cada una y cada uno de nosotros no vea el valor o los valores que acumula, otras personas sí los ven y los aprecian, y no siempre somos conscientes de ello. No siempre somos capaces de darnos cuenta de lo que aportamos a quien tenemos alrededor. Y deberíamos hacerlo, porque muchas veces sin darnos cuenta hacemos algo que parece imposible: dar lo que no tenemos. Una persona que no es feliz es capaz de aportar felicidad a otra persona; una persona que no es cuidada puede, sin embargo, cuidar a quien tiene al lado; quien no se quiere puede generar admiración a su alrededor a veces sin darse cuenta... Podemos dar incluso aquello que no tenemos.

Así que quizá, cuando toca hacer el recuento de lo que tenemos y lo que nos falta, podemos hacer un esfuerzo por mirar no solo a nuestro interior, sino a nuestro reflejo en las demás personas, a la influencia que tenemos en ellas. Quizá guardemos en ellas lo que creíamos que nos faltaba.

Inmortal

adj. Que no puede morir.

La furgoneta del repartidor de flores frena en el semáforo, justo al lado de la marquesina en la que espero el autobús. Hace bueno y el chico que conduce lleva la ventana abierta. De dentro me llegan las

notas del primer tema del disco *Nevermind* de Nirvana, *Smells Like Teens Spirit*, en la inconfundible voz desgarradora de Kurt Cobain. El chico sigue el ritmo golpeando el volante con las manos, yo tarareo la canción en mi interior, y pienso en lo viva que está la canción a pesar del tiempo que ha pasado desde que Cobain murió. Está tan viva como las flores que se llevan a los cementerios. Flores vivas para los muertos. El arte es, sin duda, una manera de no morir nunca. Kurt Cobain está muerto, pero su música retumba a todo volumen en una furgoneta que se va alejando a toda velocidad de mí y del semáforo que ya está en verde.

Ars longa, vita brevis.

Inocente

adj. Libre de culpa.

El fotógrafo te sienta en una especie de taburete para hacerte las fotos del DNI y te dice que sonrías un poco, que vas a salir más guapa. No le contestas porque temes que te pille con la boca abierta cuando dispare el *flash*, pero te quedas con las ganas de decirle que en el DNI no quieres parecer una persona interesante, ni guapa, ni atractiva. Que no insista en hacerte sonreír. Que lo único que quieres es parecer inocente.

Insistir

intr. Persistir o mantenerse firme en algo.

Muchas veces decimos que un buen amigo o amiga es esa persona que no te abandona en los malos momentos. Es así. Pero también es cierto que una amistad verdadera se demuestra en los buenos momentos, cuando te alegras de corazón de las alegrías de tu amiga o amigo, de que le vaya bien, cuando sientes cada cosa buena que le ocurre como tuya propia, como si te hubiese ocurrido a ti. Creo que ese es uno de los termómetros de la amistad más fiables, porque a veces puede ser más sencillo consolar a alguien por sus desgracias que alegrarse sinceramente por alguien a quien le va bien.

Creo que ese es uno de los muchos signos que nos permiten percibir una amistad de calidad, pero hay más. Las y los buenos amigos insisten. Si un día rechazas con un mensaje una invitación para quedar, te llaman: quieren saber si estás bien, cuál es la razón por la que decides quedarte en casa e insisten un poco, conscientes de que quizá solo te faltaba un empujoncito de ánimo, de sentir que quieren estar contigo de verdad, para responder afirmativamente. Insisten también cuando no les ha gustado algo que has hecho o no han entendido. Huyen de juzgarte rápidamente sin intentar entender, quieren creer en ti ante todo, quieren entenderte, por eso insisten.

Las buenas amistades son, ante todo, insistencialistas.

Interior

adj. Que está en la parte de adentro.

En el patio, camisones, calcetines, calzoncillos y camisetas se secan al aire. Cuelgan en ese espacio interior que huele a mezcla de detergente y puchero; que suena a transistores a pilas, peleas familiares y llantos de bebé; que muestra sábanas blancas tendidas como banderas de una rendición.

Renovamos los edificios por fuera, ponemos andamios, pintamos fachadas. Hay que mostrar la mejor cara al exterior. Y ahí quedan los patios interiores, olvidados tantas veces, con paredes descascarilladas, canalones agrietados, tendederos de cuerdas gastadas de tanto correrlas de un lado al otro. Se ven por las ventanas batas de felpa que desaparecen en cuanto adivinan alguna mirada indiscreta. Se ve a un hombre con camiseta de tirantes que fuma un cigarro mirando a la nada.

En nuestro interior, al igual que en los edificios, guardamos también un patio íntimo, un patio interior que muchas veces olvidamos y dejamos deteriorarse. Y nos acicalamos por fuera, como esos preciosos edificios renovados, y mostramos nuestra mejor cara, nuestro mejor gesto, olvidándonos muchas veces de los cimientos que nos sostienen por dentro. Nos da vergüenza mostrarlos, igual que nos avergüenza toparnos con la mirada de una vecina o un vecino en el patio interior de nuestra casa, porque nuestra dignidad y nuestra imagen no son las mismas cuando el decorado que te rodea es el de un tendedero del que cuelga tu ropa interior.

Introducción

f. Mús. Parte inicial de una obra instrumental.

Algunas introducciones de canciones: el «qué te iba a decir» musical.

Inversión

f. Acción y efecto de invertir.

Invierte en anécdotas, que siempre crecen.

Invierno

m. Época más fría del año.

El invierno embellece el verano.

Invitación

f. Acción y efecto de invitar o ser invitado.

Aún recuerdas cuando tus amistades te invitaban a pasar unos días en sus casas. Amigas que habías hecho en Madrid, en Mallorca, algún amigo que vivía en Londres o en Berlín. Hace tiempo que nadie te invita a pasar unos días, y esto ocurre justo desde que eres

madre. Y es que a partir de ese momento ya no eres una persona que se pueda amoldar a cualquier plan improvisado y en cualquier momento, ni con la que se puede ir a cualquier sitio sin tener en cuenta si es hora de comer o de cenar o de dormir.

Ahora eres parte de una especie de *pack*, como esas revistas que llevan un bolso y un champú de regalo y están pegadas a un cartón gigante, que no sabes ni dónde meter. Eres tú más tus criaturas que te siguen como polluelos y que tienen sus propios horarios y sus purés para calentar.

Ahora eres como ese molesto grupo de turistas que te estropean la foto, abultas siempre mucho, y no te apañas con un colchón en cualquier esquina para dormir. Eres como esas maletas gigantes con ruedas pequeñas que no hay manera de hacer avanzar por las calles: un niño se te queda saltando en un escalón, el otro sentado en la acera.

Pero cómo quieres que te inviten si no eres ni siquiera capaz de llevar una conversación normal: no miras a los ojos de quien te habla, ocupada como estás vigilando a las criaturas, y dejas a medias todas las conversaciones para evitar que la niña meta la mano en el enchufe o el niño pinte en la pared. Por no hablar de los ruidos. Cuando eras tú sola la invitada, esperabas a que los anfitriones se levantaran de la cama antes de salir de tu habitación, ahora tus pequeños guerrilleros ocupan los pasillos de la casa antes de que den las siete de la mañana. Es como si siempre fueses acompañada de una charanga.

No es extraño, pues, que no te inviten, porque cuando piensan en ti, te ven a ti a la sombra de tus pequeños satélites. Y es normal. Los regalos que vienen con la revista siempre abultan más que la revista misma y muchas veces no sabemos qué hacer con todos los cartones que traen.

J

Janis (Joplin)

Cantante estadounidense de rock y blues, icono hippie y de la contracultura de los sesenta (1943-1970).

Oigo la voz de Janis Joplin en el televisor. Miro a la pantalla con la esperanza de verla cantando *Cry Baby*, y, sorpresa, es un anuncio de un banco. Ay, si Janis levantara la cabeza. Ahora sí que lloraría, *baby*.

Jubilación

f. Acción y efecto de jubilar o jubilarse.

Apaga el televisor y sale al balcón a fumar un cigarro. Acaba de anochecer, es un martes o un miércoles quizá, no está muy seguro, y se empieza a ver cada vez menos gente por la calle. La poca gente que se ve vuelve con prisa y la cabeza gacha a casa, después de una jornada de trabajo. Recuerda que él también solía andar así antes de

jubilarse. Mira a las ventanas de enfrente y ve las luces de los fluorescentes, escucha choques de platos y tenedores. La gente está cenando en las cocinas. Pronto aparecerá su mujer, siempre llega del trabajo a esta hora, cuando empiezan a dar la previsión del tiempo en la televisión.

Pero hoy hay algo que ha convertido la rutina en diferente. Sopla una ráfaga de viento, y, de pronto, se queda mirando, inmóvil, como hipnotizado, el movimiento de las hojas de los árboles y siente algo que nunca antes había percibido: el misterio que hay detrás de ese movimiento, el misterio del mundo que gira con la perfección de una máquina. Piensa en que el mundo gira sin cesar, y la Luna, y todos los planetas, todo se mueve como al ritmo de un vals. Entonces se ve a sí mismo desde el cielo: un hombre fumando un cigarro en un balcón. Y se siente insignificante ante la grandeza de la naturaleza y del mundo.

En ese momento, su esposa entra en casa. Cuando aparece en el balcón, le comienza a hablar, excitado, del misterio que se esconde en las hojas, en el movimiento del mundo... Su mujer frunce el ceño: Qué misterio, ni qué misterio... Le da un beso en la frente y le dice que se va a hacer una tortilla francesa para cenar. Y que tiene los pies destrozados.

K

Kas

Marca de un refresco con sabores de naranja, limón y manzana.

Recuerdo un botellín de Kas naranja sobre la barra y tres vasos a su lado. Es un botellín con el nombre Kas dentro de un círculo rojo serigrafiado directamente sobre el vidrio. Un Kas para tres, y una bolsa de patatas fritas para compartir. Ese era el momentazo que mis hermanos y yo disfrutábamos los domingos por la mañana. Solo los domingos por la mañana. Era lo que había, mis padres no eran ricos, y mis hermanos y yo, en consecuencia, tampoco. Lo sabíamos y tampoco pedíamos mucho más. Puede decirse que teníamos consciencia de la realidad.

Muchos años más tarde, una amiga me dice que se va a teñir el pelo en casa. Le pregunto si ya no va a la peluquería como ha hecho siempre. Me dice que esta vez no, que se va a quitar de ir a la peluquería porque su hijo quiere un juego de la PlayStation y se lo va a comprar. La economía de casa no le da para las dos cosas en un mismo mes, ya sabes lo que valen esos juegos, me dice. Y también sé lo que cobra en la fábrica en la que trabaja a turnos. La

camarera, tras escuchar la conversación, dice: «Estamos haciendo hijos ricos de padres pobres».

Mientras doy un trago al café, me pregunto qué es lo que ha cambiado desde aquella época del Kas en tres vasos a esta. No solo ha cambiado el nivel de consumo, que es mayor que hace cuarenta años. Lo que ha cambiado de manera radical es la percepción de muchas y muchos menores sobre la realidad que les ha tocado vivir. Niños y niñas cuyos padres y madres se matan para llegar a fin de mes y que viven, sin embargo, en un espejismo de comodidad y consumo que no corresponde con su realidad. Con la excusa de «por los hijos lo que sea», hay gente que pide un crédito para ir a Disneyland París, o deja de comprarse ese abrigo que necesitaba para el invierno para hacerse con una mochila de ruedas de última generación. Muchas niñas y niños están viviendo en una burbuja irreal. Sienten que son ricos sin serlo. Lo peor es que quizá cuando lleguen a ser adultos puedan sufrir un *shock* al comprobar que con lo que llevan en la cartera les llega únicamente para un Kas. Y para tres.

L

Ladrar

intr. Dicho de un perro: dar ladridos.

Cuando el vecino te cae bien, te molestan menos los ladridos de su perro.

Lápiz

m. Utensilio para escribir o dibujar.

En un cuento de José María Merino, un hombre que viaja en avión está escribiendo algo en su libreta. De repente, se le escapa el lápiz de entre los dedos y se le mete en una grieta que hay entre el suelo y la ventana. El hombre se inclina, pero con cada movimiento del avión el lápiz resbala de un lado a otro por esa rendija y no puede atraparlo. Mientras él sigue intentando capturar el lápiz, el comandante habla por los altavoces. Invita a los pasajeros a mirar a la izquierda del avión, la vista es impresionante, están sobrevolando una cordillera y no siempre se puede ver el espectáculo de las cimas

nevadas. Hoy sí, hoy la climatología permite apreciar ese regalo de la naturaleza. Pero el hombre sigue mirando al suelo, intentando alcanzar el lápiz que se le ha quedado atrapado en la rendija y que se mueve a izquierda y derecha con cada movimiento del avión. Consigue tocarlo con la punta de los dedos pero, ay, se le escapa. Así durante unos minutos, hasta que al final lo consigue. Entonces mira por la ventanilla, pero el espectáculo del que hablaba el comandante ya no se ve. No hay montes ni regalos de la naturaleza. Las nubes lo han cubierto todo.

La vida, muchas veces, pasa así.

Latido

m. Cada uno de los golpes de dilatación y contracción del corazón.

Veo la entrega de los Óscar. Premio a la mejor actriz, al mejor actor, director... Enfocan los rostros de las personas nominadas. Todas tienen el discurso preparado, pero solo una de ellas se levantará de su asiento, llegará hasta el micrófono y lo pronunciará. Cada vez que presencio esta escena me pregunto qué pasa con los discursos que no se pronuncian, ¿dónde se quedan? ¿En la garganta de las y los nominados? ¿En sus sueños? ¿En sus pesadillas? ¿Realmente existen esas palabras? ¿O es necesario que sean pronunciadas para que existan?

Veo una mujer hablando por teléfono, sentada en un banco del parque. Más que hablar, escucha, nerviosa, mientras se muerde las uñas. De vez en cuando coge aire, como si tomara carrerilla para

hablar, pero enseguida hay algo que frena sus palabras. Vale, pues adiós, dice en un momento, resignada, y al colgar, los ojos se le humedecen. Guarda con rabia el teléfono en el bolso porque le duelen las palabras que no ha dicho, las que no se ha atrevido a decir. «Pero ¿tú realmente me quieres?» Otra vez se ha quedado sin pronunciar esa pregunta que tantas veces ha ensayado, como los nominados en los premios del cine. Y ¿dónde se quedan esas palabras? Si se quedan pegadas a tus latidos, ¿se puede decir que existen?

Leer

tr. Entender o interpretar un texto de determinado modo.

«La gente no quiere leer. Quiere haber leído.» Reflexión de Alejandro Dolina en su programa «La venganza será terrible». Año 1994.

Legado

m. Aquello que se deja o transmite a los sucesores.

Un amigo me dice que la muerte de Lou Reed le ha hecho pensar en su propia muerte. Que ha vivido hasta ahora sin asimilar, como nos ocurre a la mayoría, que un día va a morir, pero que la muerte de

Lou Reed, alguien que ha estado tan presente en su vida, le ha ayudado a interiorizar su propia vulnerabilidad.

Hay quien dice que dejamos de vivir como si fuésemos inmortales cuando alguien muy cercano muere. Yo incluiría en la lista a nuestros mitos, héroes, personajes referentes del mundo de la música, la literatura, el fútbol o el cine. Eso es lo que le ha pasado a mi amigo con Lou Reed. De repente, recuerda aquellas noches de humo de bar en las que escuchaba *Romeo Had Juliette*, *Sweet Jane*, *Walk on the Wild Side*, *Perfect Day*...

La muerte de Lou Reed le ha hecho pensar, dice mi amigo, en qué recuerdo quedará de él cuando muera. Cuál será su legado. Y es eso lo que le pone más nervioso. Quiere dejar un buen recuerdo, quiere que le recuerden por algo. Anda un poco deprimido por ello, cree que no ha hecho nada importante por lo que le vayan a recordar cuando muera. ¿Qué he hecho yo?, me pregunta preocupado, mirando al infinito.

Intento calmarle: no creo que sea necesario crear grandes obras ni composiciones para que te recuerden. Seguramente quienes más recuerden a Lou Reed dentro de unos años no sean tanto sus fans, sino las personas que más cerca tuvo en su vida. Así que intentaré convencer a mi amigo de que dedique su tiempo a cuidar y a hacer un poco más felices a quienes tiene cerca. Que intente regalarles un «*perfect day*». Mejor legado no va a poder dejar.

Lejos

adv. A gran distancia.

Dicen que las personas que vivimos en la ciudad hemos perdido la costumbre de mirar a lo lejos. Que, rodeados de edificios, olvidamos que hay un horizonte allá detrás, unas montañas lejanas, unas nubes sobre ellas, el sol... Que se nos ha quedado una mirada cortoplacista y hemos perdido ese mirar más allá que mantiene la gente del campo. A veces pienso que lo hemos perdido en todos los sentidos. Que caminamos pensando en la siguiente parada, pero no en el rumbo que estamos tomando, que avanzamos sin saber a qué dirección final nos dirigimos. Vamos tomando pequeñas decisiones, que en su pequeñez no parecen estar cambiando nada, pero llega un día en el que, oh sorpresa, nos vemos en un escenario que no esperábamos y que no nos gusta. Pero ¿cómo he llegado yo aquí?, nos preguntamos. Pues hemos llegado poco a poco, dando pasos con las luces cortas y sin brújula.

Por eso me gusta la gente que mira lejos, la que no se ciega con lo que tiene delante, la que relativiza, la que tiene perspectiva, la que valora a largo plazo. La gente que, ante una discusión entre amigos, por ejemplo, no se obceca con el conflicto puntual y sabe mirar lejos, sabe poner en la balanza si merece o no la pena enfadarse, mira hacia delante y hacia atrás, y pone en valor el camino completo de esa amistad. Así, en muchos casos, es probable que concluya que no merece la pena enfadarse por ese conflicto puntual, que merece la pena mantener y cuidar el horizonte de amistad que ve a lo lejos.

Me gusta la gente que mira lejos incluso cuando te mira a los ojos, porque no está viendo solamente tu rostro, tu apariencia. Sientes que miran más adentro, que intentan ver tu esencia, la que te hace una persona única, la que no se puede imitar ni retocar estéticamente.

Me gusta la gente que mira lejos, porque en la distancia está a veces lo más cercano, lo más querido.

Lenguaje

m. Facultad de expresarse y comunicarse con los demás a través del sonido.

Los primeros pasos hacia el lenguaje no sexista los dieron las madres: ni por favor, ni por favora.

Libertad

f. Estado o condición de quien no es esclavo.

No sabes muy bien cómo llegaste aquí. Recuerdas un callejón de una noche de verano, te emborrachaste allí por primera vez, debisteis de emborracharos las dos, tu libertad y tú. Luego vinieron los novios y te diluiste en ellos hasta vivir solo en sus miradas. Casi sin darte cuenta, antes de daros cuenta las dos, tu libertad y tú, llegó el primer embarazo, luego el segundo. Y hoy los ves crecer y piensas que mañana, una noche de verano, se emborracharán por primera vez en un callejón y no llegarás a tiempo para avisarles.

Libros

m. Conjunto de muchas hojas de papel encuadernadas.

Ordeno los libros. Pienso en cómo hacerlo: por editorial, por orden alfabético, por lengua, por género, por temática... Mientras lo pienso, comienzo un juego. Empiezo a colocarlos en la estantería de manera que conversen entre ellos. Así, he puesto *Nubosidad variable* de Martín Gaite junto a *Nada* de Laforet. Y me las imagino contándose que no eligieron la mejor época para ser escritoras, hablando de lo que es sentirse sola y pionera en una época de posguerra. *Olvidado Rey Gudú* de Ana María Matute debe de estar por aquí, voy a meterla en la conversación, como quien agrega a alguien a un Zoom.

Demasiada felicidad de Alice Munro, lo coloco junto a *El aliento del cielo* de Carson McCullers, dos reinas del cuento que conocen profundamente los recovecos de los seres humanos, sus zonas oscuras, ocultas. Comienzo a buscar a Eider Rodríguez y a Dorothy Parker, que también pertenecen al equipo de las miradas afiladas. Encuentro *Bihotz handiegia* de Rodríguez y *Hona hemen gu biok* de Dorothy Parker, traducida al euskera por Mirentxu Larrañaga. Seguro que Parker tiene alguna salida inteligente, ingeniosa, maligna, en su estilo. Seguro que ríen las cuatro.

Etxeak eta hilobiak de Bernardo Atxaga, lo voy a poner junto a *Yo soy el poema de la tierra* de Walt Whitman, y a *Walden, la vida en los bosques* de Henry David Thoreau. Quizá conversen sobre cómo hablar del alma humana a través de la naturaleza, sobre el paisaje como descripción anímica.

Catedral de Raymond Carver. Creo que lo pondré a conversar con *Cuentos* de John Cheever. Tal vez recuerden aquella época,

principios de los setenta, en la que coincidieron en la Universidad de Iowa impartiendo un máster de escritura creativa, cuando, según confesó el propio Carver, «no hacíamos más que beber». Quizá brinden juntos de nuevo.

Y, de repente, pienso en hacer algo inconfesable. Ahora que nadie me ve, voy a poner mis libros pegados a los de las y los autores que más admiro. A ver si con el contacto consigo que me contagien algo.

Lista

f. Enumeración de personas, cosas, cantidades.

Mi padre decía que la vida es corta, pero ancha. Que caben muchas cosas en una vida y que «hay que vivir a lo ancho y no a lo corto». Y yo, recordando a mi padre, me pregunto cómo se consigue ensanchar la vida, cómo se hace para que en lugar de un pasillo estrecho se parezca más a una acogedora, amplia y luminosa estancia. Cómo hacer para que nuestras vidas sean algo más que ir de casa al trabajo, del trabajo al supermercado y del supermercado a casa.

Pienso esto justamente en el momento en el que me he sentado a escribir la lista de la compra y, casi sin darme cuenta, he comenzado a apuntar frases sobre cosas que puedo hacer para ensanchar mi vida: «Huir de la estrechez de miras; despegarme de prejuicios y llegar a los sitios y a las personas con la curiosidad de una niña; escuchar a quienes no piensan como yo; escucharme a mí misma y no traicionarme; ser consciente diariamente de la naturaleza que me rodea; sacar lo que me duele dentro y compartirlo; cuidar a mis

seres queridos y dejar que me cuiden; pedir ayuda cuando lo necesite; quitarme los miedos paralizantes; recordar de vez en cuando que solo hay una vida y es finita; aprender de quienes se fueron y de quienes han llegado después; ser amable, también conmigo misma; no rendirme a la primera y seguir; saber fracasar, fracasar otra vez y fracasar mejor, como decía Beckett; buscar siempre la belleza; comprar galletas, leche, papel higiénico, aceite, naranjas, gel de ducha...».

Llorar

intr. Derramar lágrimas.

Llorar en el Mercadona.

Loco

adj. Que ha perdido la razón.

Parece que con el buen tiempo sueltan a todos los locos, ha comentado mi amigo. Nos hemos encontrado en la calle y estábamos uno frente al otro, cuando un hombre se nos ha acercado y nos ha pedido fuego. Le hemos contestado que no tenemos. Nos ha preguntado a continuación si le damos un cigarro. Que no. Unos segundos de silencio y nos pregunta si le damos una moneda. Mi amigo se ha molestado y le ha preguntado: ¿Nos vas a dejar hablar

en paz? Y entonces el hombre ha empezado a reírse a carcajadas, señalando con el dedo a mi amigo, y se ha ido alejando poco a poco. Es entonces cuando ha comentado que con el buen tiempo sueltan a todos los locos.

Tras separarnos, mientras avanzaba por la calle, he comenzado a mirar con atención a la gente, como queriendo comprobar si es verdad lo que dice mi amigo. Me he fijado en una señora que fuma un cigarro con ansiedad y cierra los ojos con fuerza cada pocos segundos; he visto un señor mayor, con zapatillas de casa y avanzando muy lentamente con una muleta; una chica de ojeras profundas que lleva un perro, o más bien parece que es el perro quien la arrastra a ella; un chico que va hablando solo con la mirada perdida; dos hombres vestidos de chándal que comparten una lata de cerveza; un hombre encorbatado que agita los brazos explicándose mientras avanza hablando por el manos libres; dos jóvenes encorvados sobre sus teléfonos móviles y tecleando sin descanso mientras andan.

Y en un momento, me he parado, he mirado al escaparate que queda a mi derecha y me he visto allí reflejada. El reflejo me devuelve la imagen de una mujer mirando embobada a la gente, como si la viera por primera vez. Creo que mi amigo va a tener razón. Con el buen tiempo nos sueltan a todos.

Luz

f. Agente físico que hace visibles los objetos.

Quién eres cuando apagas la luz. Cuando no te ves en el espejo.

M

Madre

f. Mujer en relación con sus hijos.

Pudo haber sido científica, pintora, profesora de latín, periodista, dueña de una mercería, diseñadora de moda, filósofa, matemática, deportista de élite. Pudo haber inventado la fibra óptica o haber dado la vuelta al mundo o predecir el futuro frente a una bola de cristal. Pudo haber sido una mujer que pasea, que va al cine, que lee un libro, que se divierte por la noche, que grita en una manifestación, que canta en un escenario.

Pudo haber sido dueña de su vida. Y ahí donde la ves, solo le dejaron ser mi madre.

Mal

m. Lo contrario al bien, lo que se aparta de lo lícito y honesto.

Gente que te dice «te lo compro» o «me lo dices o me lo cuentas» o «a por el lunes» y, sin quererlo, ya te empieza a caer mal.

Maleta

f. Especie de caja provista de un asa que sirve para transportar ropas y otros objetos.

Una amiga me contó una vez que de pequeña pensaba que las maletas que dejas en la cinta transportadora cuando las facturas para viajar en avión van hasta tu destino sobre esas cintas. Así, imaginaba autopistas de cintas transportadoras por todo el mundo y por eso le sorprendía tanto que las maletas llegaran al mismo tiempo que el avión a su destino. ¿Es que las cintas transportadoras eran capaces de alcanzar la velocidad supersónica de los aviones?

Cada vez que veo desaparecer mis maletas por la misteriosa cortinilla de plástico me acuerdo de ella. Y pienso en su inocencia de niña y en la imaginación sin límites que teníamos en la infancia, una imaginación que el paso del tiempo nos ha ido capando poco a poco.

Yo, por ejemplo, pensaba que las cabezas de ciervos u otros animales que se exhibían en algunas paredes como trofeo de caza no eran solo una cabeza, sino que al otro lado de la pared, en alguna estancia oscura, estaba el resto del animal. De pequeña también escuché alguna vez que en las máquinas de fotomatón se escondía un fotógrafo muy bajito, que se ganaba así la vida, y más de una vez me quedé espiando la misteriosa puerta de atrás de aquella máquina a la espera de verle salir de allí. Nunca lo vi.

Manzana

f. Fruto del manzano.

No pediré palabras ajenas; no intentaré dibujar colores que no ven mis ojos; no buscaré en mi interior ecos de cuevas que no son mías. No voy a pedir peras al manzano. Le pediré cada día la manzana más bella.

Mañana

f. Parte del día entre el amanecer y el mediodía.

Señal de que envejeces. Cuando te empiezan a gustar más las mañanas que las noches.

Máquina

f. Artificio para aprovechar o dirigir la acción de una fuerza.

Me tomo un cortado en un bar, mirando a la máquina del café, y pienso que también podemos aprender de las máquinas. De los teléfonos móviles, por ejemplo, es importante aprender que también las personas tenemos una batería que se va gastando, y que hay que calcular la energía que nos queda en cada momento a la hora

de responder sí o no a una propuesta o a la hora de decidir si embarcarte o no en un proyecto. O de las impresoras, hay que aprender a poner las cosas en «cola de impresión», a fijar prioridades. Decidir qué va en primer orden, y qué puede dejarse para más tarde.

De los ordenadores, hay que saber hacer uso de ese icono que muestran en la esquina de la pantalla: la papelera. Un lugar al que poder ir enviando lo que nos sobra, lo que nos pesa, lo que ya no nos sirve: los remordimientos, las penas paralizantes, toda esa cacharrería que nos impide pensar con claridad. Y la lección más importante: cuando un ordenador no funciona, lo mejor es apagar y volver a encender. Resetear.

Marquesina

f. Construcción protegida por los lados y cubierta en las paradas de transportes públicos.

Subo al autobús y miro las caras de la gente. Rostros serios de la rutina y de los sueños sin cumplir. Miro después por la ventana al conductor de un coche que fuma con ansiedad, como si en lugar del cigarro se estuviera consumiendo a sí mismo dentro de esa nube de humo y mal humor. De un portal sale una pareja chillándose ante la atenta mirada de su hija. Veo los ojos de angustia de una mujer que empuja con un brazo el carro de una niña, mientras del otro le cuelga otro niño que berrea porque no quiere ir a clase. Una adolescente cruza el paso de cebra llorando mientras habla por su móvil.

Miro alrededor y veo las caras gastadas por la vida y sus preocupaciones, manos y miradas ajadas, dientes apretados por la intensidad de la lucha diaria. Y esta realidad choca frontalmente con la que me muestran las marquesinas por las que paso, esas imágenes de perfección y felicidad. Cómo es posible que la brecha sea tan profunda, que el choque sea tan brutal.

Pero bajo del autobús, cruzo la carretera y veo que al árbol de la acera de enfrente le han salido esas florecillas blancas que anuncian la inminente llegada de la primavera. Y entonces pienso, sí, existe una belleza real, una belleza que podemos intuir en esas flores, o en la música, o en una obra de arte, en un abrazo, en un gesto solidario, en unas risas compartidas, en un beso sincero, en la satisfacción del trabajo bien hecho, en el olor de nuestra piel bajo el sol... Una belleza que no, no cabe en las marquesinas publicitarias, pero que diariamente nos susurra al oído: Merece la pena seguir.

Medalla

f. Distinción honorífica en competiciones deportivas.

Cuando nuestra vecina vio a mi hermano entrando a casa, feliz, orgulloso, con una medalla colgada al cuello, y le preguntó qué era aquello, mi madre le contestó: Una medallita de nada. Era la primera medalla que ganaba, la ganó en una prueba de atletismo, y estaba feliz hasta que mi madre soltó aquella frase que estalló como una bomba en la autoestima de mi hermano. No sé si la herida se ha cerrado, pero desde entonces usamos muchas veces entre hermanos

esa frase, una medallita de nada, cuando queremos felicitarnos por algo que hemos conseguido.

Medardo Fraile

Escritor, uno de los grandes cuentistas españoles del siglo xx (1925-2013).

Amo los «maravillosos días normales», como los llamaba Medardo Fraile. En realidad, amo a Medardo Fraile.

Mediodía

m. Momento en que está el sol en el punto más alto de su elevación sobre el horizonte.

Al mediodía, de vuelta a casa, mientras comes un trozo de la barra de pan que acabas de comprar, ves en el escaparate de la agencia de viajes fotos de gente paseando por Nueva York, París, La Habana, Estambul, Lisboa. Entras en casa y el olor de las lentejas te pincha el hígado. Te duele lo que no has sido.

Medir

tr. Comparar una cantidad con su respectiva unidad.

¿Cuánto te duele del uno al diez? Y otra vez soy incapaz de responder al médico con un número exacto. Me duele mucho, pero no sé cuantificar en una cifra mi malestar. Pues no sé, ¿siete..., ocho?, le contesto. Y al salir de Urgencias, pienso que igual que pasa con el dolor, también pasa con la mayoría de las cosas realmente importantes en la vida. Es igual de imposible cuantificar el dolor que decir cuánto amas a alguien del uno al diez. O si vives en el extranjero, cuánto echas de menos tu casa y a tus seres queridos del uno al diez; o cuánta tristeza sientes algunos días nublados del uno al diez...

Frente a una sociedad que quiere explicarlo todo con cifras, una sociedad cuantificadora, cómo explicar que nuestros sentimientos, nuestras sensaciones, nuestros amores y dolores no pueden entrar en un excel. Como no se puede medir en dinero el valor de una persona, o en centímetros su grandeza, o en litros su dignidad.

Y es que, en un mundo marcado por la lógica del mercado, se podrán poner aranceles a los productos en venta, pero no hay aranceles para el dolor, amor, deseo, tristeza, enfado o alegría que los seres humanos sentimos. En ese mundo real no se puede medir nada del uno al diez. No se puede vender ni comprar nada. Y esto pasa porque no tenemos sentimientos y emociones, sino que, en realidad, somos sentimientos y emociones.

Melocotón

m. Fruto del melocotonero.

Me gustaría contarle a mi hija de qué va el melocotón. Aquel del que hablaba el Fary. En una entrevista le preguntaron cómo llevaba su esposa que él coqueteara y se liara con otras mujeres mientras ella se quedaba en casa. Tras dejar claro que respetaba mucho a las mujeres porque para él eran lo más bonito del mundo, sentenció: «Mi mujer ya sabe de qué va el melocotón».

Pues de ese melocotón me gustaría hablarle a mi hija. Me gustaría advertirle de que su jugo llega a pringarlo todo y convierte en pegajosos algunos suelos, en cárceles algunas camas, en escenarios de humillación algunas oficinas y en violencia contra los cuerpos de las mujeres algunos videojuegos, anuncios y muchos productos de consumo.

Me gustaría contrarrestar esa inercia contraria a sus derechos y sueños haciéndola consciente de su valía, de su poder, de todas sus posibilidades. Me gustaría que disfrutara del amor, pero sin permitir que en su nombre coarten su libertad o no respeten sus decisiones. Me gustaría contarle que esas escenas de sexo violento y denigrante para las mujeres que circulan ya por sus móviles no son la realidad y que el sexo debe ser un disfrute mutuo en el que nadie tenga poder sobre la otra persona, ni nadie tenga que hacer nada que no le apetezca hacer. Me gustaría convencerla de que sus uñas, su pecho y su ombligo no valen más que su cerebro, su carácter, su valiosa aportación al mundo.

En fin, que me gustaría contarle de qué va el melocotón antes de que alguien se lo cuente a la manera del Fary.

Memoria

f. Capacidad de recordar.

Escuchas a un abuelo contándole a su nieta que allí, justo allí donde ahora hay unas torres altas, en sus tiempos había campos de labranza. Le cuenta que su padre tenía allí mismo un terreno y que él pasaba mucho tiempo jugando alrededor con palos, piedras... mientras su padre trabajaba. Tras contárselo, se ha quedado un rato mirando a los altos edificios en silencio, sin verlos, porque lo que él ve es el paisaje del recuerdo. Lo que él está viendo es su infancia en aquel espacio absorbido hoy por la ciudad, está oyendo el sonido del riachuelo al que tiraba piedras, está sintiendo las callosas manos de su padre cuando le cogía de la mano para volver a casa, el olor de su sudor tras el duro trabajo...

A medida que vamos cumpliendo años, miramos el paisaje que nos rodea y vemos mucho más de lo que alcanza nuestra mirada. Como por arte de magia, aparecen imágenes que relacionamos con lo que fuimos una vez en aquel espacio. Un banco en un parque será eternamente para alguien el testigo del primer beso; una mesa de un bar puede guardar el recuerdo de una conversación vital; una calle puede recordarnos cada vez la fatal llamada que recibimos un día allí mismo.

Los lugares guardan conversaciones, sonidos, olores, emociones. A veces nos dejamos llevar por ellos, y otras no, nos defendemos, recordándolos desde lejos, como recuerda Wislawa Szymborska el paisaje en uno de sus conocidos poemas.

Y ocurre igual con las personas. En muchos casos, sabemos lo que hubo antes de que fueran quienes son hoy o vemos en sus miradas los paisajes que un día compartimos. En los ojos de mi amiga veo su mirada traviesa de niña cuando nos escapábamos de clase; en la

sonrisa de una antigua pareja, nuestra complicidad pasada; en las manos de mi madre, mi infancia entera.

En palabras de la poeta Louise Glück: «Miramos el mundo una sola vez, en la infancia. El resto es memoria». Y la memoria, aunque a veces no seamos conscientes, está tan presente en nuestra vida como eso a lo que llamamos «realidad».

Mensaje

m. Recado que envía alguien a otra persona.

Cuando te contestan «espero que estés bien» y recuerdas siempre a Quique González: «Espero que estés bien suena a ya me he olvidado de ti».

Mentir

intr. Decir o manifestar lo contrario de lo que se sabe, cree o piensa.

Yo no digo mentiras, sino verdades creativas.

Miedo

m. Angustia por un riesgo o daño real o imaginario.

No me mires, porque tu mirada me lleva a un espacio oscuro en el que tengo que palpar las cosas para intentar darles nombre. No me mires, porque me llevas a un cuarto sin luz en el que solo reconozco mis latidos y mi respiración.

No me lleves contigo, prefiero quedarme aquí, junto a la cafetera, las llaves de casa, el viejo felpudo. No me alejes de las cosas, ya aprendí a esquivar sus esquinas, ya conozco los olores de su madera vieja, de su nuevo metal. No me lleves lejos de los bostezos, de las conversaciones de ascensor, de las comidas familiares, del sexo programado, de la impaciencia de esperar siempre el mismo autobús.

No me mires, porque me elevas a una cima donde hay algún peligro, seguro, una helada, un alud, una inundación que se llevará consigo las sillas, las macetas, las listas de la compra, los tenedores, los libros, todas las cosas de verdad que me protegen.

Miel

f. Sustancia viscosa que producen las abejas.

Me gustan las personas que hablan bien de las personas. Son como un ungüento que nos quita el escozor y nos libera de la presión de tener que juzgar constantemente lo que hacen unas y otros. A veces, en un corrillo en el que se está dando vuelta y vuelta en la sartén a una persona, aparece alguien que se atreve a hablar bien de ella y, de repente, la corriente cambia de dirección, el vinagre se

vuelve miel y las ansias de criticar se calman. El ambiente se ha transformado y la predisposición a hablar mal de alguien queda en buena medida desactivada.

Me gustan las personas que hablan bien de las personas, porque al mismo tiempo están hablando bien de ellas mismas.

Milagro

m. Hecho sobrenatural no explicable.

Cuatro nevadas (*Lau aldiz elur*) es el título de un cuento de Bernardo Atxaga en el que se relatan diferentes episodios de la vida de una persona y nieva en todos ellos. El protagonista pasa de ser un niño que veía caer copos de nieve «como mariposas dormidas» a ser un joven tumbado en la cama junto a una mujer desnuda mientras nieva fuera; después será un hombre al que el coche se le detendrá en medio de una nevada y más adelante un anciano en la residencia. Pero la nieve, coqueta, seguirá siendo siempre la misma, demostrando que mientras nosotros nacemos y morimos, el mundo sigue su curso, misterioso, implacable. En el relato de Atxaga, una mujer, viendo caer los copos de nieve al otro lado de la ventana, dice: «Y luego dirán que los milagros no existen...». Cuando nieva, cuando veo caer copos como mariposas dormidas, recuerdo el bello relato de Atxaga y pienso: Y luego dirán que los milagros no existen.

Mirar

tr. Dirigir la vista a un objeto.

Mi hijo y yo estábamos mirando al cielo. Muchas veces le digo que mire al cielo, que siempre te encuentras alguna sorpresa allí: el gusano blanco que sigue la pista de un avión, la luna impaciente que se puede ver durante el día, las nubes de fuego enrojecidas por el sol... De repente, me preguntó: ¿Por qué las nubes no se caen? Soy muy de letras como para darle una respuesta científica, así que le expliqué que no se caen porque las sostenemos con la mirada. Desde entonces, mi hijo mira mucho al cielo, como yo.

Misa

f. Celebración de la religión católica.

Era domingo, iba a misa de la mano de mi madre cuando me di cuenta de que llevaba puestas las zapatillas de casa. Le pedí que volviéramos, rápido, a ponerme los zapatos, pero me dijo que era tarde, que no podíamos, que no importaba, nadie me iba a mirar los pies. A veces siento que llevo puestas aquellas zapatillas y sigo atrapada en una misa interminable.

Momento

m. Oportunidad, ocasión propicia.

El momento en que te das cuenta de verdad de que alguien ha muerto.

Moneda

f. Unidad de cuenta, medida de valor y medio de pago.

Cuando llegas por primera vez a un país y tienes en tus manos monedas y billetes que no reconoces. No sabes aún su valor. Ocurre lo mismo cuando conoces por primera vez a una persona.

Muertos

adj. Que están sin vida.

Ahora tenemos muertos. Amigos, padres, madres. Ahora ya sabemos qué hay que hacer, a dónde tenemos que llamar, cuánto vale una corona de flores. Entonces las mariquitas despegaban volando de nuestra palma y entre nuestros dedos sobrevivía la cola de una lagartija. Ahora se nos mueren los geranios en el balcón, y los echamos a la basura con su tierra y su raíz. Con su tiesto rojo.

Entonces éramos con alguien, contábamos a alguien, alguien nos nombraba y contestábamos: Presente. Ahora, cuando ya no te llama nadie, un teléfono te asusta por la noche. Perdona, ¿no te acuerdas de mí? Una voz te pide ayuda. Dice: No-sabía-qué-hacer. Dice: No-sabía-a-quién-llamar. Ahora estamos solos. Ahora tenemos muertos y ya sabemos qué hay que hacer.

Entonces no sabíamos andar en bicicleta. Ahora tampoco.

Mujeres

f. Personas del sexo femenino.

Hay mujeres que salen a andar y parece que les persiguen los años. Van tan rápido que parece que estuvieran intentando escapar de cumplirlos. Muchas veces van acompañadas por una amiga, hablando, sí, pero sin mirarse a la cara, sin despistarse, que hemos venido a andar, todo muy profesional. Y parece realmente que los años no consiguen alcanzarlas, porque, aunque ya llevan unos cuantos encima (hace décadas que se acostumbraron a que las llamen «señora»), se las ve tan convencidas de lo que están haciendo, tan dignas, con sus mallas, sus zapatillas y su chaqueta de andar, que da gusto verlas.

Es siempre una incógnita saber si vamos a llegar a su edad y si es así, cómo vamos a llegar, pero no hago más que ver mujeres de sesenta para arriba que son todo un modelo de vida activa, de ilusión, de curiosidad... No hay más que ir a una charla para comprobar que la mayoría de las asistentes son mujeres, muchas de ellas mayores. Y no creo que sea casualidad, porque muchas en su

juventud no tuvieron la oportunidad de estudiar, o de estudiar lo que querían; de tener tiempo para el ocio, para ir a un museo, una conferencia, para leer, para hacer deporte; muchas solo han podido tener vida pública junto a sus maridos... Y ahora, han llegado a una edad en la que en lugar de pensar que es ya demasiado tarde, en lugar de decirse, chica, a dónde vamos ya con esta edad, han decidido exprimir la vida y van a la piscina, a andar, al teatro, al cine, se apuntan a un taller de lectura...

Da gusto verlas. Son un ejemplo de personas que no se rinden ni ante las arrugas, ni ante la soledad, ni ante el dolor de articulaciones, ni ante el qué dirán. Las admiro.

Mundial

m. Campeonato en que participan todas las naciones del mundo.

Los veo todas las mañanas, a primera hora. El abuelo acompaña a su nieto a clase. Muchas veces coincidimos en la acera esperando a que se abra el semáforo y escucho su conversación. Siempre hablan de fútbol. El niño cita el nombre de un futbolista, o el de un equipo... Y el abuelo responde, sí, ese es un buen equipo, juegan bien a la contra...

Muchas veces he pensado que ese niño va a recordar toda la vida la conversación diaria con su abuelo y que de mayor las va a echar de menos. No tanto porque vaya a necesitar hablar de jugadores o goles, sino porque seguramente añorará el bello vínculo que el fútbol generaba entre los dos. Porque hablar de un delantero, de un

portero o de una selección puede ser una forma de expresarse amor, quizá la única manera en que son capaces de hacerlo.

Por eso, al ver que el fútbol puede generar algo tan bello como la relación entre este abuelo y su nieto, detesto aún más esa otra cara que tiene y que queda más patente que nunca en citas como el Mundial de Catar: dinero, negocio, corrupción, poder..., todo lo contrario a los valores reales del deporte.

No he visto ningún partido del Mundial, pero veo casi cada mañana uno de los espectáculos más valiosos que puede dar el fútbol. Abuelo y nieto hablando de amor, creyendo que hablan de fútbol. Eso sí que es mundial.

Mundo

m. Conjunto de todo lo existente.

Basilio lleva un mes en la ciudad, viviendo en casa de su hija. Desde que murió su mujer y se quedó solo en el pueblo, su hija le ha insistido mil veces en que pase una temporada con ellos y, al final, aquí está, un poco abrumado por la rapidez con la que pasa la gente por la calle, por el ruido... Y es que Basilio está acostumbrado a mirar tranquilo a su alrededor, allá en el pueblo, y a distinguir en la lejanía a los pájaros autóctonos de los que están de paso por los dibujos que forman en el aire. A ver, no árboles en general, como vemos quienes vivimos en la ciudad, sino robles, pinos, manzanos o perales, y a ser testigo de cómo van enrojeciendo sus hojas y desnudando sus ramas cuando llega el otoño.

Hoy han salido de compras, a un gran centro comercial. Mejor si te sientas aquí a esperarnos, le ha dicho su hija, para que no te canses tanto. Y Basilio se ha sentado en un banco del centro comercial, con el bastón entre las rodillas. Intenta mirar a lo lejos pero su mirada choca contra una pared y se vuelve contra él. Mira hacia otro lado y adivina a través de una cristalera que fuera ha empezado a llover. A pesar del día gris, una luz potente ilumina el centro comercial. A pesar del frío que empieza a hacer en esta época del año, ha visto pasar a una chica en camiseta de tirantes. La calefacción está a tope allí dentro. No hay estaciones en el centro comercial. No hay día ni hay noche.

Gente y gente pasa por delante, con bolsas de la compra colgando de sus manos, con la mirada fija en el letrero de la siguiente tienda. Se esquivan como si esquivaran una farola, como si no se sintieran entre sí, como si no se sintieran ni siquiera a sí mismos. Y Basilio piensa que vaya gente más rara esta que parece vivir separada de sí misma y de la demás gente, y ajena al día y a la noche, a la lluvia y al sol. Ve que tienen muchas cosas, pero siente que les falta algo, y mientras piensa exactamente qué es, imagina cómo caen las hojas de los árboles al suelo, allá afuera, en el mundo.

N

Naipe

m. Carta de la baraja.

Un buen cuento es como un castillo de naipes. Basta con que retiremos una carta para que se derrumbe.

Naufragio

m. Pérdida grande; desgracia o desastre.

«No sé por qué no nos vamos por ahí, como todo el mundo.» Cristina vuelve a la carga, aun sabiendo que su comentario va a enfadar a Xabi. Llevan ya unos días discutiendo por lo mismo. «Pero a dónde quieres ir, si son los peores días para salir por ahí, no veas cómo se pone la carretera», le responde Xabi, pero Cristina contraataca: «Siempre igual, nunca es el mejor momento, y al final, siempre en casa, no aguanto más, necesito salir un poco, como todo el mundo. ¿No has visto en el telediario cómo estaba el aeropuerto? Se va todo el mundo, menos nosotros». «Pero ¿a dónde quieres ir si

solo tenemos cinco días de fiesta?» «Pues no sé, a un agroturismo para que los niños vean una vaca por lo menos, o a un pueblo de la costa, yo qué sé, pero salir de aquí...» «Pero si va a llover, ¿qué quieres?, ¿estar encerrada en un apartamento viendo la tele en un sofá cama? En casa estamos mejor, tenemos Netflix, podemos ver un montón de pelis...» «Sí, claro, y mientras tanto ¿qué hacemos con los niños?, ¿que se pasen el día pegados a las pantallas?» «Pero si podemos hacer muchas cosas... Podemos ir al cine, a la piscina, leer, salir a tomar algo...» «¿Con quién? Si se ha ido todo el mundo. Mira la calle, si da pena.» «¿Pena? Si es cuando más tranquila está la ciudad, puedes aparcar en el centro y todo, se está bien a gusto...» «Sí, claro, a gustísimo, pero si hay un silencio que da miedo.» Xabi saca más argumentos: «Pero ¿a dónde quieres ir? Si estos días además está carísimo todo, ya saldremos a algún sitio cuando sea temporada baja...». En ese momento a Cristina le suena el móvil: «¿Qué tal?... Ah, pero ¿no os habéis ido?... Pues nosotros tampoco... Sí, tienes razón, la verdad es que son los peores días para ir por ahí... ¿Quedamos entonces a tomar algo? ¿A las siete?». Xabi mira a Cristina hablar. En el brillo de sus ojos percibe el alivio de alguien a quien acaban de salvar de un naufragio.

Nieve

f. Agua helada que cae de las nubes en forma de copos.

Las leyes de la naturaleza son un buen ejemplo del «cada cosa a su tiempo»: en invierno, los árboles desnudos y el viento norte; en

primavera, las flores y la vida naciendo por todas partes; en verano, un sol eterno y un día que no acaba; en otoño, los ocres, naranjas y colores rojizos de los bosques... Y lo que es normal en una estación está fuera de lugar en otra. Como nevar en agosto.

La muerte de alguien querido siempre duele, pero cuando esa muerte llega demasiado pronto, cuando ocurre en mitad de una vida, sentimos que desafía las leyes de la naturaleza, que la armonía se rompe.

Entonces, las playas de agosto se cubren de nieve.

Noche

f. Parte del día entre la puesta del sol y el amanecer.

Las mañanas son de todos, las noches de cada una y cada uno. Y hay que hacerles frente a solas.

Normal

adj. Habitual u ordinario.

Te ha llamado tres veces en las últimas dos semanas. Tu amiga quiere tomar contigo un café. Las tres veces has rechazado su invitación. La primera vez ni siquiera pudiste cogerle el teléfono, estabas en una reunión de trabajo y luego se te olvidó devolverle la llamada, porque de las reuniones siempre se sale con más trabajo.

La segunda vez ya no te llamó, te mandó un mensaje, pero en ese momento te venía fatal quedar, aún tenías que terminar varios trabajos pendientes y luego salir corriendo para recoger a tu hijo, y luego pasar por el súper porque la nevera de tu casa daba pena... Lo intentó una tercera vez y en esa ocasión tenías hueco en tu agenda, pero le respondiste que no ibas a poder. Era ya viernes y el cuerpo no te aguantaba tras una semana estresante.

Hoy has encontrado en el teléfono una llamada perdida de un número que no reconoces. Has devuelto la llamada y al otro lado has escuchado la voz de la pareja de tu amiga. Te dice que a tu amiga le ha dado un ictus, pero que estés tranquila, porque los médicos dicen que se va a recuperar, que necesitará rehabilitación, pero que con el tiempo podrá volver a hacer vida normal.

Algo se te rompe dentro. Cuelgas, dejas todo lo que estabas haciendo. De camino al hospital retumban en tu cabeza las palabras de la pareja de tu amiga: «Podrá volver a hacer vida normal». Vida normal. Y decides que no, que tú no quieres volver a la vida normal si la normalidad es no poder ver a tu amiga porque lo urgente del momento, todos tus quehaceres diarios, te hacen olvidar de lo importante: compartir tu tiempo con las personas que quieres.

Nosotros, tras

pron. person. Forma que designa a las personas que hablan o escriben.

«A nosotros nos gusta mucho ir al cine.» Esa frase, por ejemplo. Siempre me han llamado la atención las personas que hablan en

plural y en nombre de las demás. Generalmente forman parte de una pareja y, por sus expresiones, parece que su relación haya llegado a la simbiosis total hasta convertirse en una sola persona. «Nosotros nunca vamos de fiesta.»

Me divierte y me aterra al mismo tiempo. Me hace gracia, por un lado, que haya personas que creen saber lo que piensa su pareja, pero, por otro lado, me aterra porque ese «nos gusta ir al cine» casi siempre tiene su origen en los gustos de una de las dos personas a los que la segunda se ha tenido que adaptar. Por eso, cuando suena ese «nosotros» generalmente sospecho e intento averiguar qué esconde.

Alguien me dirá que ese «nosotros» o «nosotras» está muy bien, porque la conciencia colectiva es fundamental para que la sociedad funcione, pero también lo es contar con seres humanos con criterio propio, con autonomía y libertad suficiente para tomar sus propias decisiones. Y cuando esto se traslada a una pareja, todavía más. Porque ¿qué le vas a contar a alguien que piensa como tú, le gusta lo mismo que a ti y no se distingue de ti en casi nada? Eso sí, siempre me puede responder alguien: «Pues a nosotros nos gusta pensar exactamente igual». Y en ese caso, la verdad, no tengo nada más que decir.

Novela

f. Obra literaria narrativa de cierta extensión.

Leer una buena novela es como mirar a alguien a los ojos.

Nube

f. Agregado visible de minúsculas gotitas de agua suspendido en la atmósfera.

Recuerdo los días en los que me ponía enferma y no podía ir a clase. Tenían algo especial. A pesar de la fiebre, o de las molestias de una gastroenteritis, o de lo incómodo de las toses y los estornudos, había algo en aquellos días que me hace recordarlos como un espacio de paz, un espacio blanco y acogedor, dulce como una nube de algodón.

De repente, descubría los sonidos de la casa por la mañana, muy diferentes a los de la tarde, y también a los de esa hora en clase. No se oían gritos del recreo, ni risas infantiles, y sí el sonido de una cuchara contra una cazuela, un batir de huevos, el choque de los platos en la fregadera... Tampoco oía las voces de mis hermanos, ni la conversación entre mi padre y mi madre mientras cenaban con la televisión de fondo. Solo estábamos mi madre y yo. Ella, trabajando sin parar, y yo, en la cama.

Mi madre me traía un zumo de naranja a la cama o me daba el transistor para que escuchara aquellos programas con oyentes que pedían canciones, o compartían recetas de cocina, trucos caseros... Me hacía levantarme de la cama, me daba otro pijama, y cambiaba las sábanas. Recuerdo aquel olor a limpio, aquellas manos alisando la sábana bajera. El placer de volver a meterme en la cama recién hecha.

Recuerdo aquellos días con dulzura porque el mundo parecía pararse, porque me permitían ver la vida desde otro lugar, pero, sobre todo, porque me hacían sentirme especialmente cuidada. Hay veces en las que me gustaría recuperar un día así, aunque no a

costa de alguien a quien no se ha permitido hacer otra cosa que cuidar y a quien se ha obligado a renunciar a tantas cosas.

Todas las personas merecemos ser cuidadas y tenemos al mismo tiempo la responsabilidad de cuidar, como lo hicieron en otra época aquellas mujeres que eran capaces de transformar periodos de enfermedad en espacios dulces como nubes de algodón.

o

Objetivo

m. Punto o zona que se pretende alcanzar.

Son palabras de la cineasta Chantal Akerman: «No tengo una idea, tengo un sentimiento. Quien busca una idea la encuentra, pero encuentra demasiado, y, al final, sus ideas preconcebidas nublan su visión». Saber con claridad qué queremos desde el principio, según Akerman, tiene el peligro de limitar la propia creación, porque crear es muchas veces buscar a ciegas, a partir de una emoción, de una intuición; avanzar, sin saber muy bien dónde vamos a llegar, y encontrar en el camino lo que no esperábamos.

Objeto

m. cosa.

Dicen que hasta los tres-cuatro años vivimos, no nos miramos vivir. A partir de ahí comenzamos de alguna manera a ser espectadores de nosotras y nosotros mismos. Vamos viendo nuestros movimientos

como en un espejo, y los vamos analizando, criticando, ensalzando... Nos convertimos en jueces de nuestra vida. Me pregunto qué pasaría si no fuera así. Si viviéramos sin analizar tanto nuestra conducta, actuando naturalmente, sin juzgarla constantemente. Seríamos sin duda más libres, nos censuraríamos menos, contaríamos ese chiste que no sabemos muy bien si va a hacer gracia sin haberlo ensayado antes, seríamos más capaces de decir a alguien lo que pensamos sin miedo a su reacción, seríamos más libres.

Y, como en todo, aquí también el género marca diferencias: las mujeres han aprendido a mirarse desde fuera con más intensidad que los hombres, llegando incluso a convertirse en objetos no solo para la sociedad, sino para sí mismas. En *Modos de ver* John Berger lo explica claramente: «Los hombres miran a las mujeres. Las mujeres se contemplan a sí mismas mientras son miradas. Esto determina no solo la mayoría de las relaciones entre hombres y mujeres, sino también la relación de las mujeres consigo mismas. De este modo se convierten a sí mismas en un objeto, y particularmente en un objeto visual, en una visión». Las mujeres hemos aprendido a supervisar constantemente todo lo que somos y todo lo que hacemos porque el modo en que aparezcamos ante las demás personas es de importancia crucial para lo que consideramos éxito en la vida.

De ahí la autoexigencia excesiva que muchas veces nos impide valorar suficientemente nuestra capacidad, nuestra inteligencia, nuestra habilidad para hacer algo. Dejar de imaginarnos siendo vistas por las demás personas es un ejercicio muy sanador que, puesto en práctica masivamente, puede cambiar el mundo.

Obra

f. Cualquier producto intelectual en ciencias, letras o artes.

En el balcón, la mujer escoge dos pinzas verdes para la toalla y dos amarillas para la camiseta. Extiende la sábana y coloca tres pinzas rojas, una a la izquierda, otra en el centro y otra a la derecha. Una, dos y tres. Se detiene, da un paso atrás y mira a su obra como Monet miró a su campo de amapolas.

Ocio

m. Tiempo libre de una persona.

Recuerdo a mi madre, de pie en la cocina, pelando una pera con un cuchillo. Ama, ¿por qué no te sientas para comerte la pera? No, si termino ya, estoy bien aquí.

Una amiga mía también recuerda cómo su madre, cuando oía que su marido entraba en casa de vuelta del trabajo, si estaba sentada se levantaba de un salto y cogía un trapo para que al llegar la viera de pie, limpiando las ventanas o quitando el polvo.

Hoy le he hecho una visita a un amigo que trabaja en una cafetería. La cafetería estaba llena de mujeres, la mayoría con criaturas, tomando un café con otras madres. Ahí las tienes, me ha comentado en tono bastante despectivo y burlón: se pasan ahí toda la tarde sin hacer nada, los niños correteando por toda la cafetería y ellas dale que dale a la lengua...

Hay una creencia extendida de que cuando una mujer dispone de tiempo para el ocio está contando con un regalo que le ha dado alguien, con un permiso que le han concedido. Que no se lo merece. Que es un lujo.

Por eso mi madre comía la pera de pie, la madre de mi amiga saltaba del sillón cuando venía su marido y mi amigo el camarero critica a las madres con criaturas que se pasan la tarde en la cafetería, mientras sus maridos salen a hacer una ruta en bicicleta y nadie lo pone en cuestión.

Ola

f. Onda que se forma en la superficie de las aguas.

Olas en el cielo.

Olvidar

tr. Dejar de retener en la mente algo o a alguien.

He encontrado la foto de casualidad. Una fotografía en blanco y negro en la que aparecemos mi prima Nerea y yo, de niñas, en la playa de Karraspio, con la isla y las olas de fondo, jugando a ponernos los zapatos de nuestras madres. Parece exagerado, pero viendo la foto, he recordado el momento exacto en el que fue tomada, yo poniéndome aquellas sandalias blancas con un poco de

tacón de mi madre y mi prima unos zuecos de la suya. Recuerdo perfectamente cómo nos reíamos sobre unos zapatos para nosotras gigantes, dándonos la mano para poder andar con ellos sobre la arena mojada.

Las sandalias blancas de mi madre. A veces no somos conscientes de la intensidad de todo lo que se vive en la infancia y cómo se nos quedan grabadas a fuego las imágenes, las sensaciones, los olores, los recuerdos... Se quedan fijas en nuestra memoria con una intensidad que difícilmente podemos volver a experimentar de mayores. Tal vez es la única manera de avanzar en la vida, porque es difícil seguir dando pasos firmes si no vamos olvidando. Recuerdo incluso el tacto suave del cuero blanco de aquellas sandalias, pero no recuerdo muchos de los dolores, penas y decepciones que he sentido en mi vida. El olvido es un salvavidas que suaviza mi memoria, que la convierte en un cuero suave que acaricia mi piel.

Opinión

f. Juicio o valoración respecto de algo o de alguien.

Leer el periódico con prisa por tener una opinión.

Orden

m. Colocación de las cosas en el lugar que les corresponde.

Tengo una amiga fanática del orden. Se le eriza el pelo cuando encuentra en su casa los cajones mal cerrados o un trapo de cocina tirado sobre la mesa. Cuelga la ropa en orden, de prenda mayor a menor; nunca mezcla en la misma lavadora ropa blanca y de color; y en su oficina, tiene el cajón de su mesa siempre bien ordenado. Los lápices, los bolígrafos, todos los materiales en orden, firmes, como si fuesen soldados de un ejército.

Pero mi amiga tiene un problema. Le gustaría ordenar su vida y el mundo igual que hace con su cajón, y no lo consigue. Le gustaría saber en qué estante tiene que colocar cada sentimiento. Le gustaría calibrar sus miedos, fijar el porcentaje de sus pudores, analizar cuantitativa y cualitativamente el peso de sus remordimientos, sus amores, y sus iras. Pero no lo consigue. Y se enfada, y arremete contra el mundo porque está mal hecho, porque no es exacto, porque no siempre le da los mismos resultados con los mismos elementos como ocurre con la tabla de multiplicar.

Le digo que mientras siga pensando así, se seguirá enfadando durante mucho tiempo con el mundo, porque además de lo visible, lo contable, lo ordenable y lo cuantificable, la vida está llena de muchas otras cosas que no se ven, pero se sienten; no se miden, pero pesan; no huelen, pero despiertan en nuestro cerebro un aroma inconfundible; no saben, pero son a veces dulces y otras amargas. Y esas cosas, las que se rebelan contra el orden y la programación, son precisamente las que más nos estremecen. Más, desde luego, que unos lápices bien ordenados dentro de un cajón de la oficina.

Orfandad

f. Estado de huérfano.

Miras las manos de tu madre. Sigues atentamente con la mirada las rutas que marcan sus venas, como si así pudieras llegar al origen de algo. Quizá escribes sobre ella por esa misma razón, porque confías en que, llegando al germen, al molde del que has salido, encontrarás por fin alguna pista sobre quién eres y cómo te has construido mientras vivías, sin ser consciente de ello, en aquellas manos.

¿Por qué escribimos de nuestra madre, de nuestro padre? Tal vez sea un intento de recuperar aquella voz que hemos utilizado siempre con ellos. Una voz, arriesgadamente íntima, que no nos sale con nadie más. Quizá intuimos que, en ese timbre, esa tonalidad, se esconde alguna verdad y confiamos en que, recobrándola a través de la escritura, podremos llegar a la muñeca rusa más pequeña de todas, la que se esconde tras las capas que nos hemos ido poniendo encima con los años.

Hablar de nuestros padres es también una manera de dejar de mostrar a los invitados el salón de nuestra casa para enseñarles el patio donde colgamos la ropa. Es mostrarnos en zapatillas de casa. Es abrir la puerta de un 5^{o} C o un 4^{o} D y compartir su olor, sus voces, el ruido de las cazuelas, del batir de huevos, el sonido de fondo del televisor... Es coger entre las manos esa foto de tu comunión que tus padres aún tienen sobre el mueble del salón, poner tu mano derecha sobre ella, como si fuera una Biblia, y proclamar: Juro decir la verdad y nada más que la verdad.

Hablar de nuestro padre, nuestra madre, nos lleva irremediablemente a ese espacio íntimo en el que encontramos lo que nos dijimos, pero, sobre todo, lo que nos dejamos sin decir. Y esos silencios familiares, todas las palabras no dichas a nuestros

padres, esas lagunas que tanto escuecen, sobrevuelan sobre la necesidad de escribir sobre ellos. Escribes de tu madre o de tu padre cuando el silencio familiar, al no haberse rectificado a tiempo, se ha convertido ya en cemento.

Se puede escribir sobre tus padres desde el ajuste de cuentas como hizo Kafka; o desde la libertad que se siente tras la muerte de una madre, como Mari Luz Esteban; desde el homenaje y la comprensión, como Elvira Lindo; desde un apego feroz, mezcla de odio y amor, como Vivian Gornick; desde la búsqueda de la mujer que se esconde tras la madre, como Annie Ernaux... Pero se escribe sobre todo desde la culpa. La culpa por no haberlos visto a pesar de haber estado a su lado todo el tiempo, por haber sepultado sus nombres bajo unos rígidos y pesados roles de madre y padre. En la mayoría de los casos ese sentimiento de culpa se acrecienta cuando miramos a la madre. Porque escribir sobre nuestra madre es también destapar la realidad de aquellas mujeres a las que en su cumpleaños se les regalaba una plancha.

Escribes sobre tu madre cuando, tras su muerte, abres su armario y sientes la necesidad de rellenar con un cuerpo de mujer esos cuellos y esas mangas que cuelgan de las perchas; de adivinar para quién se ponía el collar de perlas que encuentras en su joyero; de preguntarte si alguna vez estuvo enamorada de tu padre o deseó a algún otro hombre. Es buscar a la mujer, a la persona, bajo ese fantasma que cuelga tras la puerta de su habitación en forma de bata de casa.

No es casualidad que escribamos de nuestros padres, sobre todo, a partir de una edad, cuando mueren o cuando no los reconocemos en esos ojos empequeñecidos por la vejez. Creo que el desamparo que sentimos al ser conscientes de que ya no seremos más el niño o la niña al que cuidaban, que nadie nos va a cuidar nunca más así, es

precisamente otra de las grandes razones que nos lleva a escribir sobre ellos. Se escribe desde ese vacío, desde esa orfandad.

P

País

m. Territorio con características geográficas y culturales propias.

El cielo de mi país no es plano, lo engordan las nubes. No hay nada plano en mi país, se esconden muchos grises en cada nube. El cielo de mi país pesa mucho y donde más se nota es aquí, entre el cuello y la espalda. Las nubes, en mi país, siempre están preparadas para descargar sobre alguien. La tierra de mi país está plegada en miles de arrugas, y entre las sombras de los pliegues ha sobrevivido su lengua. En mi país los recién nacidos tienen voz de viejo. En mi país hay muchas palabras bajo la tierra. Muchas conversaciones han empezado en el cementerio en mi país.

Paisaje

m. Parte de un territorio que puede ser observada desde un determinado lugar.

Pasar por paisajes que fueron tuyos y buscarte en una vieja pisada. Mirar a los edificios, a las papeleras, a los bordillos; mirar a los árboles y esperar que las ramas, hoy desnudas, te pregunten ¿no te acuerdas de mí?

Pasar por paisajes que hoy huelen distinto y buscar entre arbustos el olor del que fue tu cuerpo. Y esperar. Esperar a que de un momento a otro alguien te llame por tu nombre.

Palabra

f. Unidad lingüística dotada de significado.

Quisiera palabras desnudas, con el sentido que tuvieron al ser usadas por primera vez. Quisiera palabras sin rebozar en harina y huevo, tan brillantes como peces recién salidos del agua. Quisiera pelotas que golpean fuerte contra la pared, producen eco y vuelven vivas.

Quisiera palabras salidas del estómago, sin edulcorar, con la verdad del orujo, bellas e incómodas al mismo tiempo, que generen paz e inquietud. Quisiera palabras que se conviertan en carne, palabras que, al igual que el viscoso recién nacido, estén sucias de vida antes de empezar a vivir.

Pañuelo

m. Pedazo de tela pequeño.

Lo que más añoras de todo no son las pagas del domingo, ni los dibujos animados, ni el escondite en el parque. Lo que más añoras de todo no es el salto a la piscina, ni los sudores en la cancha, ni merendar con margarina. Lo que más añoras de todo, lo que realmente echas en falta, es saber que siempre habrá alguien con un pañuelo mojado en saliva dispuesto a limpiar los restos de desayuno de tus labios.

Parar

tr. Detener e impedir el movimiento o acción de alguien.

Es que si paro y me concentro, lloro. Así me ha respondido una amiga cuando le he dicho que es hora de parar un poco, que la veo hiperactiva, sin dejar de correr, haciendo planes, organizando encuentros, si no está haciendo el cambio de ropa de invierno por la de verano, está buscando en internet sillas para la terraza, entreteniéndose con lo que puede, sin tiempo para pensar. Y resulta que ese es el objetivo, porque tal y como me ha confesado, si para y se concentra, llora.

Me han dado ganas de responderle que lo que tiene que hacer es concentrarse y llorar, porque ese estar escapándose de sí misma todo el tiempo no tiene buena meta. Y he pensado que mi amiga es como este mundo, que no para, que no quiere parar para no ver que está impulsando un modelo de desarrollo insostenible, que se está comiendo el planeta, que hace a la gente pobre cada vez más más

pobre, que nos conduce al consumismo sin límite como única opción de ocio... Y que cuando alguien le dice que pare, que piense sobre qué modelo de sociedad quiere construir, responde que no, que no para porque si para llora.

Tampoco mi amiga quiere verse desnuda ante todas las inercias que la llevan a hacer cosas que no le gustan, ante la imagen de en lo que se ha convertido su vida, que en nada se parece a lo que un día soñó. No lo quiere ver, y por eso gasta su tiempo buscando sillas para la terraza en internet. Aunque lo que realmente le gustaría llenar no es la terraza, sino su vida.

Pareja

f. Conjunto de dos personas que tienen entre sí alguna correlación o semejanza.

Los veo casi todas las mañanas, a primera hora. Salen los dos, hombre y mujer, al balcón, con albornoz y zapatillas de casa. Él saca el mechero y les da fuego a los cigarros que aprietan ambos entre sus labios. Y allí están, sin hablar, fumando cada uno su cigarrillo, mirando al infinito, abrochándose de vez en cuando el albornoz, porque a esa hora hace fresco.

La verdad es que, a primera vista, no es una imagen ideal, pero los vuelvo a mirar allí, juntos, disfrutando del primer cigarro de la mañana, y pienso en lo importante que es para una pareja tener gustos, vicios, intereses y deseos parecidos, tener ciertas afinidades en cuanto a los modos de vida. Porque es difícil mantener el equilibrio y el bienestar en una pareja si a una de las partes no le

gusta el alcohol y a la otra le encanta salir de vinos; cuando una es apasionada del monte y la otra prefiere las rabas del domingo; cuando una disfruta de los conciertos en directo y para la otra toda música es ruido; cuando una sueña con tener hijos y para la otra un cumpleaños infantil es lo más parecido al infierno.

La primera vez que los vi en el balcón, la estampa me pareció bastante lamentable, pero ahora pienso que quizá tenga diariamente frente a mí a la pareja perfecta y no me haya dado cuenta hasta hoy.

Pasado

m. Tiempo que pasó.

Hay caras que delatan una generación, una época. Y algunas de ellas están en este autobús urbano. En la parte trasera, un hombre delgado, ojeras, cráteres en la cara, lleva el flequillo peinado hacia delante para tapar las entradas. Está aviejado, parece más viejo de lo que es. En otro tiempo ese pelo estuvo rapado, incluso llegó a llevar cresta, pero cuando el caballo entró en su vida, se olvidó de su aspecto, de su vida terrenal y voló tan alto que no había quien lo alcanzara. Hoy, años después de haber dejado la heroína, mira por la ventana, con esa mirada de quien un día voló a un lugar tan colorido que todo lo que ve en la tierra le parece gris, naturaleza muerta.

Junto a la puerta, una mujer sujeta un cochecito de niño y mira por la ventana hacia ningún lugar. Tiene los labios pintados de rojo y el pelo corto. Viste de negro, y hay algo en ella que te lleva a

imaginártela hace veinte años en un concierto de los Toy Dolls, o en los retretes de algún bar esnifando *speed* y tarareando lo último de Fugazzi. Algo en su forma de cortarse el pelo o en el tinte tan negro con el que cubre sus primeras canas. Hoy no fuma ni toma alcohol, practica pilates y yoga y los fines de semana compra revistas sobre salud natural. La bolsa de plástico de un centro de dietética y productos ecológicos que lleva colgando del carrito se balancea con cada frenazo, pero su mirada sigue fija.

Sentada en uno de los asientos delanteros, hay una mujer vestida con zapatos de tacón y el pelo cardado en alguna peluquería *low-cost*. Puedo imaginarla hace veinte años con largas faldas hippies, alpargatas de colores y fumando hachís y hierba, moviendo la cabeza al ritmo de Bob Marley. Hoy intenta redimir todos aquellos años de zapato plano, pelo lacio y ausencia de maquillaje con sombra azul en los párpados y labios pintados de rosa. Pero esos pendientes de latón, de los que cuelgan pequeñas bolitas negras, la delatan.

«El pasado nunca muere, ni siquiera es pasado», escribió William Faulkner.

Pecado

m. Cosa que se aparta de lo recto y justo.

Has recordado el sabor del primer cigarro que probaste en tu vida, un Fortuna. Eran Navidades y junto con tu prima mayor (qué gran escuela es tener una prima mayor), aprovechando el despiste de los mayores cantando en la mesa, le robasteis un Fortuna a vuestra tía

más moderna, la única de las madres que fumaba. Os escapasteis al descansillo del último piso, junto a los camarotes, y allí sentiste por primera vez en tu vida la sensación del humo en tu boca y las toses al intentar tragarlo. Recuerdas los latidos, la emoción por estar haciendo algo prohibido.

Hace años que no haces nada prohibido. Ese tiempo corresponde ahora a tu hijo y tu hija adolescentes y tú te has convertido en una madre que les recuerda constantemente que no deben desobedecer las normas. Si supieran lo que hacías a su edad... Fumaste durante años sin que lo supieran en casa, o al menos eso crees tú. Ocultabas el paquete de tabaco en un hueco entre los buzones del portal antes de entrar a casa.

Tu hija ha cumplido diecisiete y ya sabes que fuma, aunque no te lo haya dicho. Hace un año comenzaste a registrar su bolso mientras se ducha y hoy has encontrado un paquete de Chesterfield. Has cogido el paquete entre las manos, lo has olido, y, de repente, algo ha vibrado en tu estómago.

Sin pensarlo, coges un cigarro, pasas por la cocina a por un mechero y sales al parque a sacar al perro, con el cigarro y el mechero escondidos en el puño. Allí, en un rincón tras un gran árbol, sacas el cigarro, lo enciendes y le das una calada profunda. El humo sale de entre tu sonrisa. Tus ojos se humedecen. No por el humo, ni por el placer de fumar, ni por el aroma del tabaco en tu boca, sino por la emoción de hacer algo prohibido, secreto, por la dulce picadura que provocan los pecados. Vuelves a casa, sonríes a tu imagen reflejada en el espejo de la entrada. Nadie más se ha dado cuenta. Solo ella y tú.

Pegatina

f. Adhesivo pequeño que lleva algo impreso.

Eres tu sangre y tus genes; una a y una be escritas sobre un pupitre; la maldita tabla del siete que nunca llegaste a memorizar; las uñas negras en los columpios; las palabras de tu madre al borde de la cama; una calada de cigarro a escondidas y una risa que termina en tos; eres una borrachera; un informe del trabajo; tu voz por teléfono cuando hablas en la oficina; tu voz por teléfono cuando hablas con tu madre; eres lo que dicen de ti tus amigos y amigas, tus enemigos, tus amigos-enemigos, tus enemigas-amigas; eres la imagen que tienes de ti; lo que nunca te atreviste a decir y lo que dijiste en su lugar, una carcajada en los autos de choque, una sonrisa tímida al recordar un sueño prohibido; eres los amantes que has tenido y los que soñaste. Eres todas esas pegatinas invisibles que llevas pegadas en el pecho.

Peligro

m. Riesgo inminente de que suceda algún mal.

Gente que comienza con un «voy a ser breve».

Pepita

f. Trozo rodado de oro u otros metales nativos.

Me crucé con quien fue mi profesor de autoescuela. Por supuesto, no me reconoció. No tiene que ser fácil acordarse de la cara de todas las personas a las que ha enseñado a conducir. Me crucé con él y pensé esta es la persona que me enseñó a conducir, y un pensamiento siguió a otro, en cascada, y pensé cuánta gente me ha enseñado tantas cosas en esta vida, cuánta gente ha aportado algo a la persona que hoy soy: alguien me enseñó a leer, alguien me enseñó a escribir, a vestirme, alguien me enseñó cómo dar los dos pasos para hacer una entrada a canasta en baloncesto, alguien me dijo cómo se hace una trenza, una resta, alguien me aconsejó, alguien me advirtió, alguien me contó su experiencia, alguien me hizo reflexionar... Tanta gente que ha andado cerca de mí y que ha ido metiendo pepitas de oro en mis bolsillos. Tanta gente a la que no recuerdo.

Pequeño

adj. Que tiene poco tamaño.

Paso todos los días en bicicleta, a primera hora de la mañana, cerca de un tanatorio. Y puedo asegurar que la vista te da cierta perspectiva para afrontar el día y los problemas cotidianos de otra manera. De repente, consciente de los latidos de mi corazón, y de que todos los días hay corazones que se rinden, todos mis problemas se vuelven más pequeños, más o menos como los coches que avanzan por la carretera cuando los ves desde un avión.

Perdón

m. Acción de perdonar.

Conozco muchas personas de más de cincuenta años que aún no saben qué quieren ser de mayores. Es como si la vida las hubiera pillado desprevenidas y se han ido adaptando a ella como han podido. Han cogido un tren, luego otro, muchas veces en el último segundo, cuando estaba a punto de partir, y se han montado sin tiempo a mirar cuál era su destino. Así han llegado a algún sitio que no saben muy bien si era al que querían llegar y algunos días, sobre todo los lluviosos, se preguntan: Pero ¿qué hago yo aquí?

Conozco muchas personas de más de cincuenta años que han ido improvisando durante décadas, probando aquí y allá, a ver qué pasa, sin una estrategia preestablecida, sin un plan, como cuando le das al futbolín a lo loco, haciendo girar a todos los muñecos a la vez, a ver si hay suerte. Y hay quien ha logrado marcar así goles, y hay quien se ha quedado siempre a las puertas de la victoria, esperando a que salga una nueva bolita blanca para hacer de nuevo el molinillo.

Conozco muchas personas de más de cincuenta años que no saben con seguridad si mantienen vivo algo de aquella niña o niño que un día fueron. A veces intentan recordar los sueños que tenían entonces, pero hay un cortafuegos, como el de los ordenadores, que les impide acceder a aquel mundo. Es una especie de autodefensa del cuerpo, un sistema de seguridad instintivo, que les impide recordar para evitar sentir que se han traicionado a sí mismos por no haber perseguido aquellas metas infantiles o juveniles con suficiente empeño.

Supongo que a partir de una edad todas y todos tenemos algo de esas personas. Porque, nos sintamos o no a gusto con nuestras vidas, todas nos preguntamos a veces qué hacemos aquí, todas

hemos llegado a sitios por pura suerte o azar, y todas miramos alguna vez a la niña o al niño que nos sonríe ilusionado desde una foto en blanco y negro y le pedimos perdón.

Perfección

f. Cualidad de perfecto.

La perfección es una losa inmóvil, un ente muerto, una figura sin vida. La perfección es solo una imagen que se proyecta en sueños y la vida no alcanza nunca. De las fisuras de la imperfección nace lo bello, nacen el arte, la personalidad, la magia, todo aquello que no se puede explicar con palabras y que, aunque sobrevuela nuestras vidas como el estribillo de una antigua canción, somos incapaces de alcanzar. De la imperfección nacen las personas irrepetibles, los gestos inolvidables, los caracteres únicos. La imperfección es el carácter, es el sello que nos hace personas únicas. La imperfección nos permite convertir el defecto en efecto.

Buscar fanáticamente la perfección es robar a las personas su mayor riqueza, querer destruir su exclusividad, atacar el centro mismo de su personalidad. Pretender que las personas sean parte de una marea homogénea de seres es una pesadilla que nos ataca hoy y aquí, y especialmente a las personas más jóvenes, desprotegidas en buena medida ante una dictadura de la uniformidad. Veo jóvenes que se derrumban ante el espejo al comprobar que no encajan en los estándares de belleza establecidos. Pero veo también personas adultas que se frustran porque sus criaturas no son las mejores de la clase como un día soñaron. Y veo personas que lanzan con rabia a la

cara de sus parejas los defectos que precisamente ven en su persona.

La perfección es un maniquí en un escaparate, una foto en un catálogo, una figura de cartón piedra. No huele, no tose, no tiene contradicciones, no se deteriora. Como cualquier figura sin vida, la perfección no tiene ninguna gracia.

Perla

f. Concreción nacarada formada en las conchas de moluscos.

Más abajo, sí, ahí, no, ahí no, más abajo, ahí tienes la perla, sí, casi estás; no, por ahí no, a la izquierda, no, un poco a la derecha, ¿la encuentras o qué? Ahí tienes la perla. ¿No oyes su latido? Está latiendo, estoy latiendo. No tienes que hacer mucho, tócala, acaríciala, lámela, lo que quieras, apunta mejor, yo voy a explotar, estoy preparada, gritaré así, así, varias veces, gritaré lo más fuerte que pueda para tapar, para olvidar, para borrar de mi mente de una vez los gritos de mi vecina, los golpes que se oirán contra la pared enseguida, cuando su marido llegue borracho a casa.

Peseta

f. Unidad monetaria de España entre 1869 y 2002.

Mi abuela decía que las palabras son muy baratas. Que es muy fácil decir cualquier cosa, y que, sin embargo, es muy difícil hacerla. Mi abuela decía que habría que pagar por utilizar algunas palabras, cinco pesetas por lo menos por cada palabra.

Pizarra

f. encerado

Ordorika, a la pizarra. Con esta frase, Ruper Ordorika recuerda muchas veces en sus conciertos el terrible momento en el que el maestro le hacía salir a la pizarra. Y precisamente porque era terrorífico para la mayoría, casi todas las personas hemos hecho alguna vez lo mismo: bajar la cabeza para que la mirada del profesor no coincidiera con la nuestra, intentar pasar desapercibidas.

Bajar la cabeza para pasar desapercibidos. Me parece que también hoy seguimos haciendo lo mismo que hacíamos de niñas y niños en la escuela. Si vemos a alguien pedir dinero en la calle, evitamos su mirada, porque no queremos sentirnos culpables de su situación; cuando sabemos que alguien ha sufrido una profunda depresión, muchas veces, en vez de ofrecerle ayuda, nos alejamos porque no sabemos cómo tratarle; cuando las cosas no van bien en una relación, evitamos conversaciones profundas y avanzamos como si no hubiera problemas, temerosos de ver reflejado en la mirada del otro el fracaso de la relación.

Han pasado muchos años desde aquellos tiempos de escuela en que nos daba tanto miedo salir a la pizarra, pero las cosas no han cambiado tanto desde entonces. La cobardía, el miedo o el egoísmo

siguen provocando miradas huidizas. No hay más que ver qué pasa cuando en las reuniones de padres y madres en el colegio preguntan quién quiere ser responsable de clase. Todas y todos bajamos la cabeza por miedo a oír nuestro nombre. ¿O no?

Placer

m. Goce o disfrute físico o espiritual.

Leer mientras escuchas las gotas de lluvia tras la ventana. Respirar profundo después de un ataque de risa. Escuchar el crujido de la nieve al pisarla. Colgar la colada blanca. El aroma de una noche de verano. El olor a café recién hecho. Sol y viento en la cara. Viento y sol en la cara. En la cara, sol y viento.

Plano

adj. Llano, liso, sin relieves.

Queremos certidumbres en todos los ámbitos, también en las relaciones personales. Queremos saber si con una persona nos va a ir bien, si no nos va a defraudar, si vamos a seguir queriendo estar con ella en el futuro, si estamos eligiendo bien... Queremos certidumbres, pero son tan imposibles como querer saber cómo nos vamos a sentir en una casa cuando la estamos comprando sobre un plano. Imposible saber si ese ventanal que aparece en la simulación

va a ser realmente así, si ese salón tendrá el zen que aparenta tener, si la sensación al entrar por primera vez va a ser buena... Y sin embargo no tenemos más remedio que hacerlo así, tenemos que tomar la decisión sin haber entrado a esa casa nunca.

Apostar por una relación siempre va a ser un misterio, una apuesta, un riesgo. Es un acto de fe. Es comprarte una casa sobre plano.

Poesía

f. Manifestación de la belleza por medio de la palabra.

Me dice un amigo que él no entiende la poesía. Le pregunto si entiende el sabor de las fresas. La poesía la entendemos con los sentidos, es una comprensión que no busca con ansiedad una solución, sino un sentido. Pero, aun así, para poder captar todo lo que nos da un poema, necesitamos una preparación, unas lecturas previas. En una de sus últimas entrevistas antes de fallecer, Joan Margarit explicaba que si algo funciona en la poesía es la verdad y que la verdad es de muy difícil acceso porque «te ha de coger leído». Y nos invitaba a ir fabricando desde ya «una vejez potente» a través de la lectura, para poder acceder un día sin límites a la poesía. Porque, en su opinión, la poesía es para el ser humano un consuelo en su soledad, y, en algunos casos, puede incluso llegar a ser una salvación.

Margarit decía algo más en la entrevista. Aseguraba que «hacer un poema es mucho más difícil que morirse. Un poema no lo puede

hacer todo el mundo. Morirse está al alcance de todos».

Polvo

m. Conjunto de partículas que flotan en el aire y se posan en los objetos.

La vida, los años, nos van dejando capas de polvo sobre la espalda, los hombros, la cabeza, como van dejando capas en los armarios o en los lomos de los libros de nuestra casa. A veces, llegados a una edad, sentimos que nos hemos quedado desfasados, anticuados, como un papel pintado pasado de moda, porque no entendemos una nueva jerga que utiliza nuestro sobrino, o no conocemos a un grupo que viene a tocar a la ciudad (en serio, ¿no los conoces?, te preguntan), o no encontramos en nuestro interior la fuerza y la pasión que nos hacían movernos constantemente y nos hacían buscar, buscar algo por encima de todo, sin saber qué, cuando éramos más jóvenes. A veces sentimos que nuestros pies se han disfrazado de zapatillas de casa, de las de felpa, que ya no son capaces de transitar nuevos caminos, que nuestros días van a transcurrir siempre por las mismas calles, las mismas rutinas, las mismas alegrías y penas cotidianas.

Y, sin embargo, puede pasar, a veces ocurre, que llegue un día en que pase algo que lo trastoque todo. El detonante puede ser distinto: un rencuentro con alguien que fue importante en tu vida; la superación de una enfermedad; un cambio de domicilio, de trabajo; un viaje; una nueva relación... De distintas maneras y por distintas razones encontramos de repente un estímulo, sentimos que hemos

pulsado un interruptor del que nos habíamos olvidado, y ese estímulo provoca que nos sacudamos como se sacude un perro cuando sale del agua, salpiquemos todo lo que nos rodea, y nos demos cuenta de que ese polvo que se había depositado sobre nuestro cuerpo no estaba ahí para siempre, solo nos habíamos acostumbrado a él, solo lo habíamos confundido con nuestra piel. De repente, estamos vivos de nuevo, como esos personajes de los libros de la estantería que, a pesar de estar cubiertos de polvo, siguen con vida ahí adentro.

Producto

m. Cosa producida.

El amor huele a lejía, a cocido, a ropa colgada en el patio. El amor huele a jarabe, a crema de manos, a colonia de domingo. El amor huele a ropa de casa, a café con achicoria, a alcanfor de armario. Según las estadísticas, por lo menos el 85 por ciento del producto muy interior bruto se produce en casa.

Profesional

adj. Perteneciente o relativo a la profesión.

Un psicólogo, una terapeuta, una osteópata, un naturista, un profesor de yoga, una masajista, un acupuntor, un curandero, una

traumatóloga, un quiropráctico, un biólogo, una homeópata, una fisioterapeuta, un médico de familia, un podólogo, un fontanero, qué sé yo, ya habrá en algún sitio alguien, algún profesional, que pueda arreglar lo mío, ¿no?

Puerta

f. Agujero o abertura que sirve para entrar y salir por él.

A veces sientes que entras a los sitios por la puerta grande. Otras, te imaginas entrando por la puerta pequeña del Imaginarium.

Puntuación

f. Conjunto de los signos ortográficos utilizados para puntuar.

He leído que el punto y coma tiene los días contados. Parece ser que las personas que escriben desde un teclado no necesitan ya el punto y coma, que está en desuso. Y, sin embargo, cotizan al alza las exclamaciones e interrogaciones repetidas, una detrás de otra, como si con una sola exclamación no fuera suficiente para imprimir fuerza o vehemencia a nuestro mensaje.

Vivimos en un mundo que grita más que habla y eso también se traslada a nuestra escritura. Esta sobreproducción de exclamaciones,

que más que exclamaciones parecen espadas alzadas en son de guerra, se une además a la manía de escribir en mayúsculas, como si así nos fueran a hacer más caso.

Vivimos en el mundo de lo inmediato, y el punto y coma parece retardar nuestro mensaje, nos impacientamos, y por eso dejamos de usarlo; un mundo en el que cada vez hay menos lugar para mostrar la complejidad, un mundo de respuestas tajantes, de finales de frase que terminan con un «y punto».

Leo una frase de la doctora en Filología Románica Paz Battaner, en la que describe este signo en peligro de extinción como «un pequeño instrumento de precisión que sirve para ordenar el discurso escrito con más finura que la vulgar coma o que el tajante punto». Recuerdo también un artículo de Anjel Lertxundi en el que advertía de que el punto y coma está a punto de ahogarse «entre la larga pausa del punto y el breve aliento de la coma».

Estamos olvidando el punto y coma al tiempo que olvidamos los matices, el tono, la riqueza expresiva. Y, mientras tanto, el punto y coma está ahí, esperando a cumplir su función, aunque se resigne a que lo usemos para dibujar el ojo guiñado de un emoticono.

Puzle

m. rompecabezas.

Borra lo que he dicho. Él terminaba muchas veces las frases así, como queriendo deshacer al instante lo que acababa de construir con las palabras. Como si fuera posible borrar las palabras una vez dichas. A ella se lo dijo muchas veces. Que borrara aquellas

«palabras cursis» que se le escaparon un día y con las que se sintió desnudo y vulnerable, o que borrara aquellas otras horribles palabras que un día salieron como serpientes venenosas de su boca cuando tuvo aquel ataque de ira y celos. Bórralas, le insistía, y ella le respondía que sí, que no fuera pesado, que ya las había olvidado.

Pero las palabras, una vez dichas, nos persiguen, sobrevuelan nuestras cabezas como buitres, esperando el mejor momento para volver a clavar sus garras y sus picos en nuestra piel desnuda. A veces su recuerdo nos inyecta gasolina en las venas y barniza con miel nuestra garganta. Pero otras veces, las palabras que un día fueron dichas nos atacan como un enjambre de abejas y no nos dejan ver más allá de un borrón negro en el aire, que nos ciega y nos envenena.

Las palabras que decimos en la vida van formando uno de esos grandes puzles de mil piezas que hay a quien le gusta encolar y colgar enmarcados en las paredes de su casa. Solo que en este puzle no vemos paisajes idílicos de Canadá, ni panorámicas de Nueva York, sino nuestro propio reflejo, porque si somos algo, somos las palabras que hemos dicho y las que hemos callado. Por eso a veces al puzle le falta alguna pieza, que queda perdida bajo el sofá o la alfombra.

Borra lo que he dicho, le decía él, y ella que sí, que no fuera pesado, que estaba olvidado, a pesar de que llevaba sus palabras encoladas en su pecho como un puzle de mil piezas.

Q

Qué

pron. interrog. n. Pregunta por la identidad de una o varias cosas.

Qué te mantiene de pie.

Quemar

tr. Destruir algo o a alguien con fuego.

Se llama «política de tierra quemada» a la táctica militar que consiste en destruir absolutamente todo lo que pueda ser de utilidad al enemigo cuando una fuerza avanza a través de un territorio o se retira de él. El origen histórico de la locución proviene de la práctica de quemar los campos de cereales durante las guerras y conflictos en la Antigüedad.

Pero esta táctica es también muy usada fuera de los conflictos bélicos y, en concreto, en el terreno de las relaciones personales. Entre las muchas clasificaciones que se pueden hacer de las

personas, creo que hay dos tipos en lo que se refiere a cómo gestionan sus relaciones: las personas que queman amistades, por un lado, y las que las ganan, por otro. Hay quien quema personas allá por donde pasa y hay quien las va ganando.

Es cierto que a veces ganamos amistades y otras las perdemos, pero no es menos cierto que hay personas con clara tendencia a dejar un hilo de contacto con quien se ha ido relacionando en la vida y, por el contrario, hay otras que acaban quemando a la gente con la que se relacionan y cerrando cualquier vía de comunicación, igual que en las guerras se destruyen puentes. Se trata generalmente de personas con un gran sentido de la individualidad, que ven sus relaciones como un instrumento para conseguir algún objetivo o satisfacción y que una vez logrado no necesitan más.

El mayor general William Sherman se hizo conocido por la célebre «Marcha de Sherman hacia el mar» en la guerra civil de Estados Unidos en la que destruyó sin piedad a su paso ferrocarriles, industrias, canales y plantaciones. Pasó a la historia por su práctica de tierra quemada. Pienso en la gente que exprime a otras personas para conseguir sus objetivos y luego las abandona. Consiguen lo que quieren, sí, pero en verdad tiene que ser triste pasar así a la historia, llegar al final de tus días, mirar atrás y no ver a nadie. Solo un campo arrasado.

Quiniela

f. Apuesta en la que se pronostican los resultados de los partidos de fútbol.

Era un fenómeno jugando a las máquinas de petacos. Cuántas horas pasasteis juntos de jóvenes jugando a las máquinas de los bares. Partidas compartidas, una bola tú, otra yo. Hoy te lo has encontrado también en un bar, con los codos sobre la barra, leyendo el periódico mientras tomaba el café de la mañana. Lo has reconocido por la voz, cuando le ha pedido que le cobre al camarero.

Os saludáis, empezáis a hablar y te fijas en que tiene el periódico abierto en la página de las esquelas. Cuando se da cuenta de que miras el periódico, te confiesa que le gusta ver cada día la «quiniela de la vida», que echar una miradita a las esquelas cada mañana le ayuda a ver la vida desde otro punto de vista. Te aclara que no está obsesionado con la muerte, pero que ver la «quiniela» de la mañana le da fuerza para seguir en la pelea. Porque, dice, la pelea le da sentido a la vida, pelear por algo: por sacar adelante a una familia, por conseguir un puesto de trabajo, por que la persona que amas esté contigo... La palabra *pelea* ha encendido en sus ojos un brillo especial, como el de las bombillas de la máquina de petacos que sobresale tras su espalda.

Cuando, tras despediros, se va, coges el periódico que ha dejado sobre la barra. Y justo cuando llegas a la página de las esquelas, suena a tu espalda, plimp. El sonido proviene de la máquina de petacos. Y te das cuenta entonces de que sí, que mirar las esquelas te cambia el punto de vista, como te ha dicho tu amigo, porque ahora mismo acabas de darte cuenta de que la vida te ha ofrecido hoy un *extra ball*. Un día más.

Cierras el periódico y sales del bar remangándote, listo para jugar.

R

Raíz

f. Órgano de las plantas que crece generalmente en dirección inversa al tallo.

Raíces que son tus manos. Dedos que salen con esfuerzo de la tierra buscando una frente, una mejilla, un brazo, una espalda que acariciar. Como en la época en que fui tu niña.

Raro

adj. Extraordinario, poco común o frecuente.

Escucho *Los días raros* de Vetusta Morla justamente en un día de esos, un día raro. Hay días en los que por una razón u otra nos vemos en la obligación de salir de nuestra rutina. En mi caso ha sido la muerte de mi madre la que me ha sacado del carril diario. Y, así, en un día en el que estaría entretenida con mis obligaciones, con mis pequeños o grandes problemas, de repente, me encuentro con la vida desnuda frente a mí.

Al salirnos de nuestra rutina desaparece el disfraz de la vida y nos la encontramos de frente, limpia, enfocada, despojada de esa especie de *sfumato* que crean en torno a ella nuestros entretenimientos diarios. Cuando el eje de nuestra vida cambia, bien sea por la muerte de alguien querido, por una enfermedad, o por cualquier cambio drástico, se producen momentos de claridad, de lucidez. Es un regalo que nos da la vida para que podamos volver a ordenarla sobre otros ejes, otros centros de gravedad. Una claridad que nos enseña que, a pesar del dolor, la vida tiene mucho para darnos aún. Que, como canta Vetusta Morla, nos quedan muchos más regalos por abrir y monedas que al girar descubrirán su perfil.

Realidad

f. Existencia real y efectiva de algo.

Una ventana entreabierta. Un poco de viento la abre, alzando las finas cortinas como si fuesen humo. Y de repente, el aire del exterior y el del interior de la casa se entremezclan. No hay quien distinga un ambiente del otro. Respiras ambos como si fuesen uno. Ya se han convertido en uno, en realidad. Como el aire, así se mezclan en nuestras vidas realidad y ficción, lo que vivimos por fuera y lo que experimentamos en nuestro interior. Somos ambas cosas, lo que hacemos y lo que soñamos. Y, sin embargo, solo le otorgamos el título de real a lo que hacemos, lo tangible, lo que podemos tocar.

No creo que sea más real lo que nos pasa que lo que pensamos o deseamos. La realidad ocurre y tiene a su favor que puede tocarse con las manos como se toca un tenedor o un secador de pelo. A los

deseos, sin embargo, es difícil alcanzarlos con las manos, pero, por esa misma razón, son también más difíciles de destruir. Los sueños son como notas de piano que la realidad, con su ruido, sus gritos y sus voces, puede convertir en inaudibles. Pero nadie puede impedir que, a pesar de ello, esas notas sigan sonando en nuestro interior, recordándonos que la realidad no es lo mismo que la verdad. Verdad es los sueños mientras duran. Y algunos pueden durar toda una vida. Solo hace falta que sople un poco de viento de vez en cuando para que la ventana se abra y los deje respirar.

Rearme

m. Acción y efecto de rearmar.

Sara está viendo las noticias: Ursula von der Leyen habla del rearme de Europa. Ante el desencuentro con los Estados Unidos de Trump y el momento geopolítico convulso, Europa necesita rearmarse, dice. Como yo, se le ha escapado sin querer. Y es que Sara, que acaba de salir de una relación sentimental que la ha dejado hundida, ha recordado las palabras de una amiga: Sara, tienes que rearmarte.

La relación de la que ha salido se ha mantenido en el tiempo gracias a ella, asumiendo, como tantas otras mujeres, que el trabajo emocional le corresponde a ella; que, como nos advierte la antropóloga Mari Luz Esteban, «el amor depende fundamentalmente del esfuerzo de las mujeres». Así, ella lo ha dado todo, se ha amoldado a él, le ha perdonado, le ha permitido. Se ha olvidado incluso de sí misma por complacerlo. Se ha diluido en la relación. Se ha hecho a su medida. Hasta que él ha desaparecido.

Días antes, mientras veía las imágenes en las que Trump intentaba humillar a Zelenski, también le salió de dentro: Como a mí. Y es que Sara ha tenido que aguantar silencios, enfados, desprecios y humillaciones. Sospechaba que su pareja mantenía una relación secreta con otra mujer conocida por ambos. Nunca le dijo nada por miedo a dinamitar la relación. Aguantó.

Pero gracias a sus amigas, Sara siente hoy que ha llegado el tiempo de rearmarse. Porque se ha dado cuenta de que el amor, tal y como nos lo han enseñado a las mujeres, ha sido también un arma de guerra contra nosotras. Menos mal que tiene amigas. Porque el amor es ciego, pero las amigas no. Y ellas le han enseñado que también hay que rearmarse en lo más íntimo. Porque los campos de batalla contra las mujeres siguen estando, en la mayoría de los casos, más que en la calle, dentro de las casas, las cocinas, los dormitorios y las camas.

Rebaja

f. Acción y efecto de rebajar.

Cuando tu buzón de entrada contiene más publicidad de productos que mensajes de amigos o amigas; cuando el primer mensaje de felicitación de Año Nuevo que te llega al WhatsApp no es de un familiar, sino de una compañía telefónica que te agradece otro año tu fidelidad; cuando lo más excitante que te ocurre en la vida lo logras a través de una tarjeta de crédito...

Cuando hace mucho tiempo que no has llorado de risa con alguien por una tontería; cuando no recuerdas la última vez que diste un

abrazo fuerte, de esos que se prolongan durante unos segundos y parecen sincronizar latidos; cuando en lugar de despertarte con las ganas de besar a alguien, lo haces con rencor hacia alguna persona...

Cuando empiezas a decirte frases como «a mí lo que piensen los demás me resbala»; cuando el éxito de un amigo en lugar de hacerte feliz te corroe; cuando no realizas ningún esfuerzo en grupo, nada con un objetivo colectivo; cuando nunca te ríes de ti mismo; cuando empiezas a pensar que nadie a tu alrededor está a tu altura, que tú merecías algo mejor; cuando ya no pides perdón a nadie.

Cuando te ocurra todo esto, quizá resulte que te estás quedando solo precisamente porque tu único proyecto en la vida eres tú mismo o tú misma, porque no has cuidado a nadie de tu alrededor en los últimos tiempos, no te has interesado por nadie más que por ti y has entendido que cuidarte es hacer tus compras, tu deporte, tu meditación... Quizá has entendido mal eso de que cada persona debe cultivar su pequeño huerto, porque, siendo ello importante, también lo es vigilar que los huertos que le rodean no se inunden o no los invadan las malas hierbas. De no ser así, es normal que en lugar de despertarte con una llamada de alguien que quiere verte, lo hagas con un mensaje de un centro comercial que te recuerda que mañana comienzan las rebajas. Quizá las rebajas ya empezaron hace tiempo en tu vida.

Recuerdo

m. Memoria que se hace o aviso que se da de algo pasado o de que ya se habló.

No recuerdo tus palabras ese día, qué me dijiste, qué te dije al encontrarnos. Seguramente, nos preguntamos «cómo estás» sin esperanza de recibir verdades en la respuesta. Seguramente hablamos de nuestros trabajos o de nuestra salud: ¿Cómo vas de lo tuyo? No recuerdo la fecha ni dónde nos encontramos, ni a dónde iba ni de dónde venía. No recuerdo los titulares de los periódicos ni por dónde sangraban aquel día. No recuerdo si tenías barba o te habías librado para entonces de esa moda.

Solo recuerdo una cosa: que pasaste tu mano por mi hombro desnudo. Desde entonces es el viento sur quien me ordena qué recordar y qué no.

Redera

m. y f. Persona que hace redes.

Personas que insisten una y otra vez en tejer redes entre las personas, en mantener los lazos, en reunir, en no perder contacto con nadie. Son la amiga que se encarga siempre de reunir a la cuadrilla, el compañero de trabajo que propone hacer una comida y se encarga de encontrar restaurante, la compañera que te anima el viernes a cerrar la semana tomando algo, la prima que se encarga de convocar a toda la familia a un encuentro que quedará para el recuerdo. Son el equipo de mantenimiento de la amistad y el amor, tienen siempre el buzo puesto.

Regalo

m. Dádiva que se hace voluntariamente o por costumbre.

Cuando supe de la muerte de Milan Kundera, busqué sus obras entre mis libros. Entre otras, encontré *El arte de la novela* con muchos de sus párrafos subrayados en algún momento de mi vida. Pero, entre sus páginas, encontré algo más: una cuenta de un restaurante de Donostia fechada en julio de 2003. Me gusta guardar en los libros recuerdos de momentos felices y aquella cuenta, ya amarillenta, me trajo a la memoria uno memorable, una comida que compartí con Xabier Rekalde, un gran crítico de jazz y, sobre todo, un gran amigo.

Kundera me trajo así el recuerdo de Rekalde, como me lo trae siempre la temporada de festivales de jazz, el único momento del año en el que nos veíamos hasta que murió en un accidente de tráfico en 2006. Recuerdo muchas cosas de él, cómo criticaba la música vacía y el virtuosismo estéril, y cómo se estremecía ante la música escrita con el alma, como la de su admirado Miles Davis, o la de John Coltrane o Wayne Shorter, entre otros. Y lo recuerdo también contándome un día que le habían robado la mochila y mostrándose «hecho polvo» no porque se habían llevado sus documentos, ni su dinero, sino porque le habían dejado sin la libreta en la que escribía sus poemas.

Y es que Xabier era consciente de las cosas importantes, de las que perduran en el tiempo como las palabras, la música, la amistad. Consciente de que todo lo demás solo son cosas. Xabier se fue, pero nos dejó sus palabras, como nos las ha dejado Kundera, como la música que nos ha dejado Miles. Algo que perdura en el tiempo, como el espíritu de la novela que se describe en uno de los párrafos que un día subrayé. Por eso me gusta regalar a las personas que

quiero que perduren en mi vida un libro o un disco, porque siento que con la música y las letras se puede superar la distancia, incluso la muerte. Que podemos seguir encontrándonos entre melodías y párrafos, como encontramos recuerdos que un día guardamos entre las páginas de un libro.

Reír

tr. Celebrar con risa algo.

¿Hace cuánto que no ríes a carcajadas? ¿Que no lloras de risa? ¿Hace cuánto que no te duelen las mandíbulas de tanto reír? Empieza a contar hacia atrás.

Reloj

m. Instrumento que sirve para medir el tiempo.

Hace poco me regalaron el que fue el reloj de mi padre, su reloj de toda la vida, el que siempre le hemos conocido y al que veíamos cómo daba cuerda todas las mañanas. Lo he colocado sobre una estantería del salón. Desde allí vigila nuestra vida cotidiana. Últimamente siento su presencia de una manera más intensa, no solo por razones sentimentales, sino porque ver el reloj me hace pensar en el tiempo. Es como si el reloj de mi padre me estuviese mandando ondas para calmar mi frenético ritmo. Desde que el reloj

está en casa, siento que he empezado a hacer las cosas de otra manera, con más sosiego.

Colgar la ropa, por ejemplo. Algo que siempre hago corriendo y a toda prisa, de repente he empezado a hacerlo con una cadencia que es extraña en mí. Es como si quisiera ofrecerle su pequeña ceremonia y me pienso dónde colocar cada pieza, qué delante, qué detrás. Cómo queda mejor.

El reloj de mi padre ha traído a mi casa un tempo diferente, quizá el de la época en que mi padre llevaba ese reloj. Y he recordado una foto antigua en la que aparece, con unos veinte años, junto a otros jóvenes, sentado en el muelle de Lekeitio mirando al mar, sin hacer nada especial, solo mirando. Parecen en paz con el tiempo, reconciliados con él.

Siento que en aquella época el tiempo era un aliado, un amigo, un compañero. Hoy, sin embargo, es un rival, una amenaza, una angustiosa cuenta atrás.

Vuelvo a mirar el reloj de mi padre. Las agujas están detenidas en las doce y cinco minutos. Intento imaginar el momento exacto en el que se paró el reloj. Me gustaría ponerlo en marcha de nuevo para empezar a contar el tiempo de vivir, en lugar de vivir para contar el tiempo.

Retener

tr. Conservar en la memoria algo.

Esa edad en la que ya no retienes nada más que líquidos.

Revelar

tr. Hacer visible la imagen impresa en película fotográfica.

Cuántos carretes se quedaron sin revelar.

Ristra

f. coloq. Conjunto de ciertas cosas colocadas una tras otra.

Ya lo advertía Julio Cortázar: si te regalan un reloj, no te regalan únicamente ese artilugio que te atarás a la muñeca y pasearás contigo. Te regalan, sin saberlo, un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo; te regalan la necesidad de darle cuerda todos los días para que siga siendo un reloj; te regalan el miedo de perderlo, de que te lo roben, de que se te caiga al suelo y se rompa... Hay regalos que acaban pesando, e igualmente hay logros y sueños que traen consigo una carga añadida que generalmente no solemos intuir cuando los añoramos. Cada regalo, cada logro, cada relación, lleva consigo una ristra de añadidos que terminamos arrastrando como esas latas que se ataban antiguamente a la trasera del coche de los recién casados.

Robar

tr. Quitar con violencia o con fuerza lo ajeno.

Cuando te roban el corazón, ¿se lo quedan? ¿Qué hacen con él?

Robot

m. Máquina programable capaz de realizar diversas operaciones.

Salimos del médico y mi hija me pregunta cuál es el verdadero objetivo de que la hayan auscultado: ¿Lo hacen para comprobar que no eres un robot? Le respondo que no lo había pensado nunca, pero que igual tiene razón y es la manera de ir controlando que no se infiltren entre la ciudadanía robots creados por inteligencia artificial. Y nos vamos para casa las dos, mirando sospechosamente a las personas con las que nos cruzamos. ¿Será humano? ¿Será un robot?

Rosa

adj. Dicho de un color: Rojo muy pálido.

Te dijo que odiaba el rosa. Fue al poco de conoceros, el día en que te enamoraste de ella. Te dijo que ni a ti ni a ella os debería gustar

el rosa, porque a ambas os obligaron a vestiros de rosa de pequeñas, sin más opción, por haber nacido mujeres.

Te dijo que el rosa es un color pálido, débil y, además, sucio: es un sujetador blanco tras lavarlo con una camiseta roja; unas bragas manchadas por la regla y recién aclaradas en el lavabo. Te dijo que el rosa no es un color, sino turbiedad, una mancha, algo que no es limpio. Y que por eso nos lo imponen a las mujeres, para que una vez al mes recordemos nuestro lado más impuro.

Aquel día, al poco de conoceros, el día en que te enamoraste de ella, no supiste qué decir, no fuiste capaz de contarle que a ti, a pesar de todo, te gusta el rosa, porque para ti es el color de la piel de un recién nacido; el olor a chicle de fresa en la boca de una adolescente; el color de las caras en los dibujos infantiles; el abrazo a una amiga en la estación; la carne húmeda del umbral del deseo; el color cálido de la palma de tus manos después de acariciar su cintura, los hoyuelos en sus mejillas cuando te saluda desde lejos.

Para ti el rosa guarda toda esa belleza, esa fuerza, esa verdad. Aquel día no te atreviste a decírselo, pero hoy, una vez que se han fundido vuestros cuerpos de mujer bajo estas sábanas, se lo dirás todo en cuanto vuelva de la ducha. En cuanto veas entrar en la habitación su cuerpo desnudo, que parece pintado con plastidecor rosa.

Ruido

m. Sonido inarticulado, por lo general desagradable.

No, no son los años los que delatan nuestra edad, son los ruidos. La capacidad que podemos llegar a desarrollar de emitir sonidos inconscientemente y de una manera constante a lo largo del día: quejidos, lamentos, suspiros, ronquidos, rechinar de dientes, pensamientos en voz alta, gemidos... Es como si el cuerpo quisiera hacerse notar después de muchos años en los que lo hemos llevado encima como se lleva una camisola de seda, sin sentirlo apenas. Ahora, sin embargo, lo tenemos presente y cada vez que nos sentamos en una silla suspiramos como si estuviésemos programados para ello; cuando nos levantamos, resoplamos; cuando subimos a un cuarto piso sin ascensor, en el tercero se nos escapa un «ay»; si nos paramos a hablar con alguien en la calle nos llevamos las manos a la espalda y emitimos leves gemidos mientras nos masajeamos los doloridos riñones; cuando nos sentamos frente al periódico acabamos leyendo en alto los titulares; y al fin, al llegar a casa después de una larga y dura jornada, nos tiramos en el sofá, frente al televisor, y sin darnos cuenta contestamos al personaje político de turno que habla en las noticias o ronroneamos como un gato mientras vemos una película. Lo que viene después, ya por la noche, es lo que algunos llaman «respiraciones fuertes».

Rutina

f. Costumbre de hacer las cosas de manera más o menos automática.

La furgoneta blanca se ha detenido en la puerta de la escuela, con los intermitentes encendidos. Sale de allí un hombre con un gran

saco lleno de barras de pan. Son las ocho de la mañana. Lleva todos los días a esa hora el pan al comedor escolar. Junto a la furgoneta, una chica pasa en bicicleta camino del trabajo, una señora corre camino de la guardería con su nieta en brazos, un conductor de un autobús parado en el semáforo escucha las noticias en la radio mientras mira a la furgoneta blanca parada frente al colegio.

La rutina lo envuelve todo. Ese día alguien ha perdido a su padre en una habitación blanca del hospital, o se ha enamorado locamente, o descubre que padece una grave enfermedad, o tras mucho tiempo en paro, encuentra trabajo. Pero mientras suceden todas esas cosas tan importantes en la vida de cada persona, el mundo no se detiene, la rutina avanza como una piedra cuesta abajo.

La rutina nos lleva a caballo. Es un anestésico, nos mete la jeringa y nos relaja el alma. El conductor de autobús ha escuchado en la radio que las bombas siguen cayendo sobre Gaza; que dos turistas han sido violadas en la India; que una mujer ha sido asesinada por su marido; que dos familias han sido desahuciadas por no poder hacer frente a la hipoteca... Todo lo que le cuenta la radio es como para parar el mundo y bajarse de él, como decía Mafalda, pero el conductor, parado ante el semáforo en rojo, mira los intermitentes de la furgoneta blanca que tiene delante de él, mira a la chica que pasa por allí en bicicleta como cada mañana, a la abuela que corre con su nieta... Lo cotidiano es el medallón que el hipnotizador mueve de un lado a otro. Nos salva y nos ciega al mismo tiempo.

S

Sábana

f. Pieza de algodón u otro tejido para cubrir la cama.

Vivís en el mismo barrio. Por las mañanas, miras a su balcón y buscas en las sábanas tendidas la silueta de su cuerpo desnudo.

Saber

tr. Tener habilidad o capacidad para hacer algo.

«Y usted, señora, ¿qué prefiere, tomarse el medicamento en pastilla o le recetamos uno para disolver en agua?» La mujer no sabe qué responder al médico. «No sé, ustedes sabrán. Yo no sé nada.» Mira a su hija, que ha dormido esta noche en el hospital junto a ella, para que le ayude a responder, pero la hija lo único que hace es repetir la pregunta del médico: «Ama, que si prefieres el medicamento en agua o en pastilla». Sigue sin saber qué responder: «Ustedes sabrán qué es mejor, ustedes son los médicos, yo no entiendo».

Escucho la conversación desde la cama de al lado y me quedo con el «yo no sé nada», y con el «yo no entiendo» de la mujer, a la que le tiemblan las manos, nerviosa ante el médico. Intento entender su bloqueo y pienso en dos razones. Una, la mujer no está acostumbrada a que le pregunten qué prefiere, qué quiere. Es ella, como otras tantas mujeres de su generación, la que siempre ha preguntado a los demás qué quieren, y no al revés. Y dos, la mujer considera que «no sabe nada», porque a lo largo de su vida nadie le ha dicho ni le ha reconocido todo lo que sabe.

Sin embargo, la mujer sabe mucho, sobre todo de lo que es fundamental para la vida: sabe cuidar a las personas como si fuera la mejor doctora, sabe gestionar una casa con la profesionalidad de una gestoría, llevar las cuentas como una gran economista, escuchar, acompañar y aconsejar como una psiquiatra, reestructurar habitaciones como la mejor diseñadora y arreglar ropa como una modista... Y, sin embargo, está ahí, sintiendo que no sabe nada, esperando, como una niña, que decidan las personas que saben.

Señal

f. Indicio o muestra inmaterial de algo.

El cielo me quería decir algo esta mañana.

Siempre

adv. En todo o en cualquier tiempo.

En una vida tan cambiante e inestable, hacer listas nos da seguridad, nos sirve para sentir que podemos ordenar el caos de la vida. Las listas pueden ser variadas, pero algunas son más especiales que otras. Una verdaderamente especial es la que Felice Schragenheim escribió a Lilly Wust. Felice era una joven periodista judía y Lilly un ama de casa alemana, madre de cuatro hijos y casada con un oficial nazi. Se conocieron en Berlín en 1942, en plena Segunda Guerra Mundial, se enamoraron y mantuvieron una apasionada y prohibida relación. La vida de ambas mujeres se cuenta en el libro *Aimée & Jaguar* de Erica Fischer. También en la película del mismo nombre y en el documental *Love Story: Berlin 1942*. Felice escribió una lista de diez puntos y la llamó «Convenio de amor». El primer punto dice: «Siempre te amaré». Leer ese primer punto resulta bello pero duele al mismo tiempo, porque podemos enumerar nuestros deseos, pero sabemos bien que no hay amor que pueda caber en una lista.

Siesta

f. Sueño que se toma después de comer.

Las tres de la tarde en el campanario y el domingo se paraliza en el pequeño pueblo. El viento se lleva a rastras un paquete de pipas y las palomas comen las cáscaras en la plaza. Se oye el sonido de tenedores y cuchillos que chocan contra los platos, y al poco, persianas que bajan.

Es a esta hora cuando más te echo de menos. Pero luego se me pasa, cuando las ventanas de las casas empiezan a bostezar.

Silencio

m. Falta de ruido.

En la sala de espera del ambulatorio, sentados frente a frente, las miradas de los pacientes se esquivan, mientras las toses se mezclan en el aire. La luz blanca nos hace parecer personas más enfermas. Un niño, sentado junto a su madre, rompe el silencio que hasta entonces solo han interrumpido las toses: Mira, ama, esta es la línea de la muerte, le dice, mostrándole la palma de la mano abierta. De repente parece que hubiera caído una bomba en la sala. Callan las toses. Se hace el silencio.

Sol

m. Estrella luminosa, centro del sistema planetario en que está situada la Tierra.

Ves el mapa del tiempo y parece que cada territorio tiene su propio sol. Pasa lo mismo con el planeta. Es como si creyéramos que tenemos un mundo para cada persona, olvidando que existe uno solo.

Soledad

f. Carencia voluntaria o involuntaria de compañía.

Me he sentido muchas veces aislada entre la multitud. Y me parece que para escribir es necesario sentir esa soledad. María Zambrano decía que para ella escribir era defender su soledad. Y Marguerite Duras también defendía la soledad de quien escribe: «En torno a la persona que escribe, siempre tiene que haber una separación de los demás. Es la soledad del autor, la soledad propia de escribir». Pero añadía: «Y aun siendo necesaria la soledad del autor, me parece que escribimos para romper esa soledad, para satisfacer una falta de comunicación». Quizá escribimos porque necesitamos el refugio que nos da nuestra propia soledad, pero precisamente para ser capaces de comunicarnos de una manera más profunda que lo que nos permiten las conversaciones superficiales del día a día. Porque necesitamos alejarnos del mundo para sentirlo más cerca.

Solo

adv. Únicamente, solamente.

Mi amiga, de pequeña, le preguntaba a su madre: ¿Qué es más, una tía o una prima? ¿Qué es más, un vecino o un amigo de clase? Quería cuantificar el valor de cada relación, quería saber cuáles eran más importantes, cuáles le unían más.

He recordado esta obsesión que tenía mi amiga al escuchar la frase «solo somos amigos». Es una frase que se utiliza a menudo para dejar claro que no hay relación de pareja entre dos personas:

Solo somos amigos. Y ese «solo» me llama la atención, porque ya con eso, aunque no nos demos cuenta, estamos restando valor a la amistad.

Si se te muere el marido, eres viuda; si te separas, divorciada... Pero si te enfadas con un amigo o una amiga y os separáis, para eso no tenemos nombre. Otro exponente del escaso valor que otorgamos a la amistad. Y, pensándolo bien, para subrayar la importancia de ser amigos también en una relación de pareja no estaría mal responder de vez en cuando: «No, no somos solo pareja, somos amigos».

Sororidad

f. Amistad o afecto entre mujeres.

Nuestra primera lección de sororidad: por mí y por todas mis compañeras.

Souvenir

m. Objeto que sirve como recuerdo de la visita a algún lugar determinado.

Siempre que entro en una tienda de un aeropuerto o en un comercio de alguna ciudad en la que venden *souvenirs*, me imagino a cada una de aquellas piezas que están en venta (un imán para la nevera,

un llavero, una figurita, un vasito de licor con el nombre de la ciudad...) intentando adivinar dónde acabarán: en qué país, en qué casa, de qué persona o familia... El azar las llevará a un sitio o a otro. Pueden acabar en una estantería de un salón de Edimburgo, en una cocina de Buenos Aires... Su futuro está por decidir y se decide a veces en los últimos segundos, justo antes de la llamada a embarcar en un aeropuerto.

Supongo que a las personas nos pasa algo parecido que a los *souvenirs*. Estamos ahí, en nuestra vida cotidiana, y de repente se nos cruza una persona que, por lo que sea, se convierte en importante en nuestras vidas. Hay que reconocer que el azar juega un papel crucial: puede ocurrir que encuentres el amor de tu vida porque un día perdiste un tren y os conocisteis mientras esperabais en la estación, o encuentres un trabajo que te gusta gracias a que te echaron de otro que no te gustaba. Por estar ahí en el momento justo.

Supongo que vamos empujando nuestras vidas hacia lugares en los que es más fácil encontrar lo que deseamos o que nos encuentren quienes queremos que lo hagan, pero es difícil negar que a menudo las casualidades juegan su papel, y que muchas veces intentamos dar un sentido a lo que es fruto de la casualidad.

Sea como fuere, no puedo dejar de pensar que, aunque en ocasiones pretendamos que todo tenga una razón de ser, nos ocurre como a los *souvenirs*, que puedes acabar en Edimburgo en lugar de en Buenos Aires, porque alguien ha decidido ir al baño en el último segundo, justo antes de embarcar, y no ha tenido tiempo para comprar su regalo.

Subconsciente

adj. Que se refiere a la subconsciencia.

Hay una parte racional, que tu mente dirige conscientemente, en el acto de escribir. Ahí es donde haces uso de tu caja de herramientas: allí encuentras todo lo que te ha enseñado la experiencia de años de escritura, lo aprendido en horas de aciertos y fracasos, y ahí están, sobre todo, las lecturas que te han ido acompañando durante tu vida. Pero, junto a todo ello, hay otras fuerzas irracionales que guían tu escritura: los impulsos generados por emociones ocultas, las tensiones acumuladas en silencio durante años, los ecos de las experiencias personales, los olores y sonidos que han quedado grabados en tu memoria, todo lo que se esconde en tu subconsciente... Buena parte de lo que creas sigue el dictado de esa parte oscura, misteriosa e irracional que guardas no sabes muy bien dónde. Así que no siempre decides qué escribir, no siempre escribes lo que quieres. O quizá sea más correcto decir que finalmente acabas escribiendo lo que realmente querías o necesitabas escribir, aunque sea en contra de lo que te estaba dictando tu parte más racional del cerebro. El tema ya estaba en tu interior y el proceso de escritura lo ha liberado.

Suciedad

f. Polvo, manchas o cualquier otra cosa que ensucia.

Me cruzo con ella todas las mañanas, yo voy al trabajo y ella vuelve, yo he desayunado un café y unas tostadas, ella olor a lejía y

limpiasuelos. Su bandera ondea sobre el mástil de una fregona, sus manos son el relleno de unos guantes de goma, su himno es el silencio. Cada vez que nos cruzamos, me parece que puede ver mi suciedad, a pesar de que me acabo de duchar.

Supervivencia

f. Acción y efecto de sobrevivir.

Escribir una novela negra en primera persona para llegar al final sin que te asesinen.

Suspiro

m. Aspiración fuerte y prolongada seguida de una espiración, que suele denotar pena, ansia o deseo.

A veces suspiramos porque intuimos que hay cimas a las que solo nos pueden elevar los suspiros. A veces necesitamos del arte, de la literatura, de la música para elevarnos a ese lugar que nos permita captar algo más allá de nuestra realidad diaria. Por eso es siempre un acontecimiento cuando nos encontramos con obras de arte con la capacidad de elevarnos, que nos hacen suspirar.

Estoy mirando unas imágenes del fotógrafo pamplonés Pedro Pegenaute que me impactan, me elevan, me hacen suspirar. El silencio de una nube, el eco de un frontón, la tristeza de una piscina

vacía, la miopía de una ventana... Me doy cuenta de que lo que más me emociona de las fotografías no es lo que muestran, sino, sobre todo, la mirada que convierte esos espacios en puntas de iceberg de un universo concreto. Lo que más impacta no es el paisaje, sino una mirada que convierte lo común, lo corriente, en un elemento extraño, en algo nuevo.

Sus fotografías me han hecho pensar en la capacidad que tiene el arte de enseñarnos no solo lo que nos muestra, sino, además, el antes y el después del momento representado, la trastienda de la realidad, todo lo que queda oculto a nuestras miradas amaestradas. La mirada artística es la que se atreve a enfrentarse al reto de captar lo esencial, que, como ya nos enseñó Saint-Exupéry, es invisible a los ojos.

Normalmente enfocamos la vista para intentar ver con nitidez la realidad que se nos presenta ante los ojos. Sin embargo, a veces, las verdades afloran justo en el momento en que relajamos nuestros párpados y la vista se nos desenfoca; en ese momento mágico en el que la mirada se nos nubla, los colores se funden, las líneas desaparecen y una nebulosa lo cubre todo. Y entonces suspiramos, porque nos damos cuenta de que es precisamente lo invisible lo que mueve el mundo.

T

Tachar

tr. Borrar lo escrito haciendo unos trazos encima.

Gente que tacha los días en el calendario a medida que pasan. ¿En serio han sido tan horribles?

Tarde

adv. Fuera de tiempo.

Cuando te das cuenta de lo que alguien te quería decir dos meses más tarde.

Taza

f. Vasija pequeña y con asa, empleada para tomar líquidos.

Meto la taza en el microondas y, al sacarla, me quemo los dedos. La leche está templada, pero la taza arde. Eso es porque la taza tiene alguna fisura, me aclara mi hijo, las ondas entran por ahí y se acaba calentando la taza en lugar de su contenido. Y claro, no puedo evitar comparar lo que le ocurre a la taza en el microondas con lo que nos pasa a las personas en la vida. Es suficiente una herida sin cerrar, un resquicio abierto en nuestra piel o en nuestra alma, para que nos convirtamos en vulnerables ante el mundo que nos rodea, para que nos entren por ahí todos los males, como le entran las ondas a la taza descascarillada.

Basta que tu autoestima esté baja para que interpretes una mirada sin malicia como una señal de que caes mal a alguien; basta que hayas tenido una relación dolorosa, que la herida aún supure, para que te encierres en ti misma, como un bicho bola, a la defensiva a la primera señal de que alguien te gusta; basta que te hayan tratado mal de niño o de niña para que llegues a aceptar que alguien te maltrate de mayor porque en el fondo sientes que no mereces nada mejor...

Hay ocasiones en las que arderías como una taza porque todo lo que te dicen te entra justamente por la herida, la hendidura, la fisura que se te ha quedado abierta y no logras cerrar, aunque el tiempo pase. El tiempo lo cura todo, te dicen, pero quizá para ti el tiempo sea como el de un microondas, cuanto más pasa, más quema.

Un ser herido es un ser siempre vulnerable, por eso no se pueden juzgar nunca las respuestas de las personas sin conocer su realidad. No todas las personas somos iguales ni partimos del mismo lugar. No tenemos por qué salir con la misma temperatura del microondas.

Por eso, si le das un golpe en la espalda a alguien a modo de saludo y reacciona mal, recuerda la famosa frase de Platón: «Sé amable, pues cada persona con la que te cruzas está librando su ardua batalla». No juzgues su reacción sin saber. Puede que tenga la espalda quemada.

Techo

m. Superficie que cierra en lo alto un espacio cubierto.

¿Quién recoge los cristales cada vez que una mujer rompe un techo de cristal? Otra mujer.

Tensión

f. Estado anímico de excitación, impaciencia o exaltación.

Escribir es vivir una tensión constante con la lengua, hay una negociación permanente entre lo que queremos decir y lo que quiere decir la lengua, lo que nos empuja a decir. La lengua, por defecto, te quiere llevar a lugares comunes. Algunas palabras parece que vienen unidas ya por decreto a otras. Escribes «noche oscura» y la lengua te responde «como boca de lobo». Escribir también es liberar esas conexiones lógicas y buscar otras más extraordinarias, e intentar

llegar finalmente a un acuerdo con la lengua. El texto es el resultado de un duro proceso de negociación.

Testigo

m. y f. Persona que presencia o adquiere directo conocimiento de algo.

Las personas con las que te cruzas cada mañana en el mismo sitio cuando vas al trabajo. Quizá saben más de tu vida real que tus amigas y amigos.

Tiempo

m. Magnitud física que permite ordenar la secuencia de los sucesos, estableciendo un pasado, un presente y un futuro.

Somos tiempo, me ha dicho, mirándome a los ojos. Y esas dos palabras, somos tiempo, han puesto en marcha un programa de centrifugado en mi estómago. Mi amiga ha cumplido cincuenta y ocho años y me confiesa, mientras tomamos un café, que siente que la vida se le escapa de entre los dedos. Y mientras lo dice, angustiada, dando vueltas al café como si fuera el cosmos, en sus ojos grandes y profundos me ha parecido ver de repente el reflejo

de la humanidad entera, hombres y mujeres naciendo y muriendo, amándose y matándose, riendo y llorando, nubes pasando rápido por el cielo en un día de viento, árboles ahora frondosos, ahora desnudos..., toda la vida pasando veloz ante mí en una sola mirada.

Me habla de su cuerpo, de las consecuencias del tiempo en el mismo, de que, aunque a veces le tienta intentar empezar una nueva relación, después de los años en los que lleva separada, ahora no se atreve a mostrar su cuerpo desnudo a nadie, quién va a desear un cuerpo que ya no aguanta la tensión, un cuerpo que imagina desparramándose sobre el lecho de amor como la masa de un bizcocho en un molde. Le gusta un compañero de trabajo, pero no lo va a intentar. No se atreve.

Mientras me habla, miro de reojo la portada del periódico sobre la mesa: un nuevo informe sobre el medio ambiente habla del choque frontal entre el actual modelo de desarrollo humano y la viabilidad del planeta, sobre un mundo al que, de seguir así, también se le acaba el tiempo. Y me viene a la cabeza una frase de Thoreau: «Contened el tiempo. Seguid las horas del universo, no las de los trenes». Y entonces le pregunto por qué no contiene el tiempo alrededor de ese compañero que tanto le gusta y se olvida del reloj. Por qué no saborea ese deseo que siente, un deseo vivo, que demuestra que su cuerpo, a pesar de todo, sigue vivo también. Me mira de reojo, me sonríe cómplice, y de repente, en el brillo de sus ojos siento la fuerza de un océano, un oleaje de espuma blanca que lo inunda todo... De repente, en sus ojos, veo la salvación del mundo.

Timbre

m. Pequeño aparato empleado para llamar.

Eran las diez de la noche. Yo ya me había lavado los dientes, tenía la cama abierta, el libro preparado en la mesilla... Y, entonces, el sonido del timbre puso a latir mi corazón a toda prisa. Miré por la mirilla y vi a una señora mayor, era mi vecina. Vive sola desde la muerte de su marido, hace un año. Abrí la puerta con curiosidad por saber qué era eso tan importante como para llamar a las diez de la noche. Hola, ¿qué pasa?, le dije. Me preguntó si veía bien la televisión. Le respondí que sí. Se quedó callada un segundo y me preguntó a continuación si oigo ruidos por la noche, que ella oye como unos pitidos... Al ver que aquello se iba alargando y que mis pies descalzos se estaban congelando, la invité a entrar en casa. De pie las dos en el hall, sacó un tercer tema. Que el del primero ha dicho que no va a pagar la reparación del ascensor porque no lo usa... Me pareció feo tener a la señora tanto tiempo de pie, así que la invité a sentarse en el sofá del salón y le pregunté si le apetecía algo. Aceptó una infusión.

Hablamos durante más de media hora, de nada importante, solo hablamos, hasta que, al final, me atreví a preguntárselo: Lo echas mucho en falta, ¿no? Sí, me respondió y sentí que la mujer había soltado junto con esa palabra una bomba que llevaba mucho tiempo conteniendo en su interior. Después la acompañé a la puerta y nos despedimos con un buenas noches, hasta mañana.

Total

m. Resultado de una suma u otras operaciones.

Ahora que ya había superado que me llamen señora, un niño me hunde con la pregunta: ¿Y tú cuántos años tienes en total?

Trabajo

m. Acción y efecto de trabajar.

Compartimos un café y un vistazo a las fotos que guardamos una y otra en el móvil. Mi amiga me comenta que desde que ya no hace fotos en papel, tiene todas sus fotos personales desordenadas y desperdigadas por el teléfono, el ordenador portátil, el ordenador de mesa, CD, discos duros... Le digo que es normal, que le pasa a casi todo el mundo desde que solo sacamos fotos digitales. Sin embargo, mi amiga me contesta que las fotos que archiva en su trabajo las tiene perfectamente ordenadas en carpetas, cada una con su fecha, su nombre... Y me pregunta alarmada: ¿Querrá esto decir que tengo mejor ordenada mi vida profesional que mi vida personal?

Nos reímos, como hacemos siempre que estamos juntas, y tras despedirnos, pienso en que no es casualidad que le ocurra viviendo en una sociedad en la que es más importante cumplir en el trabajo que en las labores de casa, en la que se valora más el mundo productivo que el reproductivo, en la que tienen más peso la industria o los resultados financieros que el cuidado de las personas... Esta misma sociedad que no permite que una persona falte al trabajo, pero sí a recoger a sus hijas e hijos a clase o a visitar a sus mayores. Y es en esta sociedad en la que a mi amiga le

resulta más importante tener bien ordenadas las fotos del trabajo, no vaya a ser que por un fallo se quede en la calle, que ordenar las imágenes en las que se recoge cómo crecieron sus criaturas, cómo sonreía su difunto padre, o lo feliz que fue con su pareja en aquellas vacaciones que pasaron en Italia. Cuando realmente estoy segura de que si tuviese que quedarse con una sola foto de entre todas, no sería precisamente la de la firma de un convenio empresarial.

Traducción

f. Acción y efecto de traducir.

Lees una frase del pintor Francis Bacon: «La pintura constituye en sí su propio lenguaje y cuando hablamos de ella estamos realizando una traducción inferior». Ocurre lo mismo con la escritura. Siempre que hablamos de lo que hemos escrito, hacemos una traducción inferior. La verdad de lo escrito nunca está en nuestras explicaciones, sino en la misma obra.

Tragar

tr. Hacer movimientos para que algo pase de la boca hacia el estómago.

Has pedido un cortado y otra vez te han sacado un café con leche pequeño. No te gusta, odias la leche, solo toleras una nube en tu

café, pero, aun así, te tomas el cortado, pagas y te vas, sintiendo que el blanco líquido se revuelve en tu estómago. Te ha sentado mal. Y te enfadas. Te enfadas con el camarero, te enfadas con el mundo, cuando en realidad deberías enfadarte contigo misma por no haber tenido el valor de decirle que no le has pedido un café con leche, sino un café solo cortado con leche. Un cortado, como su propio nombre indica. Mañana irás a otro bar, y si te vuelven a servir un vaso mitad café mitad leche, ¿volverás a tragar?

Pedir algo y recibir lo que no has pedido. Seguramente volverás a tragar, porque llevas un importante entrenamiento en lo que se refiere a tragar cosas que no te gustan, o, más bien, aceptar cosas que no has pedido. La vida te ha ido domesticando poco a poco y has aceptado la compasión cuando en realidad pedías ánimos, has aceptado un piropo cuando en realidad solicitabas reconocimiento, has aceptado amistad cuando pedías amor, has aceptado la indiferencia cuando esperabas gratitud...

Y te preguntas si merece la pena insistir. Pedir una y otra vez a alguien aquello que quieres de él o de ella, cuando intuyes que no importa lo que pidas, que a veces, muchas veces, en realidad no te escuchan, simplemente te dan lo que tienen previsto darte.

Como ese camarero. El que no entiende lo que es un cortado. Has decidido que mañana vas a volver al mismo bar. Le vas a pedir un café solo, y cuando te lo sirva, le dirás si te puede echar una gota de leche. Quizá el truco esté en no pedir directamente lo que quieres. En hacer como que quieres amistad, cuando realmente quieres amor; que deseas un piropo, cuando en realidad quieres reconocimiento. Quizá todo sea una cuestión de estrategia.

Traición

f. Falta que se comete quebrantando la fidelidad o lealtad que se debe guardar o tener.

Hubo un tiempo, con unos veinte años, en que el único villancico que cantabas en Navidad era *Feliz falsedad*, del grupo Soziedad Alkoholika. La época navideña te daba alergia. Las luces navideñas en ventanas y balcones, la gente de compras, la insulsa cartelera navideña en los cines... Te daba todo ganas de vomitar. Y mira, no han pasado tantos años desde entonces y hoy estás en la cola del supermercado, con el árbol de Navidad bajo el brazo, la bolsa de lucecitas en la mano, esperando para pagar en caja. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha atrapado el espíritu navideño? No exactamente. Ha ocurrido que eres padre. Y estás vendido. Lo que nadie había logrado hasta entonces lo han conseguido dos personitas que te llegan a la cintura. Y a tu pareja le ha pasado igual. La misma mujer que antaño llevaba las patillas rapadas y chupa de cuero hoy pinta junto a sus criaturas postales con témperas para enviarlas a toda la familia. Escribe: «Felicidades y feliz año nuevo», rascándose de vez en cuando el agujerito que tiene en el ala derecha de la nariz. Hace tiempo que se quitó el aro que llevaba allí, pero en algunas ocasiones siente un cosquilleo, como si el hoyo que casi está ya cerrado quisiera recordarle la traición.

Trampa

f. Artificio de caza que atrapa a un animal y lo retiene.

Gente que te pregunta dónde has estado de vacaciones para contarte las suyas.

Trastienda

f. Aposento, cuarto o pieza que está detrás de la tienda.

No sé cuándo empecé a hacerlo. Quizá ya lo hacía de niña. Un paseo por las barracas, y en lugar de quedar fascinada por las luces de la noria, dejarme llevar por la fantasía del carrusel o el olor de las almendras garrapiñadas, mis ojos se escapaban a las caravanas de detrás, junto a las que una mujer colgaba la ropa, o un abuelo fumaba sentado en una silla plegable. Veía la trastienda, la parte de atrás. En lugar de la luz y el brillo, siempre veía la sombra.

Es una tendencia que me ha perseguido de mayor. No puedo evitar sentir lástima del payaso del circo, al que imagino tomando un whisky para olvidar sus penas mientras se desmaquilla en el camerino; si voy a un gran concierto, hay veces que me cuesta no pensar en los montadores de todo aquello, o en las ganas que tendrán de que acabe el concierto las personas encargadas de la seguridad del recinto; al ver en una revista el interior de una gran mansión, en lugar de admirar aquel lujoso hogar, me da pereza solo pensar lo que tiene que costar limpiarlo todo o imagino una lucha encarnizada por la herencia de todo aquello entre hermanos o la

triste vida de un rico tan pobre que tiene que mostrar sus riquezas para sentirse admirado.

Hace años visité Port Aventura con mis hijos. Nada más llegar le pedí a mi hijo mayor que mirase hacia arriba. Quería ver su cara de sorpresa y emoción al descubrir una gigantesca montaña rusa. Pero me dijo: Esos son los cables por los que va la electricidad para que funcione todo.

Pasamos un día en familia muy ilusionante.

Tren

m. Medio de transporte que circula sobre raíles.

Escribo en un tren. Miro hacia fuera y todo es movimiento, el paisaje va cambiando cada segundo. Sin embargo, miro hacia dentro y ahí está el asiento delantero en su sitio, ahí la pantalla del ordenador, ahí el café que acabo de comprar. La velocidad y el movimiento solo existen en el exterior, no entran dentro del tren. En el interior, es como si estuviésemos quietos.

Las personas que vivimos en lo que hemos llamado «el primer mundo» vamos en un tren. De vez en cuando miramos hacia fuera por la ventana y vemos los infiernos del mundo: hambre, guerras, agresiones, asesinatos, torturas, violaciones. Y en el momento en que nos resulta insoportable volvemos la mirada hacia dentro y cogemos el café que tenemos delante, casi sin pensarlo, para que el calor del primer mundo caliente nuestras manos.

Tripa

f. Vientre, región del cuerpo correspondiente al abdomen.

La mayoría de la gente tiene tripa. Entonces, ¿por qué no lo ponemos de moda?

Trote

m. Modo de caminar acelerado, natural a todas las caballerías.

Fueron solo cien metros. Llovía, un chaparrón, y esperé bajo el toldo de una tienda, me resbalaban los zapatos nuevos, y, casualidad, apareciste con un paraguas. Ven. No, tranquilo, vivo aquí mismo, me resbalan los zapatos, nada más, ya espero. Insististe: Ven. Me así a tu brazo para no resbalar, y de repente, a la sombra de aquel paraguas, éramos dos caballos trotando.

Tubo

m. Pieza hueca, de forma cilíndrica y abierta por ambos extremos.

Uno de esos toboganes gigantes con un gran tubo negro. Tu hijo pequeño se desliza por el interior y se te corta la respiración. No vuelves a respirar hasta que lo ves por fin salir. La adolescencia es ese tubo.

U

Último

adj. Final, definitivo.

Si supieras que es la última vez que cruzas esa puerta, te quedarías unos segundos mirando atrás, intentando grabar en tu memoria cada rincón de ese espacio que abandonas, cada cara que te sonríe desde el interior. Si supieras que es la última vez que sales de allí, te despedirías de otra manera de la gente, y no con un despistado hasta luego como has hecho. Sacarías algunas de las palabras que llevas guardadas tiempo ahí adentro para cada persona a la espera siempre de ese buen momento para decírselas. Pero te vas sin saber que es la última vez que sales de allí, la última vez que ves a algunas personas; te vas sin mirar hacia atrás unos segundos para grabar en tu memoria cada rincón, cada cara que te sonríe desde el interior; te vas con los bolsillos llenos de palabras.

Unicornio

m. Animal fabuloso de forma de caballo y con un cuerno recto en mitad de la frente.

Soy fan de la gente que va por la calle con los cascos puestos y cantando. Su voz, a la que en su interior acompaña toda una banda de música, se muestra desnuda al exterior. Me encanta ver a la gente andar como si estuviese en otro mundo, como si la música la transportara a otro lugar. Me gusta la gente que canta así. La que vuela con la música.

Pienso en el poder curativo, transformador, mágico de la música en el mismo día en que escucho la voz de Silvio Rodríguez cantando por primera vez en euskera. Lo hace junto a Jon Maia en su proyecto *Kantu berri bat gara*. Su voz me ha pillado por casualidad sentada en un banco de piedra, rodeada de árboles, en un lugar especial, lejos de mi rutina. Comienzo a escuchar la voz de Silvio en euskera y, de repente, siento que se han unido dos mundos muy separados, pero que están muy unidos en mi interior. Las canciones de Silvio que tanto escuchaba de joven, por un lado, y mi propia lengua, por otro. Y esto ha producido una especie de cortocircuito en mi interior que me ha dejado en la boca un regusto dulce y un escozor al mismo tiempo, como si me hubiera quemado la lengua tomando un buen chocolate caliente.

Sonrío, porque ha sido como fundir en una a la persona que un día fui y a la que soy hoy, gracias a la música. Y ahora siento unas irresistibles ganas de ponerme los cascos, salir a la calle y cantar a viva voz que he recuperado el unicornio azul que un día se me perdió. No sé si se me fue, no sé si se escapó.

Unidad

f. Unión o conformidad.

Hay una unidad entre lo que se ha escrito antes y lo que se escribe hoy; esta unidad es la que da sentido en gran medida a la creación. «Espíritus de continuidad» los llama Milan Kundera en *El arte de la novela*. Kundera escribe que el espíritu de la novela es el espíritu de la continuación: que cada obra es una respuesta a las obras escritas anteriormente, que cada obra contiene toda la experiencia de la novela anterior. La obra es algo que une pasado y futuro y eso es lo que en gran parte le da sentido.

Urgencia

f. Cualidad de urgente.

A quién llamas primero cuando tienes una urgencia.

V

Valeriana

f. Planta herbácea, vivaz, de la familia de las valerianáceas.

Te horrorizas al comprobar que la fiesta de cumpleaños a la que han invitado a tu hija pequeña consiste en una sesión de maquillaje. ¿En serio?, pero ¿qué espectáculo sexista es este?, les has preguntado a otras madres al salir y te han respondido relájate, no seas paranoias, que solo son unas niñas, si a ellas les gusta... Te niegas a entrar a una discoteca en la que no te cobran entrada por ser mujer porque te consideran parte del decorado y un reclamo para los clientes hombres, y tus amigos te dicen, venga, relájate, disfruta, que estamos de fiesta. Le cuentas a tu pareja que hoy en una reunión en la que eras la única mujer te han tratado como a una niña, y te contesta: ¿Puedes dejar de analizarlo todo y relajarte un poco? Pues, lo siento, ni con un kilo de valeriana.

Ver

tr. Percibir con los ojos algo mediante la acción de la luz.

Personas que empiezan a hablar diciendo: Vamos a ver. Como si por fin vinieran a salvarnos de nuestra ceguera.

Verano

m. Estación más calurosa del año.

El verano era el olor de tu piel caliente. Era salitre en las piernas, espuma de cerveza en los labios. El verano era la ventana de la cocina abierta, y el chirriar de los grillos. Era las estrellas y los dos descalzos sobre la baldosa blanca. Pero desde que te fuiste, el verano es el sonido de una persiana que se cierra.

Verdad

f. Conformidad de las cosas con el concepto que de ellas forma la mente.

Las buenas novelas son como las y los buenos amigos, te dicen siempre la verdad, aunque duela. Sobre todo cuando duele.

Vida

f. Existencia de seres vivos en un lugar.

Esa tontería de decir que la vida es sencilla y nosotros la complicamos. La vida es complicada.

Vino

m. Bebida alcohólica que se hace del zumo de las uvas.

Cuando te empiezan a regalar vino. Cuando llegas a esa edad.

Voz

f. Sonido producido por la vibración de las cuerdas vocales.

Una amiga me dice que ha visitado a un vidente. Resulta que el vidente es capaz de escuchar las voces que resuenan en tu mente. Me cuenta que cuando entró, el vidente frunció el ceño y se llevó una mano al oído, como si le atacara un ruido ensordecedor, como si una multitud le hablara al mismo tiempo. Uf, tienes mucha gente ahí hablando, le dijo.

Una vez que me contó esto, no le pregunté más sobre su sesión, ni siquiera por la razón de acudir a un vidente, que hubiese sido la pregunta obligada. Quizá realmente lo que me quería decir era que necesitaba ayuda, alguien que la escuchara y no fui capaz de captarlo. Pero es que me quedé atrapada en la idea de las voces que nos rodean, y, a partir de ahí, no pude pensar en nada más. Solo en preguntarme qué voces me rodean a mí. Y empecé a imaginarme cuáles podían ser esas voces. Me vi, por ejemplo, a punto de dejar algo a medias y escuchando de repente la voz de mi madre al fondo: ¡Lo que se empieza hay que rematarlo! Me vi también escribiendo la escena de una novela y escuchando de repente una voz lectora diciéndome: ¿En serio? ¿No pensarás que voy a creerme esto?

Es un buen ejercicio preguntarte por las voces que te acompañan. Seguramente no hace falta que vayas a un vidente para identificarlas. Sabes perfectamente cuáles son y cuánto dicen de ti. Aunque a veces intentes ignorarlas.

W

Wifi

m. Inform. Sistema de conexión inalámbrica para acceso a internet.

A veces, en algunas conversaciones, sientes como si fueras la única a la que no le han dado la clave del wifi.

Y

Yo

pron. person. 1.ª pers. m. y f. sing. Forma que, en nominativo, designa a la persona que habla o escribe.

La gente que se autocita. Como digo yo...

Yogui

m. y f. Persona que practica los ejercicios físicos y mentales del yoga.

El profesor de yoga que se compra un patinete eléctrico para llegar lo más rápido posible a las clases de relajación.

Yonqui

m. y f. En la jerga de la droga, adicto a la heroína.

Buscan, como los perros de caza, la rendija por la que se colará su presa, por donde asomará la luz. Cuando entran a una biblioteca o a una librería, se les acelera el corazón, porque el olfato les dice que allí cerca hay un tesoro que aún no conocen. Acuden a salas de cine, teatros, museos, conciertos en busca de su droga. Buscan oro. Y cuando lo encuentran, cuando un libro, una obra de teatro, un concierto, una película o un cómic les da la dosis de belleza que necesitan para seguir viviendo, no se sacian, se enganchan aún más. Siguen buscando su dosis.

Z

Zapato

m. Calzado que no pasa del tobillo.

Los zapatos que se van con los muertos. ¿Qué camino pretenden andar? ¿Qué tierra pisar? ¿Quién les atará los cordones si se les sueltan?

Los zapatos que se van con los muertos. Brillantes. No volverán a tropezar con la misma piedra, no se van a estropear con el sudor.

Los zapatos que se van con los muertos. Del 36, 38, 40, 41; de cuero, de charol, de nailon; gastados por la izquierda algunos, por la derecha otros; fabricados en Arnedo, China, Alicante. De un día para otro, zapatos funerarios; de un día para otro, los mejores zapatos, de los que no hacen daño ni en los dedos ni en los talones. Como las grandes amistades, los únicos que te acompañan en los momentos más oscuros.

Zoo

m. Lugar en que viven diversas especies animales para que sean contempladas por el público.

Ir al zoo para que los animales te vean.

Zum

m. Efecto de acercamiento o alejamiento de la imagen.

Vemos una manada de ciervos cruzar una carretera y nuestra mente piensa: «Hay una manada de ciervos cruzando una carretera». Sin embargo, a veces es necesario alejar un poco la vista para ver la realidad con más precisión, porque más que una manada de ciervos cruzando una carretera, lo que ahí está ocurriendo es que hay una carretera cruzando un bosque en el que viven los ciervos. La literatura nos regala esa capacidad de hacer zum para ver la vida con más amplitud, con más claridad.

Zumbido

m. Ruido o sonido continuado y bronco, como el que se produce a veces dentro de los mismos oídos.

Ahora que ya sabes que algunas amistades no lo son tanto; que el amor no es un corazón pintado en un vestuario; que las explosiones, la sangre, el hambre son de tu mundo y no de la televisión; que hay personas que viven como ratas en madrigueras; que la vida es lucha y que su filo corta solo con rozarlo; que el dolor ajeno más que dolor es ajeno; que la verdad solo se encuentra en los dibujos infantiles; que en la meta de este viaje acechan como lobos el arrepentimiento y la soledad... Ahora que todo lo que ya sabes te persigue como un zumbido, ¿quién diablos te va a devolver lo que no sabías?

Corazón de piedra
Karmele Jaio

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Karmele Jaio, 2026
Autora representada por The Ella Sher Literary Agency, www.ellasher.com

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la cubierta: Roberto Díaz, a partir de la fotografía original de Kathrin Ziegler / Getty Images

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2026

ISBN: 978-84-233-6900-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta